

UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 00811511 5



25

636

400

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

DIBUJOS DE GUSTAVO DORÉ

REPRODUCCIONES FOTO-ZINCOGRÁFICAS

TOMO II

BARCELONA

LUIS TASSO SERRA

EDITOR



PA
6323
A1
1892
V.2

IMPRESA Y LITOGRAFÍA

DE

LUIS TASSO

ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23

BARCELONA

Al Conde de Lemos.

Enviando á vuestra Excelencia los días pasados mis comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dije, que Don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos á vuestra Excelencia; y ahora digo, que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allí llega me parece que habré hecho algún servicio á vuestra Excelencia, porque es mucha la prisa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para quitar el amago y la náusea que ha causado otro Don Quijote que con nombre de Segunda Parte se ha disfrazado y corrido por el orbe; y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un

mes que me escribió una carta con un proprio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y quería que el libro que se leyese fuese el de la *Historia de Don Quijote*: juntamente con esto me decía que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su Majestad le había dado para mi alguna ayuda de costa. Respondiome que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondi yo, vos os podréis volver á vuestra China á las diez ó á las veinte, ó á las que venís despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo el gran conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despidió, ofreciendo á vuestra Excelencia "Los Trabajos de Persiles y Sigismunda", libro á quien daré fin dentro de cuatro meses, "Deo volente"; el cual ha de ser, ó el más malo, ó el mejor que en nuestra lengua se

haya conyuesto: quiero decir, de los de entretenimiento; y digo que me arrojé de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga vuestra Excelencia con la salud que es deseado, que ya estará "Persiles" para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de vuestra Excelencia. De Madrid último de octubre de mil seiscientos y quince. — Criado de vuestra Excelencia.

Miguel de Cervantes Saavedra.



PRÓLOGO

VÁLAME Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote*: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del men-

tecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido también que me llame envidioso, y que como á ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien

parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer é imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama, y para confirmación desto quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento:

Había en Sevilla un loco, que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algún perro en la calle, ó en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le ponía redondo como una pelota, y en te-

niéndolo de esta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo á los circunstantes (que siempre eran muchos): Pensarán vuestas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, este, que también es de loco y de perro:

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano, y en tomando algún perro descuidado se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió pues, que entre los perros que descargó la carga fué uno un perro de un bonetero, á quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo: asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decía: Perro ladrón, ¿á mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro? Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho un alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en más de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse á descargar la piedra, decía: Este es podenco, ¡guarda! En efecto, todos

cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decía que eran podencos, y así no soltó más el cantó. Quizá desta suerte le podrá acontecer á este historiador, que no se atreverá á soltar más la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos son más duros que las peñas. Díle también que de la amenaza que me hace que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremés famoso de la Perendenga, le respondo que me viva el veinticuatro mi señor, y Cristo con todos: viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie; y vívame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que lo solicite adulación mía, ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida; y no le digas más, ni

yo quiero decirte más á tí, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote* que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy á *Don Quijote* dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta también que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas: que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte, que esperes el *Persiles*, que ya estoy acabando, y la segunda parte de *Galatea*.





PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LO QUE EL CURA Y EL BARBERO PASARON CON DON QUIJOTE CERCA DE SU ENFERMEDAD.

CUENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por eso dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo harían, y lo harían con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por

momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capítulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería por no ponerse á peligro de descoser los de la herida que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razón de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno ó un Solón flamante, y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron; y habló don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su

entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y el ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de don Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habían venido de la corte, y entre otras dijo que se tenía por cierto que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio ni adónde había de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la Cristiandad, y su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió don Quijote: Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevención, de la cual su Majestad la hora de ahora debe de estar muy ajeno de pensar en ella. Apenas oyó esto el cura, cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó á don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese; quizá podría ser tal

que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes. El mío, señor rapador, dijo don Quijote, no será impertinente sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbitrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino. Pues el mío, respondió don Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuesa merced, señor don Quijote, dijo el cura. No querría, dijo don Quijote, que le dijese yo aquí ahora y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á Roque ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladrón que le había robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé historias, dijo don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que sé que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. Y á vuesa merced, ¿quién le fía, señor cura? dijo don Quijote. Mi profesión, respondió el cura, que

es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dijo á esta sazón don Quijote, ¿hay más sino mandar su Majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del turco? Esténme vuestas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme, ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Había, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianis ó alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula, que si alguno destes hoy viviera, y con el turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no le será inferior en el ánimo; y Dios me entiende y no digo más. ¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. A lo que dijo don Quijote: Caballero andante he de morir, y baje ó suba el turco cuando él quisiere y cuán poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazón dijo el barbero: Suplico á vuestas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve

que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y á pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellán suyo se informase del retor de la casa, si era verdad lo que aquel licenciado le escribía, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio le sacase y pusiese en libertad. Hizolo así el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se

podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y poniéndole con el loco habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente, que el capellán fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo, fué que el retor le tenía ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacían, porque dijese que aun estaba loco y con lúcidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponían dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellán se determinó á llevarse consigo á que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el capellán pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado: volvió á decir el retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle: obedeció el retor viendo ser orden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir

á despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primer estado, también le volverá á él si en él confía: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja, donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decís, licenciado, no os enga-

ñe el diablo, replicó el loco, sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dijo el loco: ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con solo una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres años enteros, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme. A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo: No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respondió

el capellán: Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellán: desnudaron al licenciado, quedóse en casa y acabóse el cuento. ¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo don Quijote, que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; sólo me fátigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que

la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas, desde los pies á la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure desca-bezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los ca-balleros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos sino en bronces; mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no, díganme, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador

que don Belianis? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, ó quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, ó quién más sincero que Esplandián, quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia, quién más bravo que Rodamonte, quién más prudente que el rey Sobrino, quién más atrevido que Reinaldos, quién más invencible que Roldán, y quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien descienden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su cosmografía? Todos esos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, Su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán della; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo. En verdad, señor don Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intención, y que no debe vuesa merced sentirse. Si puedo sentirme ó no, respondió don Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el cura: Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo, que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor don Quijote ha dicho. Para otras cosas más,

respondió don Quijote, tiene licencia el señor cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes que vuesa merced, señor don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por los hombres despiertos, ó por mejor decir medio dormidos. Este es otro error, respondió don Quijote, en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar la luz de la verdad de este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí sustentándola sobre los hombros de la verdad: la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos ví á Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadís pudiera á mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sa-

car por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas. ¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor don Quijote, preguntó el barbero, debía de ser el gigante Morgante? En esto de gigantes, respondió don Quijote, hay diferentes opiniones, si los ha habido ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres, que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas, que muchas veces dormía debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el cura, el cual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalván y de don Roldán, y de los demás doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes. De Reinaldos, respondió don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, pun-

toso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldán, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fué Roldán más gentilhombre que vuestra merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdeñase y dejase por la gala, brío y donaire que debía tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó: y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldán. Esa Angélica, respondió don Quijote, señor cura, fué una doncella distraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió después de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y como del Catay recibió el cetro,
quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los

poetas también se llaman vates, que quiere decir adivinos. Vese esta verdad clara, porque después acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.

Dígame, señor don Quijote, dijo á esta sazón el barbero, ¿no ha habido algún poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió don Quijote, que si Sacripante ó Roldán fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas en efecto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado á mi noticia ningún verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo. Milagro, dijo el cura; y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.





CAPÍTULO II.

QUE TRATA DE LA NOTABLE PENDENCIA QUE SANCHO PANZA TUVO CON LA SOBRINA Y EL AMA DE DON QUIJOTE, CON OTROS SUCESOS GRACIOSOS.

CUENTA la historia que las voces que oyeron don Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y el ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á don Quijote, y ellas le defendían la puerta: ¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. Á lo que Sancho respondió: Ama de Satanás, el sonsacado y el distraído y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo, él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio:

él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta ahora la espero. Malas ínsulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito: ¿y qué son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilón, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte. Con todo eso, dijo el ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos. Grande gusto recibían el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres; pero don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algún montón de maliciosas necedades y tocase en puntos que no le estarían bien á su crédito, le llamó é hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así dijo el cura al barbero: Vos veréis, compadre, cómo cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dijo el cura, y estemos á la mira; vere-

mos en lo que pára esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necesidades del criado no valían un ardite. Así es, dijo el barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos. Yo aseguro, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuentan después, que no son de condición que dejarán de escucharlo. En tanto don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo: Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razón, respondió Sancho, porque, según vuesa merced dice, más anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engañaste, Sancho, dijo don Quijote, según aquello: *quando caput dolet*, etc. No entiendo otra lengua que la mía, respondió Sancho. Quiero decir, dijo don Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que á mí me toca ó tocare, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo. Así había de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza

detrás de las bardas, mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella á dolerse dellos. ¿Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió don Quijote, que no me dolía yo cuando á tí te manteaban? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por este lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas, y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oídos; y esto me has de decir sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su sér y figura propia, sin que la adulación la acreciente, ú otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis

oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho, con condición que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió don Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los çaballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dijo don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado: roto bien podría ser, y el roto más de las armas que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros cortés, pero impertinente, y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano. Mira, Sancho, dijo don Quijote, donde quiera que está la

virtud en eminente grado es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fué más que demasiadamente rijoso, y de su hermano que fué llorón. Así que, oh Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay más? preguntó don Quijote. Aun la cola falta por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la *historia* de vuesa merced, con nombre *del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*; y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos

nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dijo don Quijote, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues según dice el bachiller Sansón Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió don Quijote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dijo don Quijote, errarte en el sobrenombre dese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podría ser, replicó Sancho; mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas. Harásme mucho placer, amigo, dijo don Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.





CAPÍTULO III.

DEL RIDÍCULO RAZONAMIENTO QUE PASÓ ENTRE DON QUIJOTE, SANCHO PANZA Y EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO.

PENSATIVO además quedó don Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó

que algún sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habría dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante: si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decía entre sí, que nunca hazañas de escudero se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algún tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide, y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos, y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien don Quijote recibió con mucha cortesía. Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría hasta veinte y cuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca

grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: Deme vuestra grandeza las manos, señor don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerla traducir del arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar don Quijote, y dijo: Desamano, ¿verdad es que hay historia mía, y que fué moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dijo Sansón, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas, dijo á esta sazón don Quijote, que más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara. Si por buena fama y si por buen nombre

va, dijo el bachiller, sólo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento así en las desgracias, como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oído llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objeción de importancia, respondió Carrasco. No por cierto, respondió don Quijote; pero dígame vuesa merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia? En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento que á vuesa merced le parecieron briareos y gigantes; otros á la de los batanes; éste á la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno. Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazón Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á

nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotutas en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sansón, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun más de las que yo quisiera. Á lo que yo imagino, dijo don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran se les hubieran olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote. Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. También pudieran callarlos por equidad, dijo don Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. Á fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pintó, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sansón; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que

entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo: pero no hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mío, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarrón sois, Sancho, respondió don Quijote, á fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla. Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dijo don Quijote, y no interrumpáis al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dijo Sancho, que también dicen que soy yo uno de los principales presonajes della. Personajes, que no presonajes, Sancho amigo, dijo Sansón. ¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dijo Sancho, pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia más oíros hablar á vos, que al más pintado de toda ella, puesto que también hay quien diga que anduvisteis demasíadamente de crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor don Quijote, que está presente. Aun hay sol en las bardas, dijo don Quijote; y mientras más fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará más idóneo y más hábil

para ser gobernador, que no está ahora. Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalén: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo don Quijote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensáis, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dijo Sansón, que si Dios quiere no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto más una. Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman señoría, y se sirven con plata. Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sansón, sino de otros gobiernos más manuales; que los que gobiernan ínsulas, por lo menos han de saber gramática. Con la grama bien me avendría yo, dijo Sancho, pero con la tica ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde más de mí se sirva, digo, señor bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan; que á fe de buen escudero que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habían de oír los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sansón. Milagros ó no milagros, dijo

Sancho, cada uno mire cómo habla ó cómo escribe de las presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magín. Una de las tachas ^{lavetas} que ponen á la tal historia, dijo el bachiller, es que su autor puso en ella una novela intitulada *El curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos. Ahora digo, dijo don Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que á tiento y sin algún discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacia Orbaneja el pintor de Ubeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: Lo que saliere; tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él *este es gallo*; y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sansón, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen, allí va Rocinante, y los que más se han dado á su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*: unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten y aquéllos le pi-

den. Finalmente, la tal historia es del más gusto-
so y menos perjudicial entretenimiento que hasta
ahora se haya visto, porque en toda ella no se des-
cubre ni por semejas una palabra deshonesta, ni
un pensamiento menos que católico. A escribir de
otra suerte, dijo don Quijote, no fuera escribir ver-
dades, sino mentiras, y los historiadores que de
mentiras se valen habian de ser quemados como
los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le mo-
vió al autor á valerse de novelas y cuentos aje-
nos, habiendo tanto que escribir en los míos; sin
duda se debió de atener al refrán: De paja y de
heno, etc. Pues en verdad que en sólo manifestar
mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis
buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacerse
un volumen mayor ó tan grande que el que pueden
hacer todas las obras del Tostado. En efecto, lo que
yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer
historias y libros de cualquier suerte que sean,
es menester un gran juicio y un maduro entendi-
miento: decir gracias y escribir donaires es de
grandes ingenios. La más discreta figura de la co-
media es la del bobo, porque no lo ha de ser el que
quiere dar á entender que es simple. La historia es
como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y
donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad;
pero no obstante esto, hay algunos que así compo-
nen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.
No hay libro tan malo, dijo el bachiller, que no
tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó don

Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa deso es, dijo Sansón, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre ó las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dijo don Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predicán. Todo esto es así, señor don Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *quando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podría ser que lo que á ellos les parece mal fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que le leye-

ren. El que de mí trata, dijo don Quijote, á pocos habrá contentado. Antes es al revés, que como *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia, y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fué el ladrón que hurtó el rucio á Sancho, que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento sin haber parecido: también dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra-Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió: Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi oíslo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta ni decir otra palabra se fué á su casa. Don Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, dur-

mieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.





CAPÍTULO IV.

DONDE SANCHO PANZA SATISFACE AL BACHILLER SANSÓN CARRASCO DE SUS DUDAS Y PREGUNTAS, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE SABERSE Y DE CONTARSE.

VOLVIÓ Sancho á casa de don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo: A lo que el señor Sansón dijo, que se deseaba saber quién, ó cómo ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiéndome digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra-Morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos



Quien quiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas...

á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio, sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucedió á Sacripante cuando estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido, cuando faltando las estacas dí conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento y no le ví: acudieronme lágrimas á los ojos, é hice una lamentación, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él en hábito de gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó Sansón, sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mismo rucio. A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor. Así es, sin duda, dijo Sansón; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? Deshicieronse, respondió Sancho: yo los gasté en

pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay más que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no había para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó don Quijote. Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, dijo don Quijote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sansón: pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas, y otros, de las cosas de don Qui-

jote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte, aunque algunos, que son más joviales que saturninos, dicen: vengan más quirotadas, embista don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á qué se atiende el autor? dijo don Quijote. ¿A qué? respondió Sansón: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: ¿Al dinero y al interés mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no sólo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pie al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos y andantes caballeros. No había bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó don Quijote por felicísimo agüero, y deter-

minó de hacer de allí á tres ó cuatro días otra salida; y declarando su intento al bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos días se habían de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinación, y advirtióle que anduviese más atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habían de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sansón, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y más que yo he oído decir, y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que entre los extremos de cobarde y de temerario, está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasía pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su

persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante: y si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios; y más que tan bien y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna ínsula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que también se dice: Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y, cuando viene el bien, mételo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habéis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula. Tanto es lo de más como lo de menos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor

Carrasco, que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mi mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas: y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sansón, que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador no conociédeses á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condición, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo don Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto, rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que había en España, que decían que no eran sino tres y medio, que no dejaría de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composición, á causa que las letras que contenían el nombre eran diez y siete; y que si hacía cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra,

y si de á cinco, á quien llaman décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraría embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo don Quijote, qué si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto y en que la partida sería de allí á ocho días. Encargó don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolás y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en orden lo necesario para su jornada.





CAPÍTULO V.

DE LA DISCRETA Y GRACIOSA PLÁTICA QUE PASÓ ENTRE SANCHO PANZA Y SU MUJER TERESA PANZA, Y OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACIÓN.

LLEGANDO á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: ¿Qué traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís? A lo que él respondió: Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar contento como nuestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer á poca costa y con no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte: así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, después que os hicisteis miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas

las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y tener dares y tomares con gigantes, con andriagos y con vestiglos, y á oír silbos, rugidos, bramidos y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangueses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caería muerto. Eso no, marido mío, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévase el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salisteis del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis ú os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo, que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como ésta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón

que vaya á la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad también que Marisancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido, como voz deseáis veros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada. A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, á Marisancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría. Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual que es lo más acertado, que si de los zuecos la sacáis á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña tal y señoría, no se ha de hallar la muchacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? séase ella señoría, y venga lo que viniere. Medíos, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y advertid al refrán que dice: Al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballero, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas; no en mis días, marido, para eso por cierto he criado yo

á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la muchacha; y con este que es nuestro igual estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos, padres é hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros, y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia y mujer de Barrabás, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora sin qué ni para qué estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oído decir á mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiere, y verás cómo te llaman á tí doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, ¿á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No, sino estaos siempre

en un sér, sin crecer ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas. ¿Veís cuanto decís, marido? respondió Teresa; pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razón me habían de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: Mirad qué entonada va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonaos á vuestro gusto, que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre,

que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quién le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algún familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenías razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoría á cuestras, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de más almohadas de velludo, que tuvieron moros en su linaje los Almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero? ¿Sabéis por qué, marido? respondió Teresa, por el refrán que dice: Quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el

maldecir y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida; y yo ahora no hablo de mí, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo): De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y sólo es lo que vemos presente: y si este, á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde

de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decís... Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto. No os pongáis á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñéis á tener gobierno, que bien es que los hijos heredem y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen: y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija. El día que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro: pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer conde-

sa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á don Quijote, para dar orden en su partida.





CAPÍTULO VI.

DE LO QUE LE PASÓ Á DON QUIJOTE CON SU SOBRINA
Y CON SU AMA; Y ES UNO DE LOS IMPORTANTES CA-
PÍTULOS DE TODA LA HISTORIA.

EN tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frío: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasa-

ron, le dijo el ama: En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió don Quijote: Ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad tampoco, y sólo sé que si yo fuera rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada día le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama: Díganos, señor, ¿en la corte de su Majestad no hay caballeros? Sí, respondió don Quijote, y muchos; y es razón que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentación de la Majestad real. ¿Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte? Mira, amiga, respondió don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos; sin salir de sus aposentos ni de los

umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pie y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sér, y en todo trance y en toda ocasión los acometemos sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algún engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí; y has de saber más, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no sólo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir; y si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino

acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, ama mía, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y sería razón que no hubiese príncipe que no estimase en más esta segunda, ó por mejor decir primera especie de caballeros andantes, que según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no sólo de un reino, sino de muchos. ¡Ah, señor mío! dijo á esta sazón la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dijo don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo qué? ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadís, si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oído que no te fuera bien dello, que no todos son cortesés ni bien mirados, algunos hay follones y descomedidos: ni

todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que aposta mueren por parecer hombres bajos: aquéllos se levantan ó con la ambición ó con la virtud; éstos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio: y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡Válame Dios! dijo la sobrina, ¿que sepa vuesa merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito ó irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres? Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dices, respondió don Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas, á cuatro suertes de linaje (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y di-

latando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el sér que comenzaron; otros que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiéndose disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respecto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los más, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora ninguno de

sus descendientes, y si le hallásemos sería en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve sólo de acrecentar el número de los que viven sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes é ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal, será un avaro mendigo: que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca deje de juzgarle y tenerle por de buena casta; y el no serlo sería milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, el otro el de las armas. Yo tengo más armas

que letras, y nació, según me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte; así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razón pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran Poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de allí declina.

; Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que también mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habría cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quién llama-

ba, respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el ama cuando corrió á esconderse por no verle: tanto le aborrecía. Abrióle la sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.





CAPÍTULO VII.

DE LO QUE PASÓ DON QUIJOTE CON SU ESCUDERO, CON
OTROS SUCESOS FAMOSÍSIMOS.

A PENAS vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; é imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre se fué á buscar al bachiller Sansón Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo

fresco de su señor le podría persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole se dejó caer ante sus pies, trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo: ¿Qué es esto, señora ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por dónde se sale, señora? preguntó Sansón; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venía tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro, que para haberle de volver algún tanto en sí gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán al-

guno, sino el que se teme que quiere hacer el señor don Quijote? No, señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el ama: ¿la oración de Santa Apolonia dice vuesa merced que rece? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo há sino de los cascós. Yo sé lo que digo, señora ama; váyase y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear, respondió Carrasco: y con esto se fué el ama, y el bachiller fué luego á buscar al cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo: Señor, ya yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dijo don Quijote, que no relucida. Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho ó diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan fócil. No te entiendo, Sancho, dijo luego don

Quijote, pues no sé qué quiere decir soy tan fócil. Tan fócil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Menos te entiendo ahora, replicó don Quijote. Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga, no sé más; y Dios sea conmigo. Ya, ya caigo, respondió don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oírme decir otras doscientas patochadas. Podrá ser, replicó don Quijote; y en efecto, ¿qué dice Teresa? Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré: y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo también, respondió don Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que habláis hoy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos.

Todo eso es verdad, dijo don Quijote; pero no sé dónde vas á parar. Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde ó mal ó nunca; con lo mío me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondió don Quijote, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata. Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que había de decir rata y no gata; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido. Y tan entendido, respondió don Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que solían ganar cada mes ó cada año; pero yo he leído todas ó las más de sus historias, y no me

acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero; sólo sé que todos servían á merced, y que cuando menos se lo pensaban, si á sus señores les había corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una insula ó con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con título y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver á servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado: así que, Sancho mío, volved á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y si no, tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que también como vos sé yo arrojar refranes como llovidos: y finalmente quiero decir, y os digo, que si no queréis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón: porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo; y así estan-

do suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco, y el ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadía á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sansón, socarrón famoso, y abrazándole como la vez primera, con voz levantada le dijo: ¡Oh flor de la andante caballería! ¡Oh luz resplandeciente de las armas! ¡Oh honor y espejo de la nación española! plega á Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearan; y volviéndose al ama le dijo: Bien puede la señora ama no rezar más la oración de Santa Apolonia, que yo sé que es determinación precisa de las esferas, que el señor don Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nuevos pensamientos: y yo encargaría mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese á este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la orden de la caballería andante. Ea, señor don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy y

para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. A ésta sazón dijo don Quijote volviéndose á Sancho? ¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sansón en su patria y honrándola honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Sí digno, respondió Sancho enterrecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: No se dirá por mí, señor mío, el pan comido y la compañía deshecha; sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas de quien yo descendo, y más que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por más buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por

complacer á mi mujer, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así no hay más que hacer sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolver, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolver, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél había leído, y confirmólo por uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí, que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo. Finalmente don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su

oráculo, se ordenó que de allí á tres días fuese su partida, en los cuales habría lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo don Quijote, que la había de llevar. Ofreciósela Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía, puesto que estaba más oscura por el orín y el mo-
ho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al bachiller, no tuvieron cuenta: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo había comunicado. En resolución, en aquellos tres días don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y don Quijote á su sobrina y á su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con ésta ó entristecerse con aquélla, como las leyes de su amistad pedían. Pro-



metióselo don Quijote; dió Sansón la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.





CAPÍTULO VIII.

DONDE SE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE YENDO Á VER Á SU SEÑORA DULCINEA DEL TOBOSO.

BENDITO sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á don Quijote y á Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero: persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel: y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero: aunque si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabía, puesto que la historia no lo declara; sólo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas, y aunque tonto no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole don Quijote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á más andar, y con más escuridad de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte á lo menos que pueda recibir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del

corral por donde yo la ví la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra-Morena. ¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo don Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamás bastante-mente alabada gentileza y hermosura? No debían de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó don Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón de modo, que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo ví ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. ¿Qué, todavía das, Sancho, dijo don Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea aechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejer-

cicios y entretenimientos que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á tí, oh Sancho, aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas: y desta manera debía de ser lo de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias. Eso es lo que yo digo también, respondió Sancho, y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros había visto, debe de andar mi honra á coche acá chinchado, y como dicen, al estri-cote, aquí y allí barriendo las calles: pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningún encan-

tador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren. Eso se parece, Sancho, dijo don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta destos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama que se podía dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las damas, se quejó al poeta diciéndole que qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que había nacido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas

del mundo, sólo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase ni hiciese por palabra ó por escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. También alude á esto lo que sucedió al grande emperador Cárlos V con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de Todos los Dioses, y ahora con mejor vocación se llama de Todos los Santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya dijo al Emperador: Mil veces, sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra Majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo por dejar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí ádelante no os pondré yo en ocasión que volváis á hacer prueba de vuestra

lealtad, y así os mando que jamás me habléis ni estéis donde yo estuviere; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tíber? ¿Quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón á César? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así, oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado con-

tinente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanza que consigo trae la buena fama. Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querría que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese quieres decir, Sancho, dijo don Quijote: dí en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están ahora? Los gentiles, respondió don Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo. Está bien, dijo Sancho; pero sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos ¿tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto no, ¿de qué están adornadas? A lo que respondió don Quijote: Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos:

las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Hadriani*, que ahora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. A eso voy, replicó Sancho; y dígame ahora, ¿cuál es más, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La respuesta está en la mano, respondió don Quijote; más es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. También confieso esa verdad, respondió don Quijote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra

santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares. ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo don Quijote. Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que según há poco, se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneración que está, según dije, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. Todo eso es así, respondió don Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo; religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria. Sí, respondió Sancho; pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo, que caballeros andantes. Eso es,

respondió don Quijote, porque es mayor al número de los religiosos que el de los caballeros. Muchos son los andantes, dijo Sancho. Muchos, respondió don Quijote; pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á don Quijote. En fin, otro día al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á don Quijote y se le entristecieron á Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.





CAPÍTULO IX.

DONDE SE CUENTA LO QUE EN ÉL SE VERÁ.

MEDIA noche era por filo poco más á menos, cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entre clara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caba-

llero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo ví á su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debía de estar retirada entonces, respondió don Quijote, en algún pequeño apartamiento de su alcázar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran á cualquier hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el alcázar, replicó don Quijote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guíe vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día. Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio

no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: Con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimiterios á tales horas, y más habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dijo don Quijote: ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo don Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de sola una vez que ví la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dijo don Quijote; ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los

umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no puede ser, replicó don Quijote, que por lo menos ya me has dicho tú que la viste aechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que también fué de oídas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió don Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas pláticas vieron que venía á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacía el arado que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de ser labrador, que habría madrugado antes del día á ir á su labranza; y así fué la verdad. Venía el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubisteis, franceses,
la caza de Roncesvalles.

Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano? Sí oigo, respondió Sancho; ¿pero qué hace á nuestro

propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calainos, que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien don Quijote preguntó: ¿Sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y há pocos días que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico, en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar, entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razón desá señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna, muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser princesa. Pues entre esas, dijo don Quijote, debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podría ser, respondió el mozo, y adiós, que ya viene el alba; y dando á sus mulas no atendió á más preguntas. Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo: Señor, ya se viene á más andar el día, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de días, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora: y asaz sería de desdichado si no le hallase, y hallándole

hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dijo don Quijote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás, como dices, á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado á Sierra-Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo crédito.





CAPÍTULO X.

DONDE SE CUENTA LA INDUSTRIA QUE SANCHO TUVO PARA ENCANTAR Á LA SEÑORA DULCINEA, Y DE OTROS SUCESOS TAN RIDÍCULOS COMO VERDADEROS.

LLEGANDO el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído, porque las locuras de don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podían ponerle de mentiro-

so: y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así prosiguiendo su historia dice, que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera. Anda, hijo, replicó don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para componerle aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré

yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mío, ese corazóncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana: y considere que se suele decir, que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y también se dice, donde no se piensa salta la liebre: dígolo, porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de día los pienso hallar cuando menos lo piense, y hallados déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y don Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubc

salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse: Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y da de comer al que há sed, y de beber al que há hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algun día por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. ¿Y pareceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir á sonsacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razón cuando no considerasen que soy mandado, y que mensajero sois, amigo, no merecéis culpa, non. No os fiéis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando

mala aventura. Oxe, puto, allá darás, rayo: no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno; y más que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por Rávena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué que volvió á decirse: Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: Díme con quién andas, decirte hé quién eres, y el otro de no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á

semejantes mensajerías viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador destes que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como don Quijote le vió, le dijo: ¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca, ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. Dese modo, replicó don Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á

vuesa merced. ¡Santo Dios! ¿qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaría yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver. Hacaneas querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió don Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crías me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en

esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las había dejado fuera de la ciudad. ¿Cómo fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodía? Yo no veo, Sancho, dijo don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le aparezcan á vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; á lo menos á mí tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, é hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulso de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo



A esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto á Sancho.

soy Sancho Panza su escudero, y él es el asende-
reado caballero don Quijote de la Mancha, llama-
do por otro nombre el caballero de la Triste Figu-
ra. A esta sazón ya se había puesto don Quijote
de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos des-
encajados y vista turbada á la que Sancho llama-
ba reina y señora; y como no descubría en ella si-
no una moza aldeana y no de muy buen rostro,
porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y
admirado, sin osar desplegar los labios. Las labra-
doras estaban asimismo atónitas viendo aquellos
dos hombres tan diferentes hincados de rodillas,
que no dejaban pasar adelante á su compañera;
pero rompiendo el silencio la detenida, toda des-
graciada y mohina, dijo: Apártense nora en tal
del camino, y déjenmos pasar, que vamos de prie-
sa. A lo que respondió Sancho: ¡Oh princesa y se-
ñora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magná-
nimo corazón no se enternece viendo arrodillado
ante vuestra sublimada presencia á la coluna y
sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual
otra de las dos dijo: Mas yo que te estrego, burra
de mi suegro: mirad con qué se vienen los señori-
tos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si
aquí no supiésemos echar pullas como ellos: vayan
su camino, é déjenmos hacer el nueso, y serles há
sano. Levántate, Sancho, dijo á este punto don
Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no
harta, tiene tomados los caminos todos por donde
pueda venir algún contento á esta ánima mezqui-

na que tengo en las carnes. Y tú, oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora, ya que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento, que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oír resquebrajos. Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando pican-do á su cananea con un agujón que en un palo traía, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del agujón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por don Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que también vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo le

quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algún tanto atrás tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo más ligero que un halcón sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho: Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán, y que puede enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano: el arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento: y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua. Siguiólas don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecían, volviéndose á Sancho, le dijo: Sancho, ¿qué te parece? ¡Cuán malquisto soy de encantadores! Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terro donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales

señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (según tú dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrino y atosigó el alma. ¡Oh canalla! gritó á esta sazón Sancho; ¡oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera á todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho mal hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocáredes en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca yo ví su fealdad sino su hermosura, á la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho á manera de bigote, con siete ú ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de más de un palmo. A este lunar, dijo don Quijote, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado de donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecían allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, re-

plicó don Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa, ó sillón? No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino según es de rica. ¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! dijo don Quijote: ahora torno á decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres. Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.





CAPÍTULO XI.

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALE-
ROSO DON QUIJOTE CON EL CARRO Ó CARRETA DE
LAS CORTES DE LA MUERTE.

PENSATIVO además iba don Quijote por su cami-
no adelante considerando la mala burla que le ha-
bían hecho los encantadores volviendo á su señora
Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no ima-
ginaba qué remedio tendría para volverla á su sér
primero; y estos pensamientos le llevaban tan fue-
ra de sí, que sin sentirlo soltó las riendas á Roci-
nante, el cual sintiendo la libertad que se le daba,

á cada paso se detenía á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuesa merced se reporte. y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿Qué descaecimiento es este? ¿Estamos aquí ó en Francia? Mas que se lleve Satanás á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y trasformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió don Quijote con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la envidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora, ¿cuál es el corazón que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó don Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caído, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que

parecen de perlas antes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que le sirven de cejas; y esas perlas quítalas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque también me turbó á mí su hermosura como á vuesa merced su fealdad; pero, encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mío, más que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algún gigante ú otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán más que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió don Quijote, no se extenderá el encantamiento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, haremos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relación de lo que acerca desto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicó San-

cho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella a solo vuesa merced se encubre, la desgracia más será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y otras mayores enfermedades. Responder quería don Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al través del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de don Quijote fué la de la misma muerte con rostro humano; junto á ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona al parecer de oro en la cabeza; á los pies de la muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venía también un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venían otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á don Quijote y puso miedo en el

corazón de Sancho; mas luego se alegró don Quijote creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Carón, que carreta de las que se usan. A lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de las Cortes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel, aquella mujer, ~~que es la~~ del autor, va de reina, el otro de soldado, aquél de emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros preguntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante, respondió don Quijote, que así como ví este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía, y ahora digo que



El moharracho se llegó á don Quijote y comenzó á esgrimir el palo y a sacudir el suelo con sus vejigas.

es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venía vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho llegándose á don Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala visión así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo; ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido más que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña hacia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su

rucio y la caída de su amo, y no sabía á cuál de las dos necesidades acudiría primero; pero en efecto, como buen escudero y como buen criado pudo más con él el amor de su señor que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el más mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulación llegó donde estaba don Quijote harto más maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dijo: Señor, el diablo se ha llevado el rucio. ¿Qué diablo? preguntó don Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó don Quijote, si bien se encerrase con él en los más hondos y oscuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaceré la pérdida del rucio. No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; vuesa merced temple su cólera, que según me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia; y así era la verdad, porque habiendo caído el diablo con el rucio por imitar á don Quijote y á Rocinante, el diablo se fué á pie al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dijo don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador. Quítesele á vuesa merced eso de la imaginación,

replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los más en sus trajes y compostura parecen unos príncipes. Pues con todo, respondió don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano; y diciendo esto volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, é iba dando voces diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intención del que las decía, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el emperador, el diablo carretero y el ángel, sin quedarse la reina ni el dios Cúpido; y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recibir á don Quijote en las puntas de sus cigarros. Don Quijote, que los vió puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos levantados, con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometería con menos peligro de su

persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, dijo: Asaz de locura sería intentar tal empresa; considere vuesa merced, señor mío, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y también se ha de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideración no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningún caballero andante. Ahora sí, dijo don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á tí, Sancho, toca, si quieres, tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto más que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinación, replicó don Quijote, Sancho bueno,

Sancho discreto, Sancho cristiano, y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y más calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadrón volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el día siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero, de no menos suspensión que la pasada.





CAPÍTULO XII.

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL BRAVO CABALLERO DE LOS ESPEJOS.

LA noche que siguió al día del rencuentro de la muerte la pasaron don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombreros árboles, habiendo á persuasión de Sancho comido don Quijote de lo que venía en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor: Señor, qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crías de las tres yeguas. En efecto, en efecto, más vale pájaro en mano que buitre volando. Todavía, respondió don Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer como yo que-

ría, te hubieran cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ú hoja de lata. Así es verdad, replicó don Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que debemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Sí he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dijo don Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente

todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparación! dijo Sancho, aunque no tan nueva que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada día, Sancho, dijo don Quijote, te vas haciendo menos simple y más discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa merced, respondió Sancho; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversación de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído, la cultivación el tiempo que há que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mío. Rióse don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decía de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las más veces que Sancho quería hablar de oposición y á lo cortesano, acababa su razón con despeñarse



En estas y en otras pláticas se les paso gran parte de la noche.

del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decía cuando quería dormir, y desaliñando al rucio le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzón de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradición de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; más que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudían á rascarse el uno al otro, y que después de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobrada de la otra parte más de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo se solían es-

tar de aquella manera tres días, á lo menos todo el tiempo que les dejaba ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen, que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurialo, y Pílates y Orestes: y si esto es así, se podía echar de ver, para universal admiración, cuán firme debió ser la amistad destes dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo:

No hay amigo para amigo:
las cañas se vuelven lanzas,

y el otro que cantó:

De amigo á amigo la chinche, etc.

y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destes animales á la de los hombres; que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo había pasado cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido

procedía, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dejándose derribar de la silla dijo al otro: Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venía armado: manifiesta señal por donde conoció don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose á Sancho, que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: Hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho, ¿y adónde está, señor mío, su merced desaseñora aventura? ¿Adónde, Sancho? replicó don Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce no debe de estar demasiadamente alegre, porque le ví arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas. ¿Pues en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió don Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece templando está un laúd ó vihuela, y según escupe y se desembaraza el pecho, debe prepararse para cantar algo. A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe ser caba-

llero enamorado. No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo don Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazón habla la lengua. Replicar quería Sancho á su amo, pero la voz del caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó; y estando los dos atentos oyeron que lo que cantó fué este

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
conforme á vuestra voluntad cortado,
que será de la mía así estimado,
que por jamás un punto dél desdiga.

Si gustáis que callando mi fatiga
muera, contadme ya por acabado;
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mismo amor la diga.

A prueba de contrarios estoy hecho
de blanda cera y de diamante duro,
y á las leyes de amor el alma ajusto.

Blando cual es, ó fuerte, ofrezco el pecho:
entallad, ó imprimid lo que os dé gusto,
que de guardarlo eternamente juro.

Con un ay, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazón, dió fin á su canto el caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dijo: ¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¡Cómo qué! ¿será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrina-

ciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No hasta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso no, dijo á esta sazón don Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora; y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará más. Sí hará, replicó Sancho, que terminó lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoído el caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentación se puso en pie, y dijo con voz sonora y comedida: ¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, ó de la del de los afligidos? De los afligidos, respondió don Quijote. Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la misma tristeza y á la aflicción misma. Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni más ni menos. El caballero lamentador asió á don Quijote del brazo, diciendo: Sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andan-

tes. A lo que respondió don Quijote: Caballero soy de la profesión que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasión que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantasteis poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que tenéis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrasteis. Ya cuando esto pasaba estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á don Quijote, ¿sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió don Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdeños, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió don Quijote. No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es más blanda que una manteca. ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque. Sí es, respondió don Quijote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo menos ahí está ese mío, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, di-

jo Sancho, que he hablado yo y puedo hablar delante de otro tan, y aun... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole: Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á estos señores amos nuestros que se dén de las astas contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.





CAPÍTULO XIII.

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE, CON EL DISCRETO, NUEVO Y SUAVE COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE LOS DOS ESCUDEROS.

DIVIDIDOS estaban caballeros y escuderos, éstos contándose sus vidas y aquéllos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos: y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, estos que somos escuderos de ca-

balleros andantes; en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. También se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos, porque ¿quién más calor y más frío que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun menos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos, si no es el viento que sopla. Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo menos á pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de qualque ínsula, ó con un condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula: y él es tan noble y tan liberal que me le ha prometido muchas y diversas veces. Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. ¿Y qué tal? Debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mío es meramente lego: aun yo me acuerdo cuando le querían aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entonces temblando si

le venía en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella, porque le hago saber á vuesa merced, que aunque parezco hombre, soy un bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencólicos, y finalmente el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo á quien le falte un rocín y un par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea? A mí no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocín, pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo: mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá vuesa merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento: pues galgos no me habían de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo, y más que entonces es la caza más gustosa cuando se hace á costa ajena. Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor

escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías destos caballeros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha á quien crió para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. ¿Y qué edad tiene esa señora que se crió para condesa? preguntó el del Bosque. Quince años, dos más ó menos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapán. Partes son esas, respondió el del Bosque, no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa puta, y qué rejoy debe de tener la bellaca! A lo que respondió Sancho algo mohino: Ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere; y háblese más comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. ¡Oh qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! ¡Cómo! ¿y no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ¡Oh hideputa puto, y qué bien que lo ha hecho! y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable? y renegad

vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les dén á sus padres loores semejantes. Sí reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa mesma razón podía echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en el corazón de Sierra-Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe, y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero. Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco, y si va á tratar dellos no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: Cuidados ajenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si después de hallado le ha de salir á los hocicos. ¿Y es enamorado, por dicha? Sí, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la más cru-

da y la más asada señora que en todo el orbe puede hallarse: pero no cojea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algún tropezón ó barranco: en otras casas cuecen habas y en la mía á calderadas: más acompañados y paniagudos debe de tener la locura que la discreción; mas si es verdad lo que comúnmente se dice, el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo, tan tonto como el mío. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y más bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mío, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día; y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón, y no me amaño á dejarle por más disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compás de pies, y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupía Sancho á menudo al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo: Paréceme que de lo que

hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzón de mi caballo, que es tal como bueno: y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, no es encarecimiento, porque era de un conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algún cabrón, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: ¿Y esto trae vuesa merced consigo, señor? Pues ¿qué se pensaba, respondió el otro, soy yo por ventura algún escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á oscuras bocados de nudos de suelta, y dijo: Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo menos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrechez de mi dueño, y á la opinión que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas

ni á piruétanos ni á raíces de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren: fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla por sí ó por no, y es tan devota mía, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola puesta á la boca estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro dijo: ¡Oh hideputa bellaco, y cómo es católico! ¿Veis ahí, dijo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, cómo habéis alabado este vino llamándole hideputa? Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonor llamar hijo de puta á nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere, ¿este vino es de Ciudad-Real? ¡Bravo mojón! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mí con eso, dijo Sancho, no toméis menos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse

se, si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha; para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabía á hierro, el segundo dijo que más sabía á cordobán. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenía adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordobán. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordobán: porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que después todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mas-

car en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.





CAPÍTULO XIV.

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO
DEL BOSQUE.

ENTRE muchas razones que pasaron don Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á don Quijote: Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó por mejor decir mi elección, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis

buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, víla, y vencila, é hícela estar queda y á raya (porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes). Vez también hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando: empresa más para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra: ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en her-

mosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se han transferido y pasado á mi persona,

Y tanto el vencedor es más honrado
cuanto más el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son más las innumerables hazañas del ya referido don Quijote. Admirado quedó don Quijote de oír al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentís en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los más caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Cómo no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cu-

bre, que peleé con don Quijote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos: campea debajo del nombre del caballero de la Triste Figura, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente, tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mía que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. Sosegaos, señor caballero, dijo don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habéis de saber que ese don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que me habéis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomando su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmación

desto quiero también que sepáis, que los tales encantadores sus contrarios há más de dos días que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á don Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas, á pie ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pie, y se empuñó en la espada esperando qué resolución tomaría el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió, y dijo: Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el día para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condición de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare. Soy más que contento desa condición y convenencia, respondió don Quijote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronles, y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla,

á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habían olido y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque á Sancho: Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen: dígolo porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo menos yo no he oído decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto más, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay más, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso

sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo aquí traigo dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño: tomaréis voz la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas ó qué copos de algodón cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascós, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben antes de llegar su sazón y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortés ni tan desagradecido que con quien he comido y bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea; cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bo-

nitamente á vuesa merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis pies, con las cuales le haré despertar la cólera aunque esté con más sueño que un lirón. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote, aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo que soy hombre, Dios sabe lo que podré volverme: y así desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios y medraremos. En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente, iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófár,

los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacía sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad, y toda llena de verrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca, cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pie y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazón de dejarse dar doscientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza que tenía arrimada á un árbol era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que ya el di-

cho caballero debía de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza: antes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposición. O vencido ó vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago vuestro deseo es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardaré en alzar-me la visera sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dijo don Quijote, bien podéis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijisteis haber vencido. A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que parecéis, como se parecen un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí: pero según vos decís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no. Eso me basta á mí, respondió don Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido don Quijote que pensáis. Con esto acortando razones, subieron á caballo, y don Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar

lo que convenía del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se había apartado don Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discreción del vencedor. Ya la sé, respondió don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algún monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo asido á una acción de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo: Suplico á vuesa merced, señor mío, que antes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dijo don Quijote, que te quieres encaramar y subir en

andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dijo don Quijote, que á no ser yo quien soy, también me asombraran, y así vén, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mismo habría hecho don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrojó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su

lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¿quién podrá decir lo que vió sin causar admiración, maravilla y espanto á los que lo oyeren? Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco, y así como la vió, en altas voces dijo: Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á don Quijote: Soy de parecer, señor mío, que por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el bachiller Sansón Carrasco, quizá matará en él á alguno de sus eonemigs los encantadores. No

dices mal, dijo don Quijote, porque de los enemigos los menos, y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho, y á grandes voces dijo: Mire vuesa merced lo que hace, señor don Quijote, que ese que tiene á los pies es el bachiller Sansón Carrasco su amigo, y yo soy su escudero; y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo: ¿Y las narices? A lo que él respondió: Aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifiatura que quedan delineadas, y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande, dijo: ¡Santa María, y valme! ¿Este, no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y cómo si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado bachiller Sansón Carrasco nuestro compatriota. En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por don Quijote le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo: Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demás de esto habéis de prometer, si des-

ta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á la que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería. Confieso, dijo el caído caballero, que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas aunque limpias de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís. También habéis de confesar y creer, añadió don Quijote, que aquel caballero que vencisteis no fué ni pudo ser don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo, que vos, aunque parecéis el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz mal trecho me tiene. Ayudóle á levantar don Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos

Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía: mas la aprensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habían mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se apartaron de don Quijote y Sancho, con intención de buscar algún lugar donde bizmarle y entablarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.





CAPÍTULO XV.

DONDE SE CUENTA Y DA NOTICIA DE QUIÉN ERA EL
CABALLERO DE LOS ESPEJOS Y SU ESCUDERO.

EN extremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razón de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba don Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamien-

to, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia, que cuando el bachiller Sansón Carrasco aconsejó á don Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el cura y el barbero sobre qué medio se podría tomar para reducir á don Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto común de todos, y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á don Quijote, pues el detenerle parecía imposible, y que Sansón le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido don Quijote le había de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandada otra cosa, lo cual era claro que don Quijote vencido cumpliría indubitablemente por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podría ser que en el tiempo de su reclusión se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algún conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sansón, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las fal-

sas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así siguieron el mismo viaje que llevaba don Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de don Quijote, que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal había logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller: Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della: don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora cuál es el más loco, ¿el que lo es por no poder menos, ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sansón: La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere. Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sansón, porque pensar que yo he de volver

á la mía hasta haber molido á palos á don Quijote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con don Quijote.





CAPÍTULO XVI.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE CON UN DISCRETO CABALLERO DE LA MANCHA.

CON la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenía en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yan-

güeses: finalmente, decía entre sí que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: ¿No es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé qué me diga á eso, respondió Sancho; sólo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer é hijos no me las podría dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estemos á razón, Sancho, replicó don Quijote: vén acá, ¿en qué consideración puede haber que el bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival, ó hace él profesión de las armas, para tener envidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues qué diremos, señor, respondió Sancho á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi

compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió don Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo había de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pudiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mía. Para prueba de lo cual ya sabes, oh Sancho, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no há dos días que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la ví en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y más que el perverso encantador que se atrevió á hacer una trasformación tan mala no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu compadre por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin, en cualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho; y como él sabía que la trasformación de Dulcinea

había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacían las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecían mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortésmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero don Quijote le dijo: Señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos mi se-

ñor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la dén entre dos platos, á bien seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo Verde á don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo Verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de don Quijote de la Mancha el de lo Verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien don Quijote la atención con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspensión su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino, diciéndole: Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo,

que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el caballero de la Triste Figura, y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago. Calló en diciendo esto don Quijote, y el de lo Verde, según se tardaba en responderle, pare-

cía que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: Acertasteis, señor caballero, á conocer por mi suspensión mi deseo; pero no habéis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decís que el saber ya quien sois me la podría quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sé quedo más suspenso y maravillado. Cómo, ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió don Quijote, en razón de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió don Quijote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razón de

don Quijote tomó barruntos el caminante de que don Quijote debía de ser algún mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condición y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gabán: Yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido; soy más que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso ó algún hurón atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos, y de devoción otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escrudiño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entra-

da en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos: soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho á la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: ¿Qué hacéis, hermano? ¿Qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la jineta que he visto en todos los días de mi vida. Nó soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiración á don Diego. Preguntóle don Quijote que cuántos hijos tenía, y díjole que una de las cosas en que ponían el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle, quizá me juzgara por

más dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras; porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el día se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la *Iliada*, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ú otra tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo cual respondió don Quijote: Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el enca-

minarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso: y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que más le vieren inclinado; y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar

tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es esta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego; ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolución todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escriba en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya: pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque según es opinión verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poe-

ta natural sale poeta; y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, etc. También digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor, y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte quisiere serlo. La razón es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala; así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garchas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele, y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque licito es al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á

peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes ó príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del Verde Gabán del razonamiento de don Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinión que con él tenía de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se había desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas: y en esto ya volvía á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discreción y buen discurso de don Quijote, cuando alzando don Quijote la cabeza vió que por el camino por donde ellos iban, venía un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada: el cual Sancho, oyéndose llamar, dejó á los pastores, y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.





CAPÍTULO XVII.

DONDE SE DECLARA EL ÚLTIMO PUNTO Y EXTREMO DONDE LLEGÓ Y PUDO LLEGAR EL INAUDITO ÁNIMO DE DON QUIJOTE, CON LA FELICEMENTE ACABADA AVENTURA DE LOS LEONES.

CUENTA la historia, que cuando don Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendían, y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenía pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le quería, el cual en llegando le dijo: Dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna

que me ha de necesitar, y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gabán, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venía con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debía de traer moneda de su Majestad, y así se lo dijo á don Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habían de ser aventuras y más aventuras, y así respondió al hidalgo: Hombre apercebido, medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviéndose á Sancho le pidió la celada, al cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de don Quijote, de lo que recibió tal susto que dijo á Sancho: ¿Qué será esto, Sancho, que me parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios

de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse don Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dijo: Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flemma y disimulación respondió Sancho: Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo había de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? Halládole habéis el atrevido. A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced, y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada. Todo puede ser, dijo don Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando después de haberse limpiado don Quijote cabeza, rostro y barbas, y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: Ahora venga lo que viniere, que

aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose don Quijote delante, y dijo: ¿Adónde vais, hermanos? ¿Qué carro es este, qué lleváis en él y qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: El carro es mío, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía á la corte, presentados á su Majestad; las banderas son del Rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes los leones? preguntó don Quijote. Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de África á España jamás; y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer. A lo que dijo don Quijote, sonriéndose un poco: ¿Leoncitos á mí? ¿A mí leoncitos, y á tales horas? Pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer quién es don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los en-

vían. Ta, ta, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo: dado há señal de quién es nuestro buen caballero; los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho, y díjole: Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor don Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegándose á don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van presentados á su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje. Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió don Quijote, á entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mío, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones; y volviéndose al leonero, le dijo: Voto á tal, don bellaco, que si no abris luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero, que vió la determinación

de aquella armada fantasma, le dijo: Señor mío, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado por toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. ¡Oh hombre de poca fe! respondió don Quijote: apéate y desunce, y haz lo que quisieres. que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: Séanme testigos cuantos aquí están, como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió don Quijote, que él sabía lo que hacía. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendía que se engañaba. Ahora, señor, replicó don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo. Oído lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la teme-



El hidalgo picó la yegua...

rosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decía Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de león verdadero, y saco por ella que el tal león, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo, á lo menos, respondió don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame, y si aquí muriere ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás á Dulcinea, y no te digo más. A estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no había de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gabán oponérsele, pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo había parecido de todo punto don Quijote, el cual volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasión al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen, antes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones: maldecía su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desvia-

dos, tornó á requerir y á intimar á don Quijote lo que ya le había requerido é intimado, el cual respondió que le oía, y que no se curase de más intimaciones y requerimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando don Quijote si sería bien hacer la batalla antes á pie que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazón, y luego á su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando á este paso el autor desta verdadera historia exclama y dice: ¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creíble en los siglos venideros, ó qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérbolas sobre todos los hipérbolos? Tú á pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sólo una espada, y no de las del Perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás

criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante anudando el hilo de la historia y diciendo, que habiendo visto el leonero ya puesto en postura á don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venía echado, y tender la garra, y desperezarse todo: abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro: hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto á la misma temeridad. Solo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula:

viendo lo cual don Quijote mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el león tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día: la grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada: ningun bravo peleante, según á mí se me alcanza, está obligado á más que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió don Quijote: cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad, y á la verdadera caballería, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña. Hízolo así el leonero, y don Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza

á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo: Que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacía las señas era don Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de don Quijote, que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro, y en llegando dijo don Quijote al carretero: Volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿Son muertos ó vivos? Entonces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo y supo, el valor de don Quijote, de cuya vista el león acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al león para que por fuerza saliese, como él quería que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad había permitido que la puerta se cerrase. ¿Qué te parece desto, Sancho, dijo don Quijote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á don Quijote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey cuando en la corte se viese. Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle que el *Caballero de los Leones*: que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del caballero de la Triste Figura; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían ó cuando les venía á cuento. Siguió su camino el carro, y don Quijote, Sancho y el del Verde Gabán prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no había hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No había aún llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leído, cesara la admiración en que lo ponían sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero como no la sabía, ya le tenía por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, clegante y bien dicho, y lo que hacía disparatado, temerario y tonto; y decía entre sí: ¿Qué más locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascós los encantadores? ¿Y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con los leones? Destas

imaginaciones y deste soliloquio le sacó don Quijote, diciéndole: ¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa: pues con todo esto, quiero que vuesa merced advierta, que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes; pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algún despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice la corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, man-

tenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos: no le asombren los leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos, que buscar éstos, acometer aquéllos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la jurisdicción de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde: que así como es más fácil venir el pródigo á ser liberal, que el avaro, así es más fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de más

que de menos ; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen : el tal caballero es temerario y atrevido, que no : el tal caballero es tímido y cobarde. Digo, señor don Quijote, respondió don Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho, va nivelado con el fiel de la misma razón, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarían en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo ; y démonos prisa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor don Diego, respondió don Quijote ; y picando más de lo que hasta entonces, serían como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de don Diego, á quien don Quijote llamaba el caballero del Verde Gabán.





CAPÍTULO XVIII.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN EL CASTILLO
Ó CASA DEL CABALLERO DEL VERDE GABÁN, CON
OTRAS COSAS EXTRAVAGANTES.

HALLÓ don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y trasformada Dulcinea; y sospirando sin mirar lo que decía, ni delante de quien estaba, dijo:



¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!

¡ Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!

¡ Oh, toboescas tinajas, que me habéis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de don Diego, que con su madre había salido á recibirle, y madre é hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de don Quijote, el cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y don Diego dijo: Recibid, señora, con vuestro sólito agrado al señor don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante, andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo. La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar don Quijote le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de un caballero labrador rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad, que en las frías digresiones. Entraron á don Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubón de camuza, todo bisunto con la mugre de las ar-

mas: el cuello era valona á lo estudiantil, sin almidón y sin randas; los borceguíes eran datilados y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendía de un tahalí de piel de un lobo marino que es opinión que muchos años fué enfermo de los riñones, y cubrióse con un herreruelo de buen paño pardo; pero antes de todo con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero, merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía salió don Quijote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponían, que por la venida de tan noble huésped quería la señora doña Cristina mostrar que sabía y podía regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que don Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de don Diego) de decir á su padre: ¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuestra merced nos ha traído á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió don Diego: sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto,

juzga de su discreción ó tontería lo que más puesto en razón estuviere, aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué don Lorenzo á entretener á don Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron, dijo don Quijote á don Lorenzo: El señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo que es vuesa merced un gran poeta. Poeta bien podrá ser, respondió don Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento; verdad es que yo soy algún tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió don Quijote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepción, respondió don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense. Pocos, respondió don Quijote; pero dígame vuesa merced, ¿qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero

á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero. Hasta ahora, dijo entre sí don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole: Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas; ¿qué ciencias ha oído? La de la caballería andante, respondió don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos más. No sé qué ciencia sea esa, replicó don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó don Quijote, que encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decen-

diendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolás ó Nicolao: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las más estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan. Si eso es así, replicó don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿Cómo si es así? respondió don Quijote. Lo que yo quiero decir, dijo don Lorenzo, es que dudo que haya habido ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió don Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar

á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran: pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazón entre sí don Lorenzo: pero con todo eso él es loco bizarro, y yo sería mentecato flojo si así no lo creyese. Aquí dieron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó don Diego á su hijo qué había sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió: No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fué tal como don Diego había dicho en el camino que la solía dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó don Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejaba un monasterio de cartujos. Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, don Quijote pidió ahincadamente á don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. A lo que él respondió: Por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno,

que sólo por ejercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto, respondió don Quijote, era de parecer que no se había de cansar nadie en glosar versos, y la razón, decía él, era, que jamás la glosa podía llegar al texto, y que muchas ó las más veces iba la glosa fuera de la intención y propósito de lo que pedía lo que se glosaba; y más que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber. Verdaderamente, señor don Quijote, dijo don Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latín continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió don Quijote, lo que vuesa merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respondió don Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

*Si mi fué tornase á es,
sin esperar más será,
ó viniese el tiempo ya
de lo que será después.*

GLOSA.

Al fin como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,

ni abundante, ni por tasa.
 Siglos há ya que me ves,
 fortuna, puesto á tus pies;
 vuélveme á ser venturoso,
 que será mi sér dichoso
si mi fué tornase á es.

No quiero otro gusto ó gloria,
 otra palma ó vencimiento,
 otro triunfo, otra victoria,
 sino volver al contento,
 que es pesar en mi memoria.
 Si tú me vuelves allá,
 fortuna, templado está
 todo el rigor de mi fuego,
 y más si este bien es luego,
sin esperar más será.

Cosas imposibles pido,
 pues volver el tiempo á ser
 después que una vez ha sido,
 no hay en la tierra poder
 que á tanto se haya extendido.
 Corre el tiempo, vuela y va
 ligero, y no volverá,
 y erraría el que pidiese,
 ó que el tiempo ya se fuese,
ó viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
 ya esperando, ya temiendo,
 es muerte muy conocida,
 y es mucho mejor muriendo
 buscar al dolor salida.
 A mí me fuera interés
 acabar, mas no lo es,
 pues con discurso mejor,
 me da la vida el temor
de lo que será después.

En acabando de decir su glosa don Lorenzo, se le-

vantó en pie don Quijote, y en voz levantada, que parecía grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo, dijo: Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolo-
 nia y Salamanca. Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaetee, y las musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de don Quijote, aunque le tenía por loco? ¡Oh fuerza de la adulación, á cuánto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu jurisdicción agradable! Esta verdad acreditó don Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de don Quijote, diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

SONETO.

El muro rompe la doncella hermosa
 que de Píramo abrió el gallardo pecho;
 parte el amor de Chipre, y va derecho
 á ver la quiebra estrecha y prodigiosa.

Habla el silencio allí, porque no osa
 la voz entrar por tan estrecho estrecho;
 las almas sí, que amor suele de hecho
 facilitar la más difícil cosa.

Salió el deseo de compás, y el paso
de la imprudente virgen solícita
por su gusto su muerte: ved qué historia.

Que á entrambos en un punto, ¡oh extraño caso!
los mata, los encubre y resucita
una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sea Dios, dijo don Quijote habiendo oído el soneto á don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mío, que así me lo da á entender el artificio deste soneto. Cuatro días estuvo don Quijote regaladísimo en la casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecía la merced y buen tratamiento que en su casa había recibido: pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se quería ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenía noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entrete-
ner el tiempo hasta que llegase el día de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero había de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comúnmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinación, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirían con la voluntad

posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesión suya. Llegóse en fin el día de su partida, tan alegre para don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrechez de sus mal proveídas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo más necesario que le pareció, y al despedirse dijo don Quijote á don Lorenzo: No sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo á decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y más con las que añadió diciendo: Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo para enseñarle cómo se han de perdonar los sugetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas á la profesión que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, sólo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso si se guía más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo

son del entendimiento corre más este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de don Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y tesón que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, don Quijote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partieron.





CAPÍTULO XIX.

DONDE SE CUENTA LA AVENTURA DEL PASTOR ENAMORADO, CON OTROS EN VERDAD GRACIOSOS SUCECOSOS.

Poco trecho se había alongado don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía como en portamanteo, en un lienzo de bocaçí verde, envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traía otra

cosa que dos espadas negras, de esgrima, nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traían otras cosas que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande donde las habían comprado, y las llevaban á su aldea: y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veían á don Quijote, y morían por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacía, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesión, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio don Quijote de la Mancha, y por el apelativo el caballero de los Leones. Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en jerigonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de don Quijote; pero con todo eso le miraban con admiración y con respeto, y uno de ellos le dijo: Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle don

Quijote si eran de algún príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el más rico de toda esta tierra, y ella la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenía su casa pared en medio de la de los pa-

dres de Quiteria, de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza: pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el más pintado. Por esa sola gracia, dijo á esta sazón don Quijote, merecía ese mancebo, no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Jinebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refrán que dice: Cada oveja con su pareja. Lo que

yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo don Quijote, quitariase la elección y jurisdicción á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben: y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espada-chín: que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarlo. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercadería que una vez comprada se vuelve, ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida, es un lazo, que si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la

muerte, no hay desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado, como le llamó don Quijote: De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca más le han visto reír ni hablar razón concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto: mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol todo á un mismo punto: tal se acuesta sano á la noche, que no se puede mover otro día. Y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un

clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre el sí y el no de la mujer no me atrevería yo á poner una punta de alfiler, porque no cabría: dénme á mí que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, según yo he oído decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. ¿Adónde vas á parar, Sancho, que seas maldito? dijo don Quijote; que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? ¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dijo don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añadido ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí que, válgame Dios, no hay para qué obligar al sayagüés á que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto de hablar polido. Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan

bien los que se crían en las tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picáredes más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos lleváredes el primero en licencias, como llevasteis cola. Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada teniéndola por vana. Para mí no es opinión, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á mediodía con mi destreza moderna y zafia, en quien espero después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de volver ó no las

espaldas no me meto, replicó el diestro, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pie, allí os abriesen la sepultura; quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo. No ha de ser así, dijo á este instante don Quijote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión; y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino á tiempo que ya el licenciado con gentil donaire de cuerpo y compás de pies se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, más espesas que hígado, y más menudas que granizo. Arremetía como un león irritado, pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenía, y se la hacía besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente, el licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de pulpo:

derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera, que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió después por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartas de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho le dijo: Mía fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros, he oído decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caído de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lejos estaba: y levantándose abrazó al licenciado, y quedaron más amigos que de antes, y no quisieron esperar al escribano, que había ido por la espada, por parecerles que tardaría mucho, y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fué contando el licenciado las excelencias de la espada con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era

anohecido, pero antes que llegasen les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que á mano habían puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendía el viento, que entonces no soplabá sino tan manso, que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar, dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de San-

cho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo ó casa de don Diego.





CAPÍTULO XX.

DONDE SE CUENTAN LAS BODAS DE CAMACHO EL RICO,
CON EL SUCESO DE BASILIO EL POBRE.

A PENAS la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba: lo cual visto por don Quijote, antes que le despertase, le dijo: ¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni

ser envidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á más que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío no affige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes, dijo: De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas. Acaba, glotón, dijo don Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios por



Desperto en fin soñoliento y perezoso...

ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio, y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dijo á esa sazón don Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarías en hablar. Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me había de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra

el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió don Quijote, de tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una había un rastro de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número: los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos: así había rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de



H. PISSE.

Llegada de don Quijote à las bodas de Camacho.

trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servían de freír cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zambullían en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones que cosidos por encima servían de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecía haberlas comprado por libras sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podía sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén, si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero le respondió: Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por ahí un

cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y qué melindroso y para poco debéis de ser! y diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto pues que esto pasaba Sancho, estaba don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron no una sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita, diciendo: ¡Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo! Oyendo lo cual don Quijote dijo entre sí: bien parece que éstos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas, de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brío, todos vestidos de del-



Comed, amigo, y desayunos con esta espuma.



Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona

gado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes. Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzó á enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque don Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquella. También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia, sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madre selva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona; pero más ligeros y sueltos que sus años prometían. Hacíales el són una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los pies á la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo. Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés; aquél adornado de alas, arco, aljaba y saetas; éste vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguían traían á las espal-

das en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres: *Poesía* era el título de la primera; el de la segunda, *Discreción*; el de la tercera, *Buen linaje*; el de la cuarta, *Valentía*. Del modo mismo venían señaladas las que al Interés seguían. Decía *Liberalidad* el título de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesión pacífica*. Delante de todos venía un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde tan al natural que por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traía escrito: *Castillo del buen recato*. Hacíanles el són cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

Yo soy el dios poderoso
 en el aire y en la tierra
 y en el ancho mar undoso,
 y en cuanto el abismo encierra
 en su báratro espantoso.

Nunca conocí qué es miedo;
 todo cuanto quiero puedo,
 aunque quiera lo imposible;
 y en todo lo que es posible
 mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interés, é hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos, y él dijo:

Soy quien puede más que Amor,
y es amor el que me guía;
soy de la estirpe mejor
que el cielo y la tierra cría
más conocida y mayor.

Soy el Interés, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro,
y cual soy te me consagro
por siempre jamás amén.

Retiróse el Interés, hízose adelante la Poesía, la cual después de haber hecho sus mudanzas como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

En dulcísimos concetos
la dulcísima Poesía,
altos, graves, y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.

Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna,
de otras muchas envidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna.

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad, y después de hechas sus mudanzas, dijo:

Lllaman liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad,
y del contrario, que arguye
tibia y floja voluntad.

Mas yo por te engrandecer,
de hoy más pródiga he de ser;
que aunque es vicio, es vicio honrado,
y de pecho enamorado
que en el dar se echa de ver.

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus

mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y sólo tomó de memoria don Quijote (que la tenía grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo disparaba por alto sus flechas, pero el Interés quebraba en él alcancías doradas. Finalmente después de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecía estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interés con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla: lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademán de quitársela, y todas las demostraciones que hacían eran al són de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presteza volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó don Quijote á una de las ninfas que quién le había compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dijo don Quijote, que debe de ser más amigo de Camacho que de Basilio el tal

bachiller ó beneficiado, y que debe de tener más de satírico que de vísperas: bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: El rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En fin, dijo don Quijote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas, y asiendo de una comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dijo: A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener, aunque ella al del tener se atenía, y el día de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que, vuelvo á decir, que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle. ¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo don Quijote. Hábréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuesa merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra había cortada para tres días. Plega á Dios, Sancho, replicó don

Quijote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, antes que vuesa merced se muera estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo menos hasta el del juicio. Aunque eso así suceda, oh Sancho, respondió don Quijote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y más que está muy puesto en razón natural que primero llegue el día de mi muerte que el de la tuya; y así jamás pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y á nuestro cura he oído decir, que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerma las siestas, que á todas horas siega y corta así la seca como la verde yerba, y no parece que masca sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría. No más, Sancho, dijo á este pun-

to don Quijote: tente en buenas, y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. Ni las has menester, dijo don Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más á un lagarto que á él sabes tanto. Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida; y diciendo esto comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero, con tan buenos alientos que despertó los de don Quijote, y sin duda le ayudara si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.





CAPÍTULO XXI.

DONDE SE PROSIGUEN LAS BODAS DE CAMACHO, CON OTROS GUSTOSOS SUCESOS.

CUANDO estaban don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grito iban á recibir á los novios, querodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venían acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y

como Sancho vió á la novia, dijo: A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh hideputa, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida! No sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes. Rióse don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no había visto mujer más hermosa jamás. Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al

puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decía: Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa. A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro jironado de carmesí á llamas. Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés, y en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremante y ronca estas razones dijo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenía: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío á otro, cuyas riquezas le sirven, no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el in-

conveniente que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando don Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle, y le tomó en sus brazos, y halló que aun no había espirado. Quisieronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar sería todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: Si quisieres, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues que en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual, le dijo que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de ve-

ras á Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse. En oyendo don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperada desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadían que diese la mano al pobre Basilio; y ella más dura que un mármol, y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía, ni podía, ni quería responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase

presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente le dijo: ¡Oh Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, oh fatal estrella mía, que la mano que me pides y que quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Ba-

silio, le dijo: Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan mal herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso les echó la bendición, y pidió al cielo diese buen poso al alma del desposado; el cual así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: ¡Milagro! ¡milagro! Pero Basilio replicó: No milagro, milagro, sino industria, industria. El cura, desatentado y atónito acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro, que lleno de sangre en



Para estar tan mal herido este manco, dijo Sancho Panza, mucho habla.

aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el cura y Camacho con todos los más circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo don Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos. Sancho, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechorías, se acogió á las tinajas donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que había de ser tenido en respeto. Don Quijote á grandes voces decía: Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardidés y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir

el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuándo, dónde y cómo quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza; y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían; y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuaciones del cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando más á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria quería bien á Basilio doncella, también le quisiera casada, y que debía dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado. Consolado pues y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni sus



Camacho quiso que las fiestas pasasen adelante.



secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio: que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.





CAPÍTULO XXII.

DONDE SE DA CUENTA DE LA GRANDE AVENTURA DE LA CUEVA DE MONTESINOS, QUE ESTÁ EN EL CORAZÓN DE LA MANCHA, Á QUIEN DIÓ FELICE CIMA EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

GRANDES fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á don Quijote, obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discreción, teniéndole por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres días á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de

Basilio, esperando della el mismo suceso que se había visto: bien es verdad que confesó que había dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños, dijo don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de más excelencia, advirtiéndole que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decía con intención de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabía, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, también la embisten los

cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió don Quijote, opinión fué de no sé que sabio, que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atrevería á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaría que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa será conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso. Oía todo esto Sancho, y dijo entre sí: Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en



Finalmente, don Quijote y Sancho tres días estuvieron con los novios.

cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: ¿Qué murmuras, Sancho? No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; sólo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo ahora el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo don Quijote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo menos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dijo don Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces súfrala el mismo Satanás. Finalmente, tres días estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió don Quijote al diestro licenciado le diese una guía que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que della se decían por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daría á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caba-

llerías, el cual con mucha voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha y aun en toda España: y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo asimismo bien proveídas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntó don Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios. A lo que él respondió, que su profesión era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba *el de las Libreas*, donde pintaba setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conforme á sus deseos é intenciones: porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro

tengo también, á quien he de llamar *Metamorfóseos*, ó *Ovidio español*, de invención nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Magdalena, quién el caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los toros de Guisando, la Sierra-Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*; que trata de la invención de las cosas, que es de grande erudición y estudio; á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que había estado muy atento á la narración del primo, le dijo: Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros, ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán. Sí sería, respondió el primo, porque

Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría. Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo á donde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Tenéis razón, amigo, dijo el primo; y dijo don Quijote: Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oído decir. Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí; que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Más has dicho, Sancho, de lo que sabes; dijo don Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día; y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, á donde el primo dijo á don Quijote que desde allí á la cueva de Montesinos no había

más de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo, que aunque llegase al abismo había de ver dónde paraba, y así compraron casi cien brazas de sogas, y otro día á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola, se apearon el primo, Sancho y don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñían, le dijo Sancho: Mire vuesa merced, señor mío, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algún pozo: sí, que á vuesa merced nó le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mázmorra. Ata y calla, respondió don Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entonces dijo la guía: Suplico á vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de don Quijote (que no fué sobre el arnés, sino sobre el jubón de armar), dijo don Quijote: Inadvertidos hemos andado en no habernos pro-

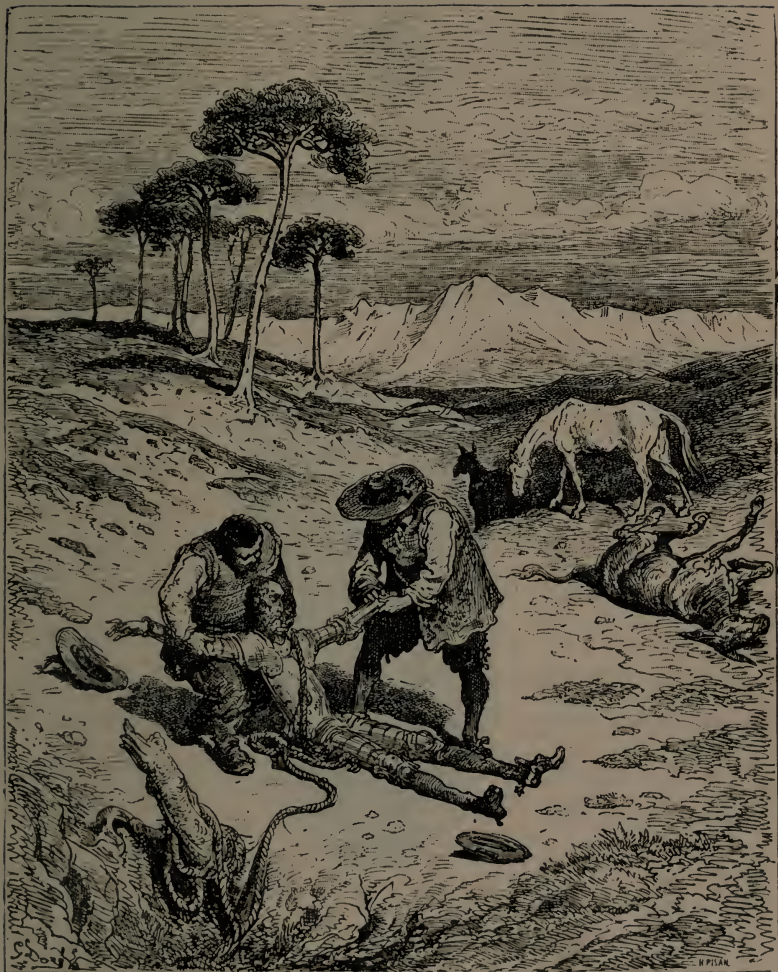
veído de algún esquilón pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma sogá, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guíe; y luego se hincó de rodillas, y hizo una oración en voz baja al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: ¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo qué aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo, que si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y acábe; y en diciendo esto, se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con don Quijote en el suelo, y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmen-



Si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal.

te, se levantó, y viendo que no salían más cuervos ni otras aves nocturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole sogas el primo y Sancho, le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo: Dios te guíe y la peña de Francia junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce: Dios te guíe otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba don Quijote dando voces que le diesen sogas y más sogas, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de sogas. Fueron de parecer de volver á subir á don Quijote, pues no le podían dar más cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la sogas con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, á su parecer, á poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, á las diez vieron distintamente á don Quijote, á quien dió

voces Sancho diciéndole: Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mío, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta; pero no respondía palabra don Quijote, y sacándole del todo vieron que traía cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolviéron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien como si de algún grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte como espantado, dijo: Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha, hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de don Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decía, y les dijese lo que en aquel infierno había visto. ¿Infierno le llamáis? dijo don Quijote; pues no le llaméis así, porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del



Vieron que traía cerrados los ojos con muestras de estar dormido.

primo sobre la verde yerba, acudieron á la des-
pensa de sus alforjas, y sentados todos tres en
buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo
junto. Levantada la arpillera, dijo don Quijote de
la Mancha: No se levante nadie, y estadme, hijos,
todos atentos.





CAPITULO XXIII.

DE LAS ADMIRABLES COSAS QUE EL EXTREMADO DON QUIJOTE CONTÓ QUE HABÍA VISTO EN LA PROFUNDA CUEVA DE MONTESINOS, CUYA IMPOSIBILIDAD Y GRANDEZA HACE QUE SE TENGA ESTA AVENTURA POR APÓCRIFA.

Las cuatro de la tarde serían cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos había visto, y comenzó en el modo siguiente:

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace

una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella oscura región abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces pidiéndoos que no descolgádes más soga hasta que yo os lo dijese; pero no debisteis de oírme. Fuí recogiendo la sóga que enviábades, y haciendo della una rosca ó rímero me senté sobre él, pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendô quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo me salté un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no desperté dél, y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y

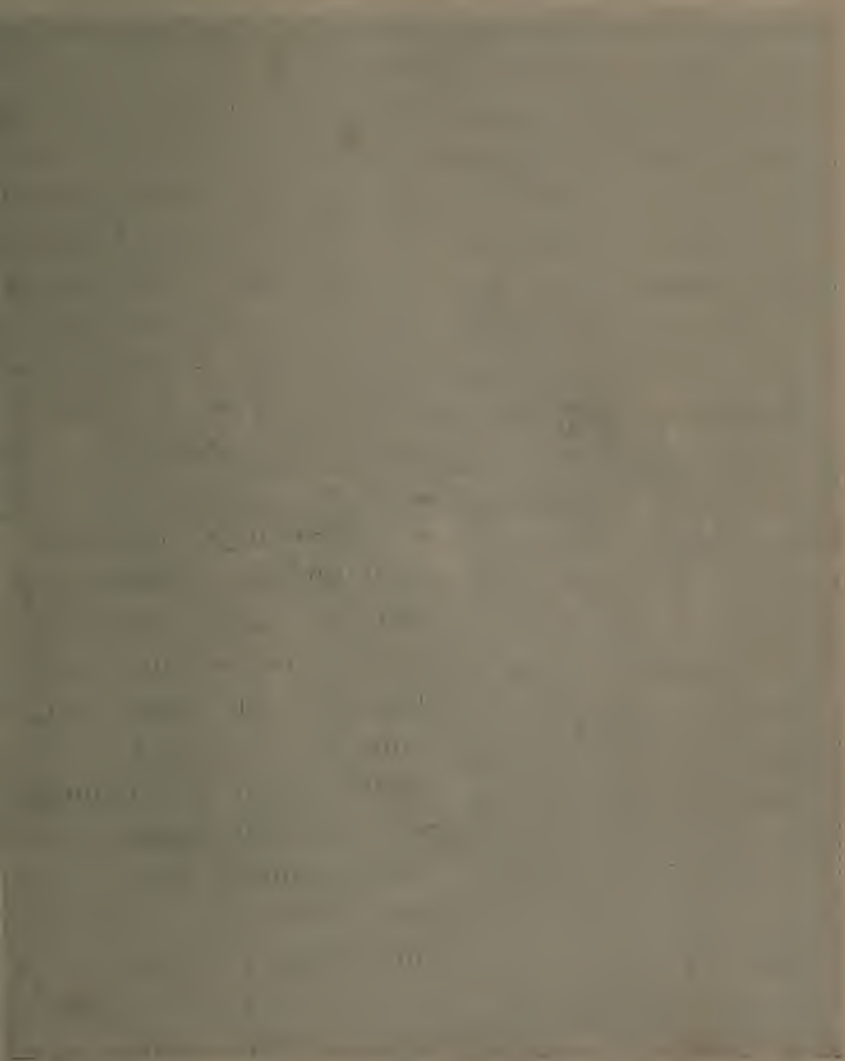
suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecían de trasparente y claro cristal fabricados, del cual abriéndose dos grandes puertas ví que por ellas salía y hacia mí se venía un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba, ceñiale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde: cubríale la cabeza una gorra milanese negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como hùevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos há, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo

de acá arriba se contaba, que él había sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazón de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decían verdad sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña, sino un puñal buido, más agudo que una lezna. Debía de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramón de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió don Quijote; pero no sería dese puñalero, porque Ramón de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años: y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. Así es, respondió el primo: prosiga vuesa merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió don Quijote, y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual ví á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenía la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazón, y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo:

Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado, como me tiene á mí y á otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador, que dicen que fué hijo del diablo, y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque según los naturales, el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo? Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una una gran voz, dijo:

Oh mi primo Montesinos:
 lo postrero que os rogaba,
 que cuando yo fuere muerto,
 y mi ánima arrancada,
 que llevéis mi corazón
 adonde Belerma estaba,
 sacándomele del pecho,
 ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas





Ya, señor Durandarte, hice lo que me mandasteis en el aciago día de nuestra pérdida.

en los ojos le dijo: Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandasteis en el aciago día de nuestra pérdida; yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas; y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal y fuese, sino fresco, á lo menos amojamado á la presencia de la señora Belerma, á la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlín há muchos años, y aunque pasa de quinientos no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió tener Merlín dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santísima, que se llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un

río llamado de su mismo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, oh primo mío, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondéis, imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os lo aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y cuando



Dijome Montesinos, como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma.

así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, oh primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó á su acostumbrado silencio sin hablar más palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de algunas de las otras: era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venía seco y amojamado. Díjome Montesinos, como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazón entre el lienzo, y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días de la semana hacían aquella procesión y cantaban, ó por mejor decir lloraban endechas

sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo: y que si me había parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores días que en aquel encantamiento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar en el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque há muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entonces, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así no hay para qué comparar á nadie con nadie; la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí. A lo que él me respondió: Señor don Quijote, perdóname vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacción que me

dió el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió don Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo: Yo no sé, señor don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha estado allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuánto há que bajé? preguntó don Quijote. Poco más de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamiento, quizá á lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres días con sus noches. Así será, respondió don Quijote. ¿Y ha comido vuesa merced en todo ese tiempo, señor mío? preguntó el primo. No me he desayunado de bocado,

respondió don Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dijo el primo. No comen, respondió don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió don Quijote, á lo menos en estos tres días que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo; ni yo tampoco. Aquí encaja bien el refrán, dijo Sancho, de dime con quién andas, decirte he quién eres: ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Cómo no? dijo el primo, ¿pues había de mentir el señor don Quijote, que aunque quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millón de mentiras? Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. Si no, ¿qué crees? le preguntó don Quijote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlín, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó don Quijote, pero no es así, porque lo que he contado lo ví por mis propios ojos y lo toqué

con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hallamos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesinos si las conocía: respondiome que no; pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocía él á la reina Jinebra y su dueña Quintañoña escanciando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio ó morir de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indudablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa merced, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró

con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se lo había dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondió don Quijote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló, ¿qué dijo y qué le respondió? Conocíla, respondió don Quijote, en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Hábléla, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenía volver á salir de la sima. Díjome asimismo que andando el tiempo se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que más pena me dió de las que allí ví y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de

lígrimas, con turbada y baja voz me dijo: Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que por estar en una gran necesidad asimismo suplica á vuesa merced cuan escarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo de cotonía nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: ¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: Créame vuesa merced, señor don Quijote de la Manchá, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta á los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije: Decid, amiga mía, á vuestra señora que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud care-

ciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle también que cuando menos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marqués de Mantua de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montiña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así lo haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y más debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire. ¡Oh santo Dios! dijo á ese tiempo dando una gran voz Sancho: ¡es posible que tal haya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y los encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor, señor, por quien Dios es, que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido! Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo don Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen al-

go de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.





CAPÍTULO XXIV.

DONDE SE CUENTAN MIL ZARANDAJAS TAN IMPERTINENTES COMO NECESARIAS AL VERDADERO ENTENDIMIENTO DESTA GRANDE HISTORIA.

DICE el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas de mano del mismo Hamete, estas mismas razones:

« No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir que al valeroso don Quijote le pasase pun-

» tualmente todo lo que en el antecedente capítulo
» queda escrito. La razón es, que todas las aventu-
» ras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y
» verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo en-
» trada alguna para tenerla por verdadera, por ir
» tan fuera de los términos razonables. Pues pensar
» yo que don Quijote mintiese, siendo el más ver-
» dadero hidalgo, y el más noble caballero de sus
» tiempos, no es posible, que no dijera él una men-
» tira si le asaetearan. Por otra parte considero que
» él la contó y la dijo con todas las circunstancias
» dichas, y que no pudo fabricar en tan breve es-
» pacio tan gran máquina de disparates; y si esta
» aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa,
» y así sin afirmarla por falsa ó verdadera, la es-
» cribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo
» que te pareciere, que yo no debo, ni puedo más,
» puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su
» fin y muerte dicen que se retractó della, y dijo
» que él la había inventado por parecerle que con-
» venía y cuadraba bien con las aventuras que ha-
» bía leído en sus historias.» Y luego prosigue di-
ciendo:

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenía de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dió Sancho, que merecían molerle á palos, por-

que realmente le pareció que había andado atrevídillo con su señor, á quien le dijo: Yo, señor don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español*, que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlomagno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte cuando al cabo de aquél grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: Paciencia y barajar. Y esta razón y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Carlomagno. Y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invención de las antigüedades*, y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor de Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado por las gentes. Vuesa merced tiene ra-

zon, dijo don Quijote; pero querría yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quién piensa dirigirlos. Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo. No muchos, respondió don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfacción que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la envidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche. No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitación un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinión de ser muy buen cristiano, y muy discreto y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños están sin ellas, respondió don Quijote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma, y comían raíces de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de ahora: pero no

por esto dejan de ser todos buenos, á lo menos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto, vieron que hacia donde ellos estaban venía un hombre á pie, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo. Don Quijote le dijo: Buen hombre, deteneos, que parece que vais con más diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y adiós. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está más arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mismo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas, y adiós otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran. Hízose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo á don Quijote, que llegasen á la ermita á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó

el rucio á ella, y lo mismo hicieron don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenía; pero si querían agua barata, que se la daría de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah, bodas de Camacho y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos! Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante de ellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio al parecer de sus vestidos, que al parecer debían de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo, y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de corte: la edad llegaría á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros
no fuera en verdad.

El primero que le habló fué don Quijote, diciéndole: Muy á la ligera camina vuesa merced, señor galán: ¿y adónde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo respondió: El caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es á la guerra. ¿Cómo la pobreza? preguntó don Quijote; que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla, si los gasto en el camino no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros: y así por esto como por orearme, voy desta manera para alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí en adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y más quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no á un pelón en la corte. ¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura? preguntó el primo. Si yo hubiera servido á algún grande de España, ó algún principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser alférez ó capitanes, ó con algún buen entretenimiento; pero yo, desventurado, serví siempre á catarriberras y á gente advenediza, de ración y quitación tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumía la mitad della, y sería tenido á milagro que un pa-

je aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura. Y dígame por su vida, amigo, preguntó don Quijote, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el paje; pero así como el que se sale de alguna religión, antes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvían á mí los míos mis amos, que acabados los negocios á que venían á la corte se volvían á sus casas, y recogían las libreas que por sola ostentación habían dado. Notable espilorchería, como dice el italiano, dijo don Quijote; pero con todo eso tenga á felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir á Dios primeramente, y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, á lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquél va-

leroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista: y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y según Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandar le pueden; y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza: cuanto más que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir más, sino que subáis á las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen. El

paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á esta sazón dicen que dijo Sancho entre sí: ¡Válate Dios por señor! ¿y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron á la venta á tiempo que anocheecía, y no sin gusto de Sancho por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solía. No hubieron bien entrado, cuando don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.





CAPÍTULO XXV.

DONDE SE APUNTA LA AVENTURA DEL REBUZNO Y LA GRACIOSA DEL TITERERO, CON LAS MEMORABLES ADIVINANZAS DEL MONO ADIVINO.

No se le cocía el pan á don Quijote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió: Más despacio y no en pie se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuestra merced, señor bueno, acabar de dar recado á

mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. No quede por eso, respondió don Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo aechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedía; y sentándose en un poyo, y don Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera: Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo dijo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo, y se entró en lo más escondido del monte; si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme, poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, y yo

procuraré pagároslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos regidores á pie y mano á mano se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo pues que no parecía, dijo el regidor que le había visto, al otro: Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algún tanto decís. compadre? dijo el otro: por Dios que no doy la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos. Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos, y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya, y nos responda si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensan-

do que ya el jumento había parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, nó hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos, que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolución yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznara bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís. También diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvían á jun-

tarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncós se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos, y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los

demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana, ó esotro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y estas son las maravillas que dije que os había de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras; y con esto dió fin á su plática el buen hombre; y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubón, y con voz levantada dijo: Señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aquí está el señor maese Pedro; buena noche se nos apareja. Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debía de estar enfermo; y el ventero prosiguió diciendo: Sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro: ¿adónde está

el mono y el retablo, que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada. Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió á salir de la venta. Preguntó luego don Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traía. A lo que respondió el ventero: Este es un famoso titerero, que há muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este Reino se han visto; trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándose al oído le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que

tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él después de haberle hablado al oído; y así se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y bon compañero, y dase la mejor vida del mundo: habla más que seis, y bebe más que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo. En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venía el retablo, y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le vió don Quijote cuando le preguntó: Dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué peje pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales; y mandó á Sancho que se los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono, y dijo: Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto. Voto arrus, dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo, qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene. No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo: No quiero recibir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro iz-

quierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fué maese Pedro á poner de rodillas ante don Quijote, y abrazándole las piernas dijo: Estas piernas abrazo bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡oh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados! Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: Y tú, oh buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por más señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser celosa, no la trocara yo por la gigante Andandona, que según mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellás que no se dejan mal pasar,



En un brinco se le puso el mono en el hombro.

aunque sea á costa de sus herederos. Ahora digo, dijo á esta sazón don Quijote, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto, porque ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mismo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algún tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo. A lo que respondió maese Pedro (que ya se había levantado de los pies de don Quijote): Ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir, que si respondiera no importara no haber dineros, que por servicio del señor don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y ahora porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo, y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fué hecho. Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así en tanto que maese Pedro acomodaba el

retablo, se retiró don Quijote con Sancho á un rincón de la caballeriza, donde sin ser oídos de nadie le dijo: Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio, ¿pero de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios? No me entiendes, Sancho: no quiero decir, sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer, y después que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á más: que las por venir no las sabe sino es por conjeturas, y no todas veces, que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente, y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado como no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no

presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes, del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno de estos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenía, si se empreñaría y pariría, y cuántos y de qué color serían los perros que pariese. Á lo que el señor judicial, después de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaría, y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condición que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día ó de la noche, y que fuese en lunes ó en sábado; y lo que sucedió fué que de allí á dos días se murió la perra de ahita, y el señor levantara quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judicial, como lo quedan todos ó los más levantadores. Con todo eso querría, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdón de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo menos cosas soñadas. Todo podría ser, respondió don Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo. Estando en esto llegó maese Pedro á buscar á don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo, que su merced viniese á verle, porque lo merecía. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase

luego á su mono le dijese si ciertas cosas que había pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecía que tenían de todo. A lo que maese Pedro sin responder palabra volvió á traer el mono, y puesto delante de don Quijote y de Sancho, dijo: Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oído, dijo luego maese Pedro: El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisímiles, y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene. ¿No lo decía yo, dijo Sancho, que no se me podía asentar que todo lo que vuesa merced, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió don Quijote, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra: y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Cómo al-

guna ? respondió maese Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo: dígole á vuesa merced, mi señor don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis*, y manos á la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar. Obedeciéronle don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando se metió maese Pedro dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del arteficio, y fuera se puso un muchacho criado del maese Pedro para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenía una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salían. Puestos pues todos cuantos había en la ventá, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó á decir lo que oirá y verá el que le oyere, ó viere el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XXVI.

DONDE SE PROSIGUE LA GRACIOSA AVENTURA DEL TITERERO, CON OTRAS COSAS EN VERDAD Harto BUENAS.

CALLARON todos, tirios y troyanos: quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: Esta verdadera historia que aquí á vuestas mercedes se representa, es

sacada al pie de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuesas mercedes allí como está jugando á las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está á las tablas don Gaiferos,
que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuesas mercedes también como el Emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á don Gaiferos, el cual ya ven como arroja impaciente de la cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldán su primo pide

prestada su espada Durindana, y como don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcón parece vestida á lo moro es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren también como aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostum-

bradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detrás; y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros. Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazón don Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. También dijo maese Pedro desde dentro: Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo: Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiferos, á quien su esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice:

Caballero, si á Francia ides,
por Gaiferos preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver como don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender

que ella le ha conocido, y más ahora que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellín, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis también como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía. Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes; lleguéis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos,



Témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo.

que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el són de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eso no, dijo á esta sazón don Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: No mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se presentan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol. Así es la verdad, replicó don Quijote; y el muchacho dijo: Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes; cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su misino caballo, que sería un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta

morisma y tanto estruendo don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo: No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don Gaiferos: deteneos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis, si no, conmigo sois en la batalla; y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á éste, destrozando á aquél, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo: Deténgase vuesa merced, señor don Quijote; y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire, ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlomagno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el primo,

acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás había visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco don Quijote, y dijo: Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuanto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. Viva enhorabuena, dijo á esta sazón con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fui señor de España,
y hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mía.

No há media hora ni aun un mediano momento que me ví señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, 'pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuer-

tos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intención generosa, que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados los asientos. En fin, el caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías. Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole: No llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón; porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que pagase el señor don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho quedaría contento; y su merced aseguraría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dijo don Quijote, pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. ¿Cómo no? respondió maese Pedro; y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿Y cuyos eran sus cuerpos, sino míos? ¿Y con quién me sustentaba yo, sino con ellos? Ahora acabo de creer, dijo á este punto don Quijote, lo que otras muchas veces he creído, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real

y verdaderamente os digo señores que me oís, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlomagno Carlomagno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante quise dar ayuda y favor á los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclínósele maese Pedro, diciéndole: No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagabundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen ó podían valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: Ya se ve cuán imposible es volver á este rey á su sér primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo don Quijote. Pues por esta abertura de arriba á bajo, prosiguió

maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlomagno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiase la partida, y señalensele cinco reales. Dénsese todos cinco y cuartillo, dijo don Quijote, que no está en un cuartillo más á menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís. Aun ahí sería el diablo, dijo don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban á mí me pareció que antes volaba que corría, y así no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que don Quijote izquierdeaba, y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo: Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían, y así con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas

figuras, que después lo moderaron los dos jueces árabes con satisfacción de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos, y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dijo don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gai-feros estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolución, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las albardas; y ya después de amanecido se vinieron á despedir de don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en más dimes ni diretes con don Quijote, á quien él conocía muy bien, y así madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y su mono, se fué también á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía á don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad.

Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del día, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaración desta famosa historia.





CAPITULO XXVII.

DONDE SE DA CUENTA QUIÉNES ERAN MAESE PEDRO Y SU MONO, CON EL MAL SUCESO QUE DON QUIJOTE TUVO EN LA AVENTURA DEL REBUZNO, QUE NO LA ACABÓ COMO ÉL QUISIERA Y COMO LO TENÍA PEN-SADO.

ENTRA Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano*: á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla

en lo que dijere, así él la decía como si jurara como cristiano católico, en lo que quería escribir de don Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro, y quién el mono adivino, que traía admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte, á quien entre otros galeotes dió libertad don Quijote en Sierra-Morena, beneficio que después le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, á quien don Quijote llamaba Ginesillo de Paropillo, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos, que atribuían á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero en resolución Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando estando Sacripante sobre Albraca le sacó el caballo de entre las piernas, y después le cobró Sancho, como se ha contado. Este Ginés pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragón y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabía hacer por extremo. Sucedió

pues, que de unos cristianos ya libres que venían de Berbería compró aquel mono á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro y le murmurase, ó lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, ó de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra proponía las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo la pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacía barato, según tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacía la seña al mono, y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adivinaba su mono, á todos hacía monas, y llenaba sus escueros. Así como entró en la venta conoció á don Quijote y á Sancho, por

cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiración á don Quijote y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si don Quijote bajara un poco más la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono. Y volviendo á don Quijote de la Mancha, digo que después de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos contornos antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intención siguió su camino, por el cual anduvo dos días sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vió al pie della, á su parecer, más de doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadrón, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una que en un estandarte ó jirón de raso blanco venía, en el cual estaba pintado muy al

vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando: al rededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venía escrito. Dijole también que el que les había dado noticia de aquel caso se había errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron, porque según los versos del estandarte no habían sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza: Señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos, cuanto más que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado, porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salía á pelear con otro que le corría más de lo justo y de lo que se debía á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes

jornadas. Los del escuadrón le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera con gentil brío y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los más principales del ejército por verle, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo:

Buenos señores, cuán encarecidamente puedo os suplico, que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagáis pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. Don Quijote con esta licencia prosiguió diciendo: Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Días há que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, porque nin-



Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas.

gún particular puede afrentar á un pueblo entero, sino es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traición por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordóñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que sólo Vellido Dolfos había cometido la traición de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenía para qué retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija. Siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de tal afrenta, pues no lo es: porque bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más ó menos: bueno sería por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita ó quiera: los varones pruden-

tes, las repúblicas bien concertadas por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria. A estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto más que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos mandá que hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu: porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas

y humanas á sosegar. El diablo me lleve, dijo á esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento don Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio quiso pasar adelante en su plática, como pasara, si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él diciendo: Mi señor don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el caballero de la Triste Figura, y ahora se llama el caballero de los Leones, es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren: cuanto más que ello se está dicho que es necedad correrse por sólo oír un rebuzno, que yo me acuerdo cuando muchacho que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era envidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida; y luego pues-

ta la mano en las narices comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa dió con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote, que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le había dado con la lanza sobre mano, pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; antes viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y á cada punto se recogía el aliento por ver si le faltaba; pero los del escuadrón se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado pues don Quijote buen trecho volvió la cabeza, y vió que Sancho venía, y atendióle viendo que ninguno le seguía. Los del escuadrón se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y

alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantarán en aquel lugar y sitio un trofeo.





CAPÍTULO XXVIII.

DE COSAS QUE DICE BENENGELI QUE LAS SABRÁ QUIEN
LE LEYERE, SI LAS LEE CON ATENCIÓN.

CUANDO el valiente huye, la superchería está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasión. Esta verdad se verificó en don Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadrón, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Sueguíale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en

su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio á los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse don Quijote para catarle las heridas; pero como le hallase sano de los pies á la cabeza, con asaz cólera le dijo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho; ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la sogá en casa del ahorcado? A música de rebuznos ¿qué contrapunto se había de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió don Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen á la buena fortuna que á su ánimo; y así yo confieso que me he retirado, pero no huido, y en esto he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales por no serte á tí de provecho ni á mí de gusto, no te las refiero ahora. En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron

á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecía. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolía de manera que le sacaba de sentido. La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo don Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si más te cogiera, más te doliera. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mí, ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el porqué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno, de pelo cuelga: y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas, después me saldrán á los ojos. Harto mejor haría yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haría yo, vuelvo á decir, en volverme á mi ca-

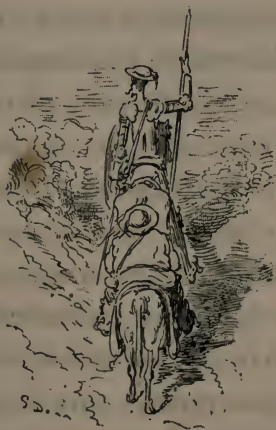
sa y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si quisiéredes más tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mío, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseáis volveros á vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros tenéis míos; mirad cuánto há que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Cuando yo servía, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el

padre del bachiller Sansón Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador; que en resolución los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido después que há que sirvo á vuesa merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y la jira que hube con la espuma que saqué de las ollas de Camacho y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiedo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dijo don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuánto os parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco? A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales más que vuesa merced añadiese cada mes me tendría por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, sería justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todo serían treinta. Está muy bien, replicó don Quijote, y con-

forme al salario que vos os habéis señalado, veinte y cinco días há que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. ¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se ha de contar desde el día que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. Pues ¿qué tanto há, Sancho, que os la prometí? dijo don Quijote. Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber más de veinte años, tres días más ó menos. Dióse don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reír muy de gana, y dijo: Pues no anduve yo en Sierra-Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, ¿y dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que consuma en tus salarios el dinero que tienes mío; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú ó leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto más tanto me habéis de dar cada mes porque os sirva? Éntrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias, y si hallares que algún escudero

haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡Oh promesas mal colocadas! ¡Oh hombre que tiene más de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que á pesar de tu mujer te llamaran señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venía con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á don Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decía; y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de vida. Vuesa merced me perdone y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si

no mezclaras algún refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazón, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que sí haría, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y don Quijote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya; que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía más sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.





CAPÍTULO XXIX.

DE LA FAMOSA AVENTURA DEL BARCO ENCANTADO.

Por sus pasos contados y por contar, dos días después que salieron de la alameda llegaron don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fué de gran gusto á don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales; cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmente fué y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas

eran verdad y parte mentira, él se atenía más á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la misma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin más ni más se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió don Quijote: Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algún caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algún caballero está puesto en algún trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun más, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los aires ó por la mar donde quieren y adonde es menester

su ayuda: así que, oh Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de día, y antes que este se pase ata juntos al rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guíe, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza atendiendo al refrán: Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste río, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto decía mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la protección y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaría á ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendría cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oído tal vocablo en todos los días de mi vida. Longincuos, respondió don Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latín, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran. Ya están atados, replicó Sancho, ¿qué hemos de hacer ahora? ¿Qué? respondió don Quijote: santiguárnos y levar ferro,

quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río comenzó á temblar temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que el oír roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Oh carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que don Quijote, mohino y colérico, le dijo: ¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue, ó quién te acosa, ánimo de ratón casero? ¿O qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vas caminando á pie y descalzo por las montañas Rifeas, sino sentado en una tabla como un arquiduque por el sesgo curso deste agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar ditalado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas ó ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la línea equinoccial que divide y

corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado? Mucho, replicó don Quijote, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meón, ó meo, ó no sé cómo. Rióse don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y dijole: Sabrás, Sancho, que los españoles y los que embarcan en Cádiz para ir á las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinoccial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si les pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda; y si no, pasado habemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí

están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza, miró á su amo y dijo: O la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice ni con muchas leguas. ¿Pues qué, preguntó don Quijote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del río estaban; y apenas las hubo visto don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho: Ves allí, oh amigo, se descubre la ciu-

dad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada. para cuyo socorro soy aquí traído. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el río, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dijo don Quijote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salían enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: Demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿Venís desesperados? ¡Qué! ¿queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? ¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á dó llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas cataduras nos hacen



Si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí había sido Troya para los dos.

cocos: pues ahora lo veréis, bellacos; y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciéndoles: Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prisión tenéis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy don Quijote de la Mancha, llamado el caballero de los Leones por otro nombre, á quien está reservado por orden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con don Quijote y con Sancho al través en el agua: pero vinole bien á don Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí había sido Troya para los dos. Puestos en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le

librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y viéndole roto acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molinerós y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana con condición que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Qué personas ó qué castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dijo entre sí don Quijote: aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna: y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo más, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: Amigos, cualesquiera que seáis, que en prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy

mala gana, diciendo: A dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera de uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á dó se encaminaban las razones y preguntas que don Quijote les decía, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.





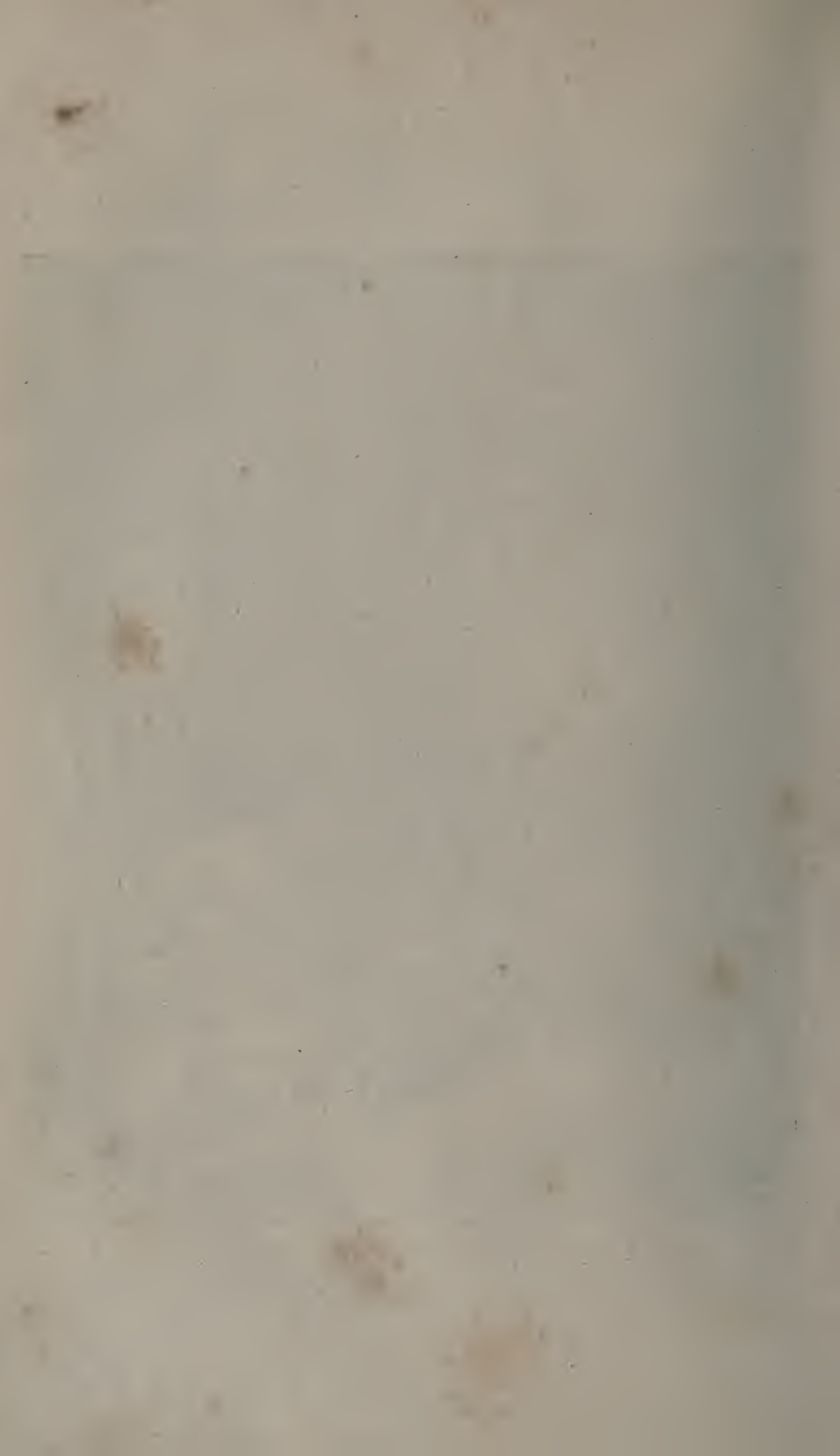
CAPÍTULO XXX.

DE LO QUE LE AVINO Á DON QUIJOTE CON UNA BELLA CAZADORA.

ASAZ melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso río, don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle,



Don Quijote conoció que eran cazadores de altanería.



porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más eran disparates, y buscaba ocasión de que sin entrar en cuentas ni en despedimentos con su señor, un día se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía. Sucedió pues que otro día, al poner del sol y al salir de una selva tendió don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con su sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía trasformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á don Quijote ser aquella alguna gran señora que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dijo á Sancho: corre, hijo Sancho, y dí á aquella señora del palafrén y del azor, que yo, el caballero de los Leones, beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada. Hallado os le habéis el encajador, respondió Sancho: á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas seño-

ras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho, pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo don Quijote; vé en buen hora, y Dios te guíe. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos le dijo: Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal caballero de los Leones, que no há mucho que se llamaba el de la Triste Figura, envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden; levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya

tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho enhorabuena á servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le había dicho que tenía noticia de su señor el caballero de la Triste Figura: y que si no le había llamado el de los Leones debía de ser por habersele puesto tan nuevamente. Preguntóle la duquesa (cuyo título aun no se sabe): Decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía. Don

Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la duquesa, la cual haciendo llamar al duque su marido, le contó en tanto que don Quijote llegaba toda la embajada suya; y los dos por haber leído la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habían leído, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó don Quijote alzada la visera, y dando muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pie en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, antes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenía en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho había llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenía el pie en la corma. El duque mandó á sus cazadores que acudiesen al

caballero y al escudero, los cuales levantaron á don Quijote mal trecho de la caída, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeándose de su caballo fué á abrazar á don Quijote, diciéndole: A mí me pesa, señor caballero de la Triste Figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió don Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído ó levantado, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía. Pasito, mi señor don Quijote de la Mancha, dijo el duque, que adonde está mi señora doña Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese dijo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oído decir

que esto que llaman naturaleza es como un alca-
ller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso
hermoso, también puede hacer dos y tres y ciento:
dígoles porque mi señora la duquesa á fe que no va
en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso.
Volvióse don Quijote á la duquesa y dijo: Vuestra
grandeza imagine que no tuvo caballero andante
en el mundo escudero más hablador ni más gracioso
del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si
algunos días quisiere vuestra gran celsitud servir-
se de mí. A lo que respondió la duquesa: De que
Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mu-
cho, porque es señal que es discreto; que las gra-
cias y los donaires, señor don Quijote, como vuesa
merced bien sabe, no asientan sobre ingenios tor-
pes: y pues el buen Sancho es gracioso y donairo-
so, desde aquí le confirmo por discreto. Y habla-
dor, añadió don Quijote. Tanto que mejor, dijo el
duque, porque muchas gracias no se pueden decir
con pocas palabras; y porque no se nos vaya el
tiempo en ellas, venga el gran caballero de la
Triste Figura... De los Leones ha de decir vuestra
alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura:
el figuro sea el de los Leones. Prosiguió el duque:
Digo que venga el señor caballero de los Leones á
un castillo mío, que está aquí cerca, donde se le
hará el acogimiento que á tan alta persona se debe
justamente, y el que yo y la duquesa solemos ha-
cer á todos los caballeros andantes que á él llegan.
Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado

bien la silla á Rocinante, y subiendo en él don Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron á la duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la duquesa á Sancho que fuese junto á ella porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversación con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.





CAPÍTULO XXXI.

QUE TRATA DE MUCHAS Y GRANDES COSAS.

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasión por la melena en esto de regalarse cada y cuando que se ofrecía. Cuenta pues la historia que antes que á la casa de placer ó castillo llegasen se adelantó el duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habían de tratar á don Qui-





Vaya la vuestra grandeza á apaar á mi señora la duquesa.

jote, el cual como llegó con la duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron: Vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la duquesa. Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la duquesa, y no quiso descender ó bajar del palafrén sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á don Quijote un gran manto de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos ó los más derramaban pomos de aguas olorosas sobre don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba don Quijote; y aquel fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba el jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que con

otras á recibir á la duquesa había salido, y con voz baja le dijo: Señora González, ó cómo es su gracia de vuesa merced. Doña Rodríguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿qué es lo que mandáis, hermano? A lo que respondió Sancho: Querría que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío: vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo; tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oído decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *Que damas curaban dél, y dueñas de su rocino*; y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto menos. Hijo de puta, dijo la dueña toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos; y esto dijo

en voz tan alta, que lo oyó la duquesa, y volviendo el rostro y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las había. Aquí las hé, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la duquesa, más que cuantas pudieran decirme; y hablando con Sancho le dijo: Advertid, Sancho amigo, que doña Rodríguez es muy moza, y que aquellas tocas más las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona más caritativa que á la señora doña Rodríguez. Don Quijote, que todo lo oía le dijo: ¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere; aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé de él, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. A lo que dijo el duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona. Con estos ra-

zonamientos gustosos á todos si no á don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que habían de hacer, y de cómo habían de tratar á don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó don Quijote después de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores le habían dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecía tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho, y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dijo: Dime, truhán moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿Tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la

cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de tí, que en tanto más es tenido el señor, cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demás hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de tí, y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que soy yo algún echacuervos, ó algún caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo: huye, huye destes inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapie cae y da en truhán desgraciado: enfrena la lengua, considera y rumía las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras coserse la boca ó morderse la lengua antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quién ellos eran. Vistióse don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el mantón de escarlata acuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala, tantas á una parte como á otra, y todas con adrezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas re-

verencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La duquesa y el duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo que debía de ser el grave religioso, que con los duques salió á recibir á don Quijote. Hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente cogiendo á don Quijote en medio se fueron á sentar á la mesa. Convidó el duque á don Quijote con la cabecera de la mesa; y aunque él lo rehusó, las importunaciones del duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el duque y la duquesa á los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: Si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos.

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendióle, y dijo: No tema vuesa merced, señor mío, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió don Quijote; dí lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor don Quijote, que está presente, no me dejará mentir. Por mí, replicó don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dijo don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del duque, dijo la duquesa, que no se ha de apartar de mí, Sancho, un punto: quiérole yo mucho, porque es muy discreto. Discretos días, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este: Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venía de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hu-

bo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor don Quijote se halló en ella, donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algún hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, más os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad; pasa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días. No ha de acortar tal, dijo la duquesa, por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días, que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazón el religioso, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que había ido por aquel tiempo á segar á

Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que volváis presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer más exequias, acabéis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo más que nunca... Gran gusto recibían los duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza diciéndole: Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera: y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito. Púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa porque don Quijote no acabase de correrse habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa á don Quijote, que qué nuevas tenía de la señora Dulcinea, y que si le había

enviado aquellos días algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podía dejar de haber vencido muchos. A lo que don Quijote respondió: Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; ¿pero adónde la habían de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede? No sé, dijo Sancho Panza; á mí me parece la más hermosa criatura del mundo; á lo menos en la ligereza y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fe, señora duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. ¿Habéisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el duque. Y cómo si la he visto, respondió Sancho: ¿pues quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque de ordinario, y él se lo había reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque, le dijo: Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote, ó don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como Vuestra excelencia quiere que

sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á don Quijote, le dijo: Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, y que vencéis gigantes, y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volved á vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reír á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde nora tal habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo don Quijote á las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pie, y dijo... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.





CAPÍTULO XXXII.

DE LA RESPUESTA QUE DIÓ DON QUIJOTE Á SU RE-
PRENSOR, CON OTROS GRAVES Y GRACIOSOS SUCESOS.

LEVANTADO pues en pie don Quijote, temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones

santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin más ni más mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay más sino á trochemoche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondón á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al

Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes. Bien por Dios, dijo Sancho, no diga más vuesa merced, señor y amo mío, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo: y más que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? Sí soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntate á los buenos, y serás uno dellos; y soy yo

de aquellos no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí insulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazón el duque, que yo en nombre del señor don Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad. Híncate de rodillas, Sancho, dijo don Quijote, y besa los pies á su excelencia por la merced que te ha hecho. Hízolo así Sancho; lo cual visto por el eclesiástico se levantó de la mesa mohino además, diciendo: Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mía, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir más ni comer más se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los duques, aunque el duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le había causado. Acabó de reír, y dijo á don Quijote: Vuesa merced, señor caballero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como

no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe. Así es, respondió don Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: Está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intención, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dándose los huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traición; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que había hecho sin volver las espaldas y á pie quedo: y así según las leyes del maldito duelo, yo

puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra religión; porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie: y aunque poco há dije que yo podía estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar: por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: sólo quisiera que esperara algún poco para darle á entender el error en que está en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadís, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien, dijo Sancho, cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melón muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalván hubiera oído estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara más en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos. Perecía de risa la duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinión le tenía por más gracioso y por más loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste

mismo parecer. Finalmente, don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de don Quijote, el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, más por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El duque y la duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor don Quijote esperaría. Hizolo así, y quedó don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reír, que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes

estaban, que eran muchos; y como le veían con media vara de cuello más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fué gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenían los ojos bajos sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían á qué acudir: ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibían de ver á don Quijote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á don Quijote, y luego la que traía las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinación y reverencia, se querían ir; pero el duque, porque don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al duque como á don Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Después se supo que había jurado el duque que si á él no le lavaran como á don Quijote, había de castigar su deservoltura, la cual habían enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: Várame Dios, ¡si será también usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los

caballeros! porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aun que si me las rapasen á navaja lo tendría más á beneficio. ¿Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la duquesa. Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oído decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no legía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque también dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio destes antes es gusto que trabajo. No tengáis pena, amigo Sancho, dijo la duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. Mirad, maestresala, dijo la duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El maestresala respondió que en todo sería servido el señor Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los duques y don Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería. La duquesa rogó á don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que según lo que la famaregonaba de su belleza, tenía por entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe y aun

de toda la Mancha. Suspiró don Quijote oyendo lo que la duquesa le mandaba, y dijo: Si yo pudiera sacar mi corazón, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla? ¿Qué quiere decir demostina, señor don Quijote? preguntó la duquesa; que es vocablo que no le he oído en todos los días de mi vida. Retórica demostina, respondió don Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo. Así es, dijo el duque, y habéis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daría gran gusto el señor don Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño ó bosquejo, que ella salga tal que la tengan envidia las más hermosas. Sí hiciera por cierto, respondió don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco há le sucedió, que es tal, que más estoy para llorarla que para

describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los días pasados á besarle las manos, y á recibir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. ¡Válame Dios! dando una gran voz dijo á este instante el duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quién? respondió don Quijote, ¿quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para oscurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Persegúidome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que más lo siento: porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas,

el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No hay más que decir, dijo la duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor don Quijote de pocos días á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió don Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica, y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dijo el duque: pero hame de dar licencia el señor don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera

dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias que vuesa merced bien sabe. A eso puedo decir, respondió don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto más, que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se extiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor don Quijote, dijo la duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pie de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algún no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechando un costal

de trigo, y por más señas dice que era rubión; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje. A lo que respondió don Quijote: Señora mía, sabrá la vuestra grandeza, que todas ó las más cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador envidioso, y como es cosa ya averiguada que todos ó los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldán, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta que no podía ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna: y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules á Anteón, aquel feroz gigante que decían ser hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podría ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si

no fuera á fuerzas de encantamientos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca: y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo: y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco há por el Toboso jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella vivirá yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy

buenos. A buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías, que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se saldría con cualquiera gobierno como el rey con sus alcabalas: y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian

con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernaré. A este punto llegaban de su coloquio el duque, la duquesa y don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguía-le y perseguía-le el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar. ¿Qué es esto, hermanos? preguntó la duquesa; ¿qué es esto? ¿qué queréis hacer á ese buen hombre? ¿cómo? ¿y no consideráis que está electo gobernador? A lo que respondió el pícaro barbero: No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el duque mi señor y el señor su amo. Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera, pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tãn sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas quanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es

que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrijerios; y el que se llegare á lavarme ni á tocarme un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales cirimonias y jabonaduras más parecen burlas que gasajos de huéspedes. Percida de risa estaba la duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho, pero no dió mucho gusto á don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: Hola, señores caballeros, vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros: tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: No sino lléguese á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almóhácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces. A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la duquesa: Sancho Panza tiene razón en todo cuanto dijere: él es limpio, y como él dice, no tiene necesidad de

lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venía con ellos, que la duquesa hablaba de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la duquesa, y dijo: De grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado caballero andante para ocuparme todos los días de mi vida en servir á tan alta señora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la duquesa, que habéis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habéis criado á los pe-

chos del señor don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decís: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad: levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el duque mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y don Quijote se fué á reposar la siesta, y la duquesa pidió á Sancho que si no tenía mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendría obediente á su mandado, y fuése. El duque dió nuevas órdenes como se tratase á don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.





CAPITULO XXXIII.

DE LA SABROSA PLÁTICA QUE LA DUQUESA Y SUS DONCELLAS PASARON CON SANCHO PANZA, DIGNA DE QUE SE LEA Y DE QUE SE NOTE.

CUENTA pues la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino, en comiendo, á ver á la duquesa, la cual con el gusto que tenía de oírle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no quería sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía



Ahora, señora mía, dijo Sancho, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado.

el mismo escaño del Cid Rui Díaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diría; pero la duquesa fué la que habló primero diciendo: Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran don Quijote anda ya impresa; una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra-Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? A estas razones, sin responder con alguna se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo: Ahora, señora mía, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice

cosas que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ó ocho días, que aun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que había pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la duquesa: De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos, que me dice: pues don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas tuyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿cómo sabrá gobernar á otros? Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto de-

recho; pero dígale vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, días há que había de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo más, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón: y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que magüera tonto, se me entiende aquel refrán de por su mal le nacieron alas á la hormiga; y aun podría ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador: tan buen pan hacen aquí como en Francia: y de noche todos los gatos son pardos: y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado: y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno: y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y dispensero: y más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia: y al dejar este mundo y meter nos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero: y no ocupa más pies de tierra el cuerpo del papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro; que al en-

trar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger, mal que nos pese, y á buenas noches: y torno á decir, que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oído decir, que detrás de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los romances antiguos no mienten). Y cómo que no mienten, dijo á esta sazón doña Rodríguez la dueña, que era una de las escuchantes, que un romance hay que dice, que metieron al rey Rodrigo vivo, vivo, en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos días dijo el rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen
por do más pecado había.

Y según esto, mucha razón tiene este señor en decir que quiere ser más labrador que rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oír las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El duque, mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así cumplirá la palabra de

la prometida ínsula á pesar de la envidia y de la malicia del mundo. Está Sancho de buen ánimo, que cuando menos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna á sus vasallos, advirtiéndole que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mío, y tengo compasión de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza: y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todos tus tus, y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato: dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pie ni entrada. Y páreceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podría ser que á quince días de gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese más dél que de la labor del campo en que me he criado. Vos tenéis razón, Sancho, dijo la duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco há tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y más que averiguada, que aquella imaginación que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y

que si su señor no la conocía debía de ser por estar encantada, toda fué invención de alguno de los encantadores que al señor don Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos: y sepa el señor Sancho Panza que también tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando menos nos pensemos la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la había visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mía, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuasión como la mía creyese una cosa tan fuera de todo término; pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga

por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicia de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escarpame de las riñas de mi señor don Quijote, y no con intención de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dijo la duquesa; pero dígame ahora Sancho, qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaría saberlo. Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la duquesa dijo: Deste suceso se puede inferir que pues el gran don Quijote dice que vió allí á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasíadamente curiosos. Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos: verdad sea que la que yo ví fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. No sino ándense á cada triquete conmigo á díme y diréte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho volvió, como si Sancho fuese algún quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, según me dijo Sansón Carrasco, que por

lo menos es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir si no es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento: así que, no hay para qué nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y según oí decir á mi señor, que más vale el buen nombre que las muchas riquezas, encájense ese gobierno, y verán maravillas; que quien ha sido buen escudero será buen gobernador. Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podría ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un brindis de un amigo, ¿qué corazón ha de haber tan de mármol que no haga la razón? Pero aunque las calzo no las ensucio: cuanto más que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que después hablaremos más largo, y daremos orden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo le besó las manos

Sancho á la duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbrera de sus ojos. ¿Qué rucio es este? preguntó la duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser más propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Oh, válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar! Sería algún villano, dijo doña Rodríguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido él las pusiera sobre el cuerno de la luna. Ahora bien, dijo la duquesa, no hay más, calle doña Rodríguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiría yo como darme de puñaladas: que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de más que de menos, en las jumentiles y asininas se ha ir con el compás en la mano y comedido término. Llévelo, dijo la duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuesa merced, señora duquesa, que ha dicho mucho, dijo

Sancho, que yo he visto ir más de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mío no sería cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla á don Quijote que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.





CAPÍTULO XXXIV.

QUE DA CUENTA DE LA NOTICIA QUE SE TUVO DE CÓMO SE HABÍA DE DESENCANTAR LA SIN PAR DULCINEA DEL TOBOSO, QUE ES UNA DE LAS AVENTURAS MÁS FAMOSAS DESTE LIBRO.

GRANDE era el gusto que recibían el duque y la duquesa de la conversación de don Quijote y de la de Sancho Panza: y confirmándose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que don Quijote ya les había contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que más la duquesa se

admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así habiendo dado orden á sus criados de todo lo que habían de hacer, de allí á seis días le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero don Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podía llevar consigo guardarropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese. Llegado pues el esperado día armóse don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y don Quijote de puro cortés y comedido tomó la rienda de su palafrén, aunque el duque no quería consentirlo; y finalmente llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grito y vocería, de manera que unos á otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros, como por el són de las bocinas. Apeóse la duquesa, y con un agudo

venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el duque, y don Quijote, y pusieronse á sus lados: Sancho se puso detrás de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algún desmán; y apenas habían sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores vieron que hacia ellos venía un desmesurado jabalí, crujiendo dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle don Quijote: lo mismo hizo el duque con su venablo; pero á todos se adelantara la duquesa si el duque no se lo estorbara. Sólo Sancho en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchi-

llas de muchos venablos que le pusieron delante; y volviendo la cabeza don Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le había conocido, vió pendiente de la encina y la cabeza abajo, y el rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó don Quijote y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le llevaron como en señal de victoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la duquesa de su roto vestido, dijo: Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo: yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
como Favila el nombrado.

Ese fué un rey godo, dijo don Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto, que parece que no le había de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañáis, Sancho, respondió el duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes, que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo: padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y en resolución es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que también es solo para reyes y grandes señores. Así que, oh Sancho, mudad de opinión, y cuando seáis gobernador ocupaos en la caza, y veréis cómo os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enhoramala andaría el gobierno. Mía fe, señor, la caza y los pasatiempos más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que

yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condición ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay grande trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan pies, que no pies á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intención, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no. Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, dijo don Quijote; y cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores míos, que les molera las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traídos tan á sazón y tan á tiempo cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querría escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dijo la duquesa, puesto que son más que los del Comendador griego, no por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más sazón acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó

el día, y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano: pero un cierto claro oscuro que trujo consigo ayudó mucho á la intención de los duques, y así como comenzó á anohecer, un poco más adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el són de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos á un tiempo, tan contino y tan aprieta, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al són confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el duque, suspendióse la duquesa, admiróse don Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillón que en traje de demonio les pasó por delante tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso són despedía. Hola, hermano correo, dijo el duque, ¿quién sois, adónde vais, y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo

que respondió el correo con voz horrisona y desenfadada: Yo soy el diablo, y voy á buscar á don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin-par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo francés Montesinos á dar orden á don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero don Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venía se me olvidaba. Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en Dios y en mi conciencia: ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista á don Quijote, dijo: A tí, el caballero de los Leones (que entre las garras dellos te vea yo), me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con

estos señores: y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuese sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiración en todos, especialmente en Sancho y don Quijote: en Sancho, en ver que á despecho de la verdad querían que estuviese encantada Dulcinea: en don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos, y estando elevado en estos pensamientos, el duque le dijo: ¿Piensa vuesa merced esperar, señor don Quijote? ¿Pues no? respondió él: aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes, dijo Sancho. En esto se cerró más la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecía verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban

• las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilíes agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un són tan confuso y tan horrendo, que fué menester que don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro perezosos bueyes todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el cual venía sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venía. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz dijo: Yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin hablar

más palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dijo: Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombrón robusto y de mala catadura, el cual, al llegar, levantándose en pie como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada: Yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido, sino un són de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal, y así dijo á la duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: Señora, donde hay música no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la duquesa. A lo que replicó Sancho: Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dijo don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

Faint, illegible text at the top of the page, likely bleed-through from the reverse side.



Faint, illegible text at the bottom of the page, likely bleed-through from the reverse side.



CAPÍTULO XXXV.

DONDE SE PROSIGUE LA NOTICIA QUE TUVO DON QUIJOTE DEL DESENCANTO DE DULCINEA, CON OTROS ADMIRABLES SUCESOS.

AL compás de la agradable música vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y

espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacían, si no rica, á lo menos vistosamente vestida: traía el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman razogantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los duques y de don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los duques hicieron algún sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

Yo soy Merlín, aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo (mentira autorizada de los tiempos), príncipe de la mágica, y monarca



Yo soy Merlin, aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

y archivo de la ciencia zoroástrica,
émulo á las edades y á los siglos,
que solapar pretenden las hazañas
de los andantes bravos caballeros,
á quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de encantadores,
de los magos ó mágicos, contino
dura la condición, áspera y fuerte,
la mía es tierna, blanda y amorosa,
y amiga de hacer bien á todas gentes.
En las cavernas lóbregas de Dite,
donde estaba mi alma entretenida
en formar ciertos rombos y caracteres,
llegó la voz doliente de la bella
y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia,
y su trasformación de gentil dama
en rústica aldeana: condolíme,
y encerrando mi espíritu en el hueco
desta espantosa y fiera notomía,
después de haber revuelto cien mil libros
desta mi ciencia endemoniada y torpe,
vengo á dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.

Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
las túnicas de acero y de diamante,
luz y farol, sendero, norte y guía
de aquellos que dejando el torpe sueño
y las ociosas plumas, se acomodan
á usar el ejercicio intolerable
de las sangrientas y pesadas armas:

á tí digo, oh varón, como se debe
por jamás alabado: á tí, valiente
juntamente y discreto don Quijote,
de la Mancha esplendor, de España estrella,
que para recobrar su estado primo
la sin par Dulcinea del Toboso,

es menester que Sancho tu escudero se dé tres mil azotes y tres cientos en ambas sus valientes posaderas, al aire descubiertas, y de modo que le escuezan, le amarguen y le enfaden, y en estos se resuelven todos cuantos de su desgracia han sido los autores. Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlín no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros hé yo, dijo don Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros hé á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y tres cientos, sino seis mil y seis cientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y tres cientos tirones; y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual, Merlín dijo: No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejación por la mitad deste vapulamamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada. Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me ha de

tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pie la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlín venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció más que demasidamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo: Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y aperednaladas, si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algún truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trescientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, oh miserable y endurecido animal,

pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos míos, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarrón y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mía, que aun se está todavía en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llevo á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlín, que está presente, sólo porque te entenezca mi belleza: que las lágrimas de una aflicta hermosura vuelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y saca de harón ese brío, que á sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condición y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algún razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta don Quijote, y dijo volviéndose al duque: Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de

ballesta. ¿Qué decís vos á esto, Sancho? preguntó la duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abrenuncio. Abrenuncio habéis de decir, Sancho, y no como decís, dijo el duque. Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sotilezas ni en letras más ó menos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querría yo saber de la señora mi señora doña Dulbinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestión indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce, ó vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escaarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refrán que dicen por ahí: que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que había de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes; y habían de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se

azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme cacique. Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el duque, que si no os ablandáis más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno. Bueno sería que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas peder-nalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolución, Sancho, ó vos habéis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habéis de ser gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darían dos días de término para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dijo Merlin, aquí en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su prístino estado de labradora, ó ya en el ser que está será llevada á los eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vúpulo. Ea, buen Sancho, dijo la duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar

por su buena condición y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazón quebranta mala ventura, como vos bien sabéis. A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlín, le preguntó: Dígame vuesa merced, señor Merlín, cuando llegó aquí el diablo correo dió á mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venía á dar orden de que la señora doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejanzas. A lo cual respondió Merlín: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mío, porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisieredes: y por ahora acabad de dar el sí desta disciplina, y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexión sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo

veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trescientos azotes, con condición que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues según parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser también condición, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el número, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlín, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que, no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil



Se volvieron á su castillo con proposito de segundar en sus bur'as.

besos en la frente y en las mejillas. La duquesa y el duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venía á más andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los ríos que los esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que el día, que á la aurora venía pisando las faldas, había de ser sereno y claro. Y satisfechos los duques de la caza, y de haber conseguido su intención tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no había veras que más gusto les diesen.





CAPÍTULO XXXVI.

DONDE SE CUENTA LA EXTRAÑA Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA, ALIAS DE LA CONDESA TRIFALDI, CON UNA CARTA QUE SANCHO PANZA ESCRIBIÓ Á SU MUJER TERESA PANZA.

TENÍA un mayordomo el duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlín, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente, con intervenció de sus señores ordenó otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la duquesa

á Sancho otro día si había comenzado la tarea de la penitencia que había de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se había dado cinco azotes. Preguntóle la duquesa que con qué se los había dado. Respondió que con la mano. Eso, replicó la duquesa, más es darse de palmadas, que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio; y advierta, Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada. A lo que respondió Sancho: Déme vuestra señoría alguna disciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado; porque hago saber á vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ajeno. Sea en buena hora, respondió la duquesa: yo os daré mañana una disciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dijo Sancho: Sepa vuestra Alteza, señora mía de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido después que me aparté della: aquí la tengo en el seno,

que no le falta más de ponerle el sobrescrito; querría que vuestra discreción la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo al modo que deben de escribir los gobernadores. ¿Y quién la notó? preguntó la duquesa. ¿Quién la había de notar sino yo, pecador de mí? respondió Sancho. ¿Y escribisteisla vos? dijo la duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la duquesa, que á buen seguro que vos mostréis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la duquesa vió que decía desta monera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA SU MUJER.

« Si buenos azotes me daban, bien caballero me
 » iba: si buen gobierno me tengo, buenos azotes me
 » cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mía, por
 » ahora: otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa,
 » que tengo determinado que andes en coche, que
 » es lo que hace al caso, porque todo otro andar es
 » andar á gatas. Mujer de un gobernador eres, mi-
 » ra si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envío un
 » vestido verde de cazador, que me dió mi señora la
 » duquesa; acomódale en modo que sirva de saya y
 » cuerpos á nuestra hija. Don Quijote mi amo, se-
 » gún he oído decir en esta tierra, es un loco cuer-
 » do y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en
 » zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos,

» y el sabio Merlín ha echado mano de mí para el
» desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá
» se llama Aldonza Lorenzo. Con tres mil y tres
» cientos azotes, menos cinco, que me he de dar,
» quedará desencantada como la madre que la pa-
» rió. No dirás desto nada á nadie, porque pon lo
» tuyo en consejo, y unos dirán que es blanco, y
» otros que es negro. De aquí á pocos días me par-
» tiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo
» de hacer dineros, porque me han dicho que todos
» los gobernadores nuevos van con este mesmo de-
» seo; tomaréle el pulso, y avisaréte si has de venir
» á estar conmigo ó no. El rucio está bueno, y se te
» encomienda mucho, y no le pienso dejar aunque
» me llevaran á ser gran turco. La duquesa mi se-
» ñora te besa mil veces las manos; vuélvele el re-
» torno con dos mil, que no hay cosa que menos
» cueste ni valga más barata, según dice mi amo,
» que los buenos comedimientos. No ha sido Dios
» servido de depararme otra maleta con otros cien
» escudos, como la de marras; pero no te dé pena,
» Teresa mía, que en salvo está el que repica, y to-
» do saldrá en la colada del gobierno, sino que me
» ha dado gran pena que me dicen que si una vez
» le pruebo, que me tengo de comer las manos tras
» él, y si así fuese no me costaría muy barato, aun-
» que los estropeados y mancos ya se tienen su ca-
» lonjía en la limosna que piden: así que, por una
» vía ó por otra tú has de ser rica y de buena ven-
» tura. Dios te la dé como puede, y á mí me guar-

» de para servirte. Deste castillo, á 20 de julio de
» 1614.

» Tu marido el gobernador,

«SANCHO PANZA.»

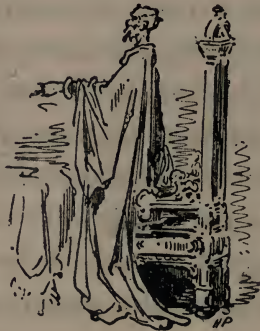
En acabando la duquesa de leer la carta, dijo á Sancho: En dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador: la una en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el duque mi señor se le prometió no se soñaba haber azotes en el mundo; la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querría que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podría ser que fuese peor si me lo dejan á mi caletre. No, no, replicó la duquesa, buena está esta, y quiero que el duque la vea. Con esto se fueron á un jardín, donde habían de comer aquel día. Mostró la duquesa la carta de Sancho al duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y después de alzados los manteles, después de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversación de Sancho, á deshora se oyó el són tristísimo de un pífaró y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, mar-

cial y triste armonía, especialmente don Quijote, que no cabía en su asiento de puro alborotado: de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la duquesa, porque real y verdaderamente el són que se escuchaba era tristísimo y melancólico. Y estando todos así suspensos vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo: estos venían tocando dos grandes tambores asimismo cubiertos de negro. A su lado venía el pífarro, negro y pizmiento como los demás. Seguía á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñía y atravesaba un ancho tahalí también negro, de quien pendía un desmesurado alfanje, de guarniciones y vaina negra. Venía cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecía una longísima barba blanca como la nieve. Movía el paso al són de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopopeya referida á hincarse de rodillas ante el duque, que en pie con los demás que allí estaban le atendía. Pero el duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y

puesto en pie alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entonces humanos ojos habían visto, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el duque, dijo: Altísimo y poderoso señor, á mí me llaman Trifaldín el de la barba blanca: soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado: y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamás vencido caballero don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije. Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del duque, que fué: Ya, buen escudero Trifaldín de la blanca barba, há muchos días que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la dueña Dolorida. Bien podéis, estu-

pendo escudero, decirle que entre, y que aquí está el valiente caballero don Quijote de la Mancha, de cuya condición generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte, que si mi favor le fuere necesario no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría. Oyendo lo cual Trifaldín, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo són y al mismo paso que había entrado se volvió á salir del jardín, dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el duque á don Quijote, le dijo: En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y oscurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apenas há seis días que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñes y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pie y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos, merced á vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor duque, respondió don Quijote, que estuviera aquí presente, aquel bendito religioso, que á la mesa el otro día mostró tener tan mal

talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.





CAPÍTULO XXXVII.

DONDE SE PROSIGUE LA FAMOSA AVENTURA DE LA
DUEÑA DOLORIDA.

EN extremo se holgaron el duque y la duquesa de ver cuán bien iba respondiéndolo á su intención don Quijote; y á esta sazón dijo Sancho: No querría yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oído decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podía suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condición que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como

han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo, dijo don Quijote, que pues esta señora dueña de tan lueñas tierras viene á buscarme, no debe de ser de aquellas que el boticario tenía en su número, cuanto más que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió doña Rodríguez, que se halló presente: Dueñas tiene mi señora la duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y más de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda; y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, según mi barberero, cuanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió doña Rodríguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con

un negro monjil nuestras delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en día de procesión. A fe que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no sólo á los presentes, sino á todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña, Yo creo, dijo la duquesa, que mi buena doña Rodríguez tiene razón; y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demás dueñas, para confundir la mala opinión de aquel mal boticario, y desarraigat la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: Después que tengo humos de gobernador se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me dá por cuantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvían á sonar, por donde entendieron que la dueña dolorida entraba. Preguntó la duquesa al duque si sería bien ir á recibirla, pues era condesa y persona principal. Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho antes que el duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo don Quijote. ¿Quién, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas.

según he oído decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos: y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice, dijo el duque: veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pífaro como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las más notables de la historia.





CAPÍTULO XXXVIII.

DONDE SE CUENTA LA QUE DIÓ DE SU MALA ANDANZA
LA DUEÑA DOLORIDA.

DETRÁS de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas que sólo el ribete del monjil descubrían. Tras ellas venía la condesa Trifaldi, á quien traía de la mano el escudero Trifaldín de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos agudos que las tres puntas formaban, por

lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debía llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas: y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominación de sus nombres de la cosa ó cosas en que más sus estados abundan; empero esta condesa por favorecer la novedad de su falda dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venían las doce dueñas y la señora á paso de procesión, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldín, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucía. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadrón, el duque, la duquesa y don Quijote, se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesión miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó sin dejarla de la mano Trifaldín. Viendo lo cual el duque, la duquesa y don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recibirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque según soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamás vista desdicha me

ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto más le busco, menos le hallo. Sin él estaría, respondió el duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual sin más ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano la llevó á asentar en una silla junto á la duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de algunas de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién le había de romper, y fué la dueña Dolorida con estas palabras: Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero don Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza. El Panza, antes que otro respondiese, dijo Sancho, aquí está, y el don Quijotísimo asimismo, y así po-

dréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos, y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó don Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida dueña, dijo: Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor ó fuerzas de algún andante caballero, aquí están las mías, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesteros; y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida dueña hizo señal de querer arrojarse á los pies de don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decía: Ante estos pies y piernas me arrojó, oh caballero invicto, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y oscurecen las fabulosas de los Amadisés, Esplandianes y Belianises! Y dejando á don Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo: ¡Oh tú, el más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Tri-

faldín mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran don Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes á tu bondad fidelísima me seas buen intercesor con tu dueño para que luego favorezca á esta humildísima y desdichadísima condesa. A lo que respondió Sancho: De que sea mi bondad, señora mía, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y más agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaúle su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos. Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habían tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar dijo: Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo

de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió pues, que yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfección de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. Pues digamos ahora que la discreción era mocosa: así era discreta como bella, y era la más bella del mundo, y lo es, si ya los hados envidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como sería llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacía hablar, y más que era poeta y gran bailarín, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades

fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrín y desalmado vagabundo granjearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolución, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que más me hizo prostrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caía á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decían:

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere,
y por más tormento quiere
que se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar, y después acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habían de desterrar los poetas, como aconsejaba Platón, á lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar á los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me torne á dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿Pues qué cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaya se usaba entonces, á quien ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores míos, que los tales trovadores con justo título los debían desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habían de mover sus trasnochados conceptos, ni había de creer ser verdad aquel decir: vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome, con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. ¿Pues qué, cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan más la pulma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir. ¿Pero dónde me divierto? ¡Ay de mí, desdichada! ¿qué locura ó qué desatino me llevá á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías? ¡Ay de mí

otra vez sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destes que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos días estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo á más andar no sé que hinchazón del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél, que antes que se saliese á la luz el mal recado, don Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le había hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sansón no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesión á la señora, confesó de plano, mandóla

depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. A esta sazón dijo Sancho: ¿También en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dese vuestra merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Si haré, respondió la condesa.





CAPÍTULO XXXIX.

DONDE LA TRIFALDI PROSIGUE SU ESTUPENDA Y MEMORABLE HISTORIA.

DE cualquiera palabra que Sancho decía, la duquesa gustaba tanto como se desesperaba don Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: En fin al cabo de muchas demandas y respuestas, como la infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaración, el vicario sentenció en favor de don Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres días la enterramos. Debió de morir sin duda, dijo San-

cho. Claro está, respondió Trifaldín, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto; y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morir, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la infanta, que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algún paje suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, según he oído decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad que aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa; porque según las reglas de mi señor, que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros, y más si son andantes, los reyes y los emperadores. Razon tienes, Sancho, dijo don Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia. Y cómo si queda lo amargo, respondió la condesa, y tan amargo, que en su comparación son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la reina, y no desmayada, la enterramos, y apenas

la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vale, cuando *¿quis talia fando temperet á la-erimis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malabrundo, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la misma sepultura, á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padrón asimismo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla, que para sólo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.» Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercén la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo más que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecución de tan rigoroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están pre-

sentes, y después de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenía, dijo que no quería con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua: y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrían los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis; y luego la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venían, y descubriendo los rostros, todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas, y cuáles albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el duque y la duquesa, pasmados don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió: Desta manera nos castigó aquel follón y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo que antes con su demesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores míos (y esto que voy á decir ahora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideración de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos co-

mo aristas, y así lo diré sin lágrimas): digo pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre ó qué madre se dolerá della? ¿Quién la dará ayuda? pues aun cuando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apenas halla quien bien le quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh dueñas y compañeras mías! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto dió muestras de desmayarse.





CAPÍTULO XL.

DE COSAS QUE ATAÑEN Y TOCAN Á ESTA AVENTURA Y
Á ESTA MEMORABLE HISTORIA.

REAL y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa por menuda que fuese que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los átomos del más curioso de-

seo manifiesta. ¡Oh autor celeberrimo! ¡Oh don Quijote dichoso! ¡Oh Dulcinea famosa! ¡Oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dijo: Por la fé de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamás he oído ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el de barbarlas? Cómo, ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera más á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra: que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas, y hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan á ter-

ceras, habiendo dejado de ser primas, y si por el señor don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaría las mías, dijo don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras. A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: El retintín desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió don Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos más ó menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y doscientas y veinte y siete. Es también de saber, que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaría una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta lijereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, según es tradición antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlín. Prestósele é Pierres, que

era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino á quien él quería ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y está hoy aquí y mañana en Francia, y otro día en Potosí: y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. A esto dijo Sancho: Para andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los aires, pero por la tierra yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daría por donde yo entendiese que había hallado el caballo que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y cuántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió:

Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella. Querría yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo. En nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro; ni menos Bayarte, que fué el de Reinaldos de Montalván; ni Frontino, como el de Rugero; ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino. Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. Así es, respondió la barbada condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama Clavileño el Alijero, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina, y así en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna? Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como

quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querría ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda más blanda que la misma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla sin cojín ni almohada alguna: pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie; cada cual se rape como más le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto más que yo no debo hacer al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada. Aquí del rey, dijo Sancho, ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡cuerpo de mí! aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero ¡que escriban á secas don Paralipomenón de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se

puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la duquesa mi señora, y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. Con todo eso, le habéis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto sería mal caso. Aquí del rey otra vez, replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo: pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas, ¡mal año! más que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la más melindrosa hasta la más repulgada. Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo, dijo la duquesa, mucho os vais tras la opinión del boticario toledano; pues á fé que no tenéis razón, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi doña Rodríguez, que no me dejará decir otra cosa. Más que la diga vuestra excelencia, dijo la Rodríguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, también nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de

nadie. Ahora bien, señora Rodríguez, dijo don Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habría navaja que con más facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparía de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos, pero no para siempre. ¡Ay! dijo á esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña: desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta de varón en varón del mismo Héctor el troyano no dejaran de echarnos un vos nuestras señoras si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas, envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho; y propuso en su corazón de acompañar á

su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.





CAPITULO XLI.

DE LA VENIDA DE CLAVILEÑO, CON EL FIN DESTA DILATADA AVENTURA.

LLEGÓ en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á don Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardín cuatro salvajes vestidos todos de verde hiedra,

que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera. Pusiéronle de pies en el suelo, y uno de los salvajes dijo: Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero; y el salvaje prosiguió diciendo: y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde había venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á don Quijote: Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio á nuestro nuevo viaje. Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de

buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires: ¿y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador anda paseando por los vientos? Y otra cosa más, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula ni ínsulos en el mundo que me conozcan: y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. A lo que el duque dijo: Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movable ni fugitiva, raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones: y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningún género de oficio destes de mayor cuantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura: que ahora volváis sobre Clavileño con la

brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pie hecho romero de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra insula donde la dejáis, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recibirlos por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No más, señor, dijo Sancho, yo soy un pobre escudero y no puedo llevar acuestas tantas cortesías. Suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avisenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los ángeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podéis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento sin meterse con nadie. Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dijo don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destes señores os quiero hablar aparte dos palabras; y apartando á Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas manos le dijo: Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y

que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y treientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas. ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad que no tiene vuesa merced razón: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligación, que vuesa merced se contente, y no lo diga más. Y don Quijote respondió: Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra. Y con esto se volvieron á subir en Clavileño, y al subir dijo don Quijote: Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan luéñes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fía, y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido

dido esta hazaña no la podrá oscurecer malicia alguna. Vamos, señor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Así es la verdad, replicó don Quijote; y sacando un pañuelo de la faltriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto se volvió á descubrir, y dijo: Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados, que después fueron la total ruina de Troya, y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago. No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fío, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor don Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere. Parecióle á don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía, y así sin más altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba, y como no tenía estribos, y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algún romano triunfo: De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas,

las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al duque que si fuéase posible le acomodasen de algún cojín ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa, ó del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi, que ningún jaez ni ningún género de adorno sufría sobre sí Clavileño; que lo que podía hacer era ponerse á mujeriegas, y que así no sentiría tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y diciendo adiós, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo don Quijote: Ladrón, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo menos en presencia mía. Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que te-

ma no ande por aquí alguna legión de diablos que den con nosotros en Peralvillo? Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: Dios te guíe, valeroso caballero, Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con más velocidad que una saeta; ya comenzáis á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no caigas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir al carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos le dijo: Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros? No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando;

y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar don Quijote, dijo: Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves: los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región, y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo, que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los

abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza para cogerla por más que se remonte; y aunque nos parece que no há media hora que nos partimos del jardín, créeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, sólo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debía de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oían el duque y la duquesa y los del jardín, de que recibían extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se había desaparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardín quedaron como desmayados tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando á todas partes quedaron atónitos de verse en el mismo jardín de donde habían partido, y de ver tendido por tierra

tanto número de gente; y creció más su admiración cuando á un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

«El ínclito caballero don Quijote de la Mancha
» feneció y acabó la aventura de la condesa Trifal-
» di, por otro nombre llamada la dueña Dolorida,
» y compañía, con sólo intentarla.

«Malambruno se da por contento y satisfecho á
» toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya
» quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y
» Antonomasia en su prístino estado; y cuando se
» cumpliere el escuderil vúpulo, la blanca paloma
» se verá libre de los pestíferos girifaltes que la
» persiguen, y en brazos de su querido arrullador,
» que así está ordenado por el sabio Merlín, proto-
» encantador de los encantadores.»

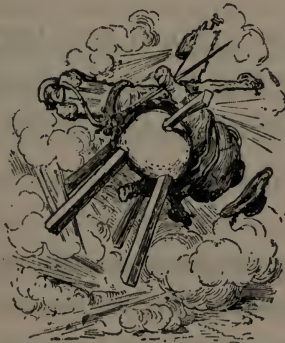
Habiendo pues don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fué adonde el duque y la duquesa aun no habían vuelto en sí, y trabando de la mano al duque le dijo: Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito

que en aquel padrón está puesto. El duque poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la duquesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podían dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición prometía; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas con la Trifaldi había desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la duquesa á Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió: Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba é impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hom-

bres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces. A esto dijo la duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decís, que á lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubrí por un ladito, y la ví toda. Mirad, Sancho, dijo la duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creará vuesa merced como descubriéndome por junto á las cejas me ví tan junto al cielo, que no había de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además; y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las ví me dió una gana de entretenerme con ellas un rato y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y qué hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelies y como unas flores, casi

tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras, preguntó el duque, ¿en qué se entretenía el señor don Quijote? A lo que don Quijote respondió: Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni ví el cielo ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba á la del fuego: pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos: y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento ni sueño, respondió Sancho, si no, pregunténme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no. Dígalas pues, Sancho, dijo la duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dijo el duque, y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores. Bien claro está eso, dijo Sancho: sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho, preguntó el duque, ¿visteis allá entre esas cabras algún cabrón? No, señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardín. En resolución este fué el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dió que reír á los duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y qué contar á Sancho siglos si los viviera: y llegándose don Quijote á Sancho al oído, le dijo: Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis á mí lo que ví en la cueva de Montesinos, y no os digo más.





CAPÍTULO XLII.

DE LOS CONSEJOS QUE DIÓ DON QUIJOTE Á SANCHO PANZA, ANTES QUE FUESE Á GOBERNAR LA ÍNSULA, CON OTRAS COSAS BIEN CONSIDERADAS.

CON el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por veras; y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro día, que fué el que sucedió al vuelo de

Clavileño, dijo el duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo. Sancho se le humilló, y le dijo: Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré á la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador: porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no había más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido en darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á sólo Dios están reservadas esas mercedes y gracias; lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador. Si una vez lo probáis, Sancho, dijo el duque, comeros héis las manos tras el gobierno, por

ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo. Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, respondió el duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí; y advertid que mañana en ese mismo día habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de las cosas necesarias á vuestra partida. Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Así es verdad, dijo el duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A B C, pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dijo el duque, no podrá Sancho errar en

nada. En esto llegó don Quijote, y sabiendo lo que pasaba, y la celeridad con que Sancho se había de partir á su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á recibir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás á la gran-

deza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto pues el corazón á creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento á este tu Catón, que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, oh hijo, has de temer á Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje,

y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfacerás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y de

no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en tí más compasión las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte jus-

ticia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible; casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma: escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo





CAPÍTULO XLIII.

DE LOS CONSEJOS SEGUNDOS QUE DIÓ DON QUIJOTE Á
SANCHO PANZA.

QUIÉN oyera el pasado razonamiento de don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada! Pero como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparataba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destos segundos documentos, que dió á Sancho, mostró tener gran donaire,

y puso su discreción y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió pues don Quijote, y dijo:

En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermocean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garra de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazelado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discreción el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea á tus criados, dásele honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no lo alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio, habla con re-

poso; pero no de manera que parezca que te escuchas á tí mismo, que toda afectación es mala.

Come poco, y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho, y don Quijote le dijo: Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones: y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo don Quijote. Erutar diré de aquí en adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo

puede remediar, respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y viénense me tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso há menester. Eso sí, Sancho, dijo don Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castígame mi madre y yo trompójelas. Estoite diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos, que así cuadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído á propósito; pero cargar y ensartar refranes á trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

— Cuando subieres á caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni llesves las piernas tiasas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio; que el andar á caballo á unos hace caballeros, á otros caballerías.

— Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día: y advierte, oh Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le llesves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es, que jamás te pongas á disputar de linajes, á lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo, gregüescos ni por pienso, que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andaré el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; ¿pero de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magín; pero esos tros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester. ¡Ah pecador de mí! respondió don Quijote, y qué mal parece en

los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas: ó que fué hijo de padres demasiado humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieses á firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decían mi nombre, cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio, si no es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto más que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, llegaos, que la dejan ver, no sino popen y calóñenme, que vendrán por lana y volverán trasquilados, y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca: no sino haceos miel, y paparos han moscas; tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado. ¡Oh maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazón don Quijote: sesenta mil Satanases te lleven á tí y á tus refranes: una hora há que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tór-

mento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante? ¿ó cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes, y ahora que se me ofrecen cuatro que venían aquí pintiparados ó como peras en tabaqué; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. Ese Sancho no eres tú, dijo don Quijote, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora á la memoria que venían aquí á propósito, que yo ando recorriendo la mía, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Que mejores, dijo Sancho, que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y, á idos de mi casa, y qué queréis con mi mujer, no hay responder; y, si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro: todos los cuales vienen á pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa, y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al

salíos de mi casa, y qué queréis con mi mujer: pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que, es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: espantóse la muerte de la degollada; y vuesa merced sabe bien, que más sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la ajena. Eso no, Sancho, respondió don Quijote, que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción á mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa; Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicó Sancho, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced

mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno. Por Dios, Sancho, dijo don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga: encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.





CAPÍTULO XLIV.

CÓMO SANCHO PANZA FUÉ LLEVADO AL GOBIERNO, Y
LA EXTRAÑA AVENTURA QUE EN EL CASTILLO SUCE-
DIÓ Á DON QUIJOTE.

DICEN que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos;

y decía que el ir siempre atendido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomparable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que por huir deste inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse. También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darían á las novelas, y pasarían por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos en los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le dén alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia diciendo, que en

acabando de comer don Quijote el día que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron y vinieron á manos del duque, que los comunicó con la duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de don Quijote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser ínsula. Acaeció pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discreción; el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor, le dijo: Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo á Sancho: No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir), que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolo-



Sancho tomó la bendición de su señor.

rida, que á serlo implicaría contradicción muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubro otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dijo don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gabán muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la jineta, y detrás dél, por orden del duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los duques les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y en

tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de don Quijote ó se han de celebrar con admiración ó con risa. Cuéntase pues que apenas se hubo partido Sancho, don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en su casa, que le servirían muy á satisfacción de su deseo. Verdad es, señora mía, respondió don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dijo la duquesa, señor don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores. Para mí, respondió don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puer-

tas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude. No más, no más, señor don Quijote, replicó la duquesa: por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella; no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor don Quijote, que según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced, y vístase á sus solas y á su modo, cómo y cuándo quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza nuestro gobernador un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo cual dijo don Quijote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala: y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra gran-

deza, que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra. Ahora bien, señor don Quijote, replicó la duquesa, la hora de cenar se llega, y el duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos, y acostaráse temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algún molimiento. No siento ninguno, señora, respondió don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin más ni más. A eso se puede imaginar, respondió la duquesa, que arrepentido del mal que había hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debía de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que más le traía desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran don Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió don Quijote á la duquesa, y en cenando, don Quijote se retiró en su aposento, solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temía de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadís,

flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse, ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata: digo seda verde porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡Oh pobreza, pobreza! no sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bien sé por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: Tened todas las cosas como si no las tuviédeses, y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidón y

de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le había dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro día. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrechez. Mató las velas, hacía calor, y no podía dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardín: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oír estas razones:

No me porfíes, oh Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto más que el sueño de mi

señora tiene más de ligero que de pesado, y no quería que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano sería mi canto si duerme y no despierta por oírle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida. No dés en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el señor de tu corazón y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abría la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto; canta, lastimada mía, en tono bajo y suave al són de tu arpa, y cuando la duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, oh Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no quería que mi canto descubriese mi corazón, y fuese juzgada, de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara, que mancilla en corazón; y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías había leído. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secre-

ta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

Oh tú, que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana;

caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia:

oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras
y ajenas desdichas hallas;
das las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.

Díme, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
¿si te criaste en la Libia,
ó en las montañas de Jaca?

¿Si sierpes te dieron leche?
¿si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa
desde Henares á Jarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de orola adornan franjas.

¡Oh quién se viera en tus brazos,
ó si no, junto á tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quisiera tocarte,
que á una humilde esto le basta.

¡Oh qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de holanda!

¡qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que á no tener compañeras,
las solas fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Nerón manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.

No soy renca ni soy coja,

ni tengo nada de manca ;
 los cabellos como lirios,
 que en pie por el suelo árrastran ;
 Y aunque es mi boca aguileña,
 y la nariz algo chata,
 ser mis dientes de topacios
 mi belleza al cielo ensalza.

 Mi voz, ya ves, si me escuchas,
 que á la que es más dulce iguala,
 y soy de disposición
 algo menos que mediana.

 Estas y otras gracias mías,
 son despojos de tu aljaba :
 desta casa soy doncella,
 y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido don Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mía! ¿Qué la queréis, reinas? ¿á qué la perseguís, emperatrices? ¿para qué la acosáis, doncellas de á catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendir mi corazón y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acíbar: para mí sola Dulci-



Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora.

nea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo, llore ó cante Altisidora, desespérese madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con todo esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.





CAPÍTULO XLV

DE CÓMO EL GRAN SANCHO PANZA TOMÓ LA POSESIÓN DE SU ÍNSULA Y DEL MODO QUE COMENZÓ Á GOBERNAR.

OH perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! ¡Trimbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones! A tí digo, oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á tí digo, que me favorezcas y alumbres la oscuridad de mi ingenio,

para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza, que sin tí yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Diéronle á entender que se llamaba la ínsula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recibirle: tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia para dar gracias á Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenían admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabía, y aun á todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo: Es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesión desta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto

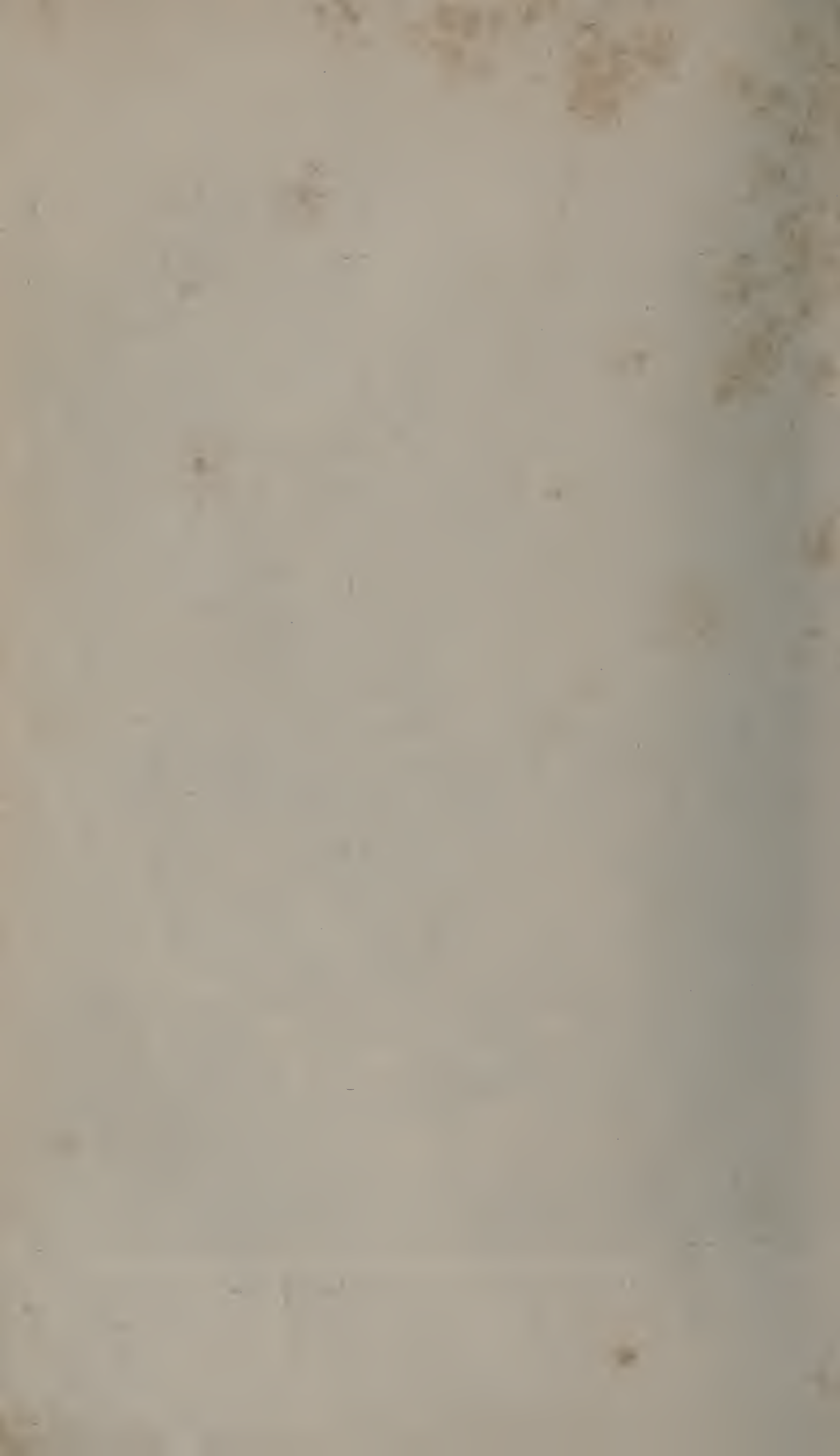
que el mayordomo decía esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabía leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido: Señor, allí está escrito y notado el día en que usía tomó posesión desta ínsula, y dice el epitafio: Hoy á día tantos de tal mes y de tal año tomó la posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿Y á quién llaman don Sancho Panza? preguntó Sancho. A usía, respondió el mayordomo, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas, y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa

merced en razón que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdón de los presentes soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó: Señor, ¿habría en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos: adivinéle el pensamiento, y díjele que sí; y él, caballero en su primera y dañada intención, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague ó vuelva su paño. ¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Sí, señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre, y sacando encontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: Hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco,

y dijo: Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varón, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya más. Si la sentencia de la bolsa del ganadero movió á admiración á los circunstantes, esta les provocó á risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos: el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo: Señor, á este buen hombre le presté días há diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese: pasáronse muchos días sin pedirselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querría que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios. ¿Qué decís vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. A lo que dijo el viejo: Yo, señor, confieso que me los prestó; y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdadera-



El gobernador Sancho Panza administrando justicia



mente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvía á pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor qué respondía á lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza, y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo: Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo: héle aquí, señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo: Andad con Dios, que ya vais pagado. ¿Yo, señor? respondió el viejo, ¿pues vale esa ca-

ñaheja diez escudos de oro? Sí, dijo el gobernador, ó si no soy el más porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomón. Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió, que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que pedía: de donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más que él había oído contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venía dando grandes vo-

ces diciendo: Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenía guardado más de veintitres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á monosearme. Aun eso está por averiguar si tiene limpias ó no las manos este galán, dijo Sancho, y volviéndose al hombre le dijo qué decía y respondía á la querella de aquella mujer. El cual todo turbado respondió: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía desde lugar de vender (con perdón sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valían: volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguéle lo suficiente, y ella mal contenta asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto: dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata: él dijo que

hasta veinte ducados tenía en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante: él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos: aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa. Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella: y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer más asidos y aferrados que la vez primera: ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible según la mujer la defendía, la cual daba voces diciendo: Justicia de Dios y del mundo: mire vuesa merced señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme. ¿Y háosla quitado? preguntó el gobernador. ¿Cómo quitar, respondió la mujer, antes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros

gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, antes el ánimo de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razón, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para quitársela, y dejola. Entonces el gobernador dijo á la mujer: Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa. Ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios y mucho enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula, ni en seis leguas á la redonda, so pena de dos cientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora. Espatóse la mujer, y fué cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre: Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fué, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notado de su coronista fué luego escrito al duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aquí el buen

Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo alborotado con la música de Altisidora.





CAPÍTULO XLVI.

DEL TEMEROSO ESPANTO CENCERRIL Y GATUNO QUE RECIBIÓ DON QUIJOTE EN EL DISCURSO DE LOS AMORES DE LA ENAMORADA ALTISIDORA.

DEJAMOS al gran don Quijote envuelto en los pensamientos que le había causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por don Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino para encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su mantón de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida

de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario que consigo continuo traía, y con gran prosopeya y contoneo salió á la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole, y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga; y así como Altisidora vió á don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. Don Quijote, que lo vió, llegándose á ellas dijo: Ya sé yo de qué proceden estos accidentes. No sé yo de qué, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto há que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase vuesa merced, señor don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. A lo que respondió don Quijote: Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados: y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: Menester será que se le ponga el laúd, que sin duda don Quijote quiere darnos



Mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo.

música, y no será mala siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedía don Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esparaban la noche, que se vino tan apriesa como se había venido el día, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con don Quijote: y la duquesa aquel día real y verdaderamente despachó á un paje suyo, que había hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lío de ropa que había dejado para que se le enviase, encargándole le trajese buena relación de todo lo que con ella pasase. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló don Quijote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto:

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio á las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partir se acaban.

El amor recién venido,
que hoy llegó, y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura
ni se muestra, ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace amor milagros,
y asimismo los levanta.

Aquí llegaba don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de don Quijote á plomo caía, descolgaron un cordel, donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de

gatos, que asimismo traían cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habían sido los inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso don Quijote quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra parecía que una legión de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardían, y andaban buscando por dó escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse don Quijote en pie, y poniendo mano á la espada comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: Afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones; y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra vieron al pobre caballero

pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el duque á despartirla, y don Quijote dijo á voces: No me lo quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quién es don Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas gruñía y apretaba. Mas en fin, el duque se le desarraigó y le echó por la reja: quedó don Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas, con voz baja le dijo: Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió don Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido á socorrerle. Los duques le dejaron

sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á don Quijote aquella aventura, que le costó cinco días de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.





CAPÍTULO XLVII.

DONDE SE PROSIGUE CÓMO SE PORTABA SANCHO PANZA EN SU GOBIERNO.

CUENTA la historia, que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpiezima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanzos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie

un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante le echó la bendición, y un paje puso un babador rاندado á Sancho: otro que hacía el oficio de maestra-sala llegó un plato de fruta delante, pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestra-sala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzá-dole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se había de comer aquella comida como juego de Maesecoral. A lo cual respondió el de la vara: No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mandé

quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical donde consiste la vida. Desá manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algún daño. A lo que el médico respondió: Esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pues por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió: Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima*. Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apallee, porque por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre; y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más me diga, antes será quitarme la vida, que aumentármela. Vuesa merced tiene razón, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo aun se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo: Aquel platonazo que está más



Absit, dijo el médico

adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit*, dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los rectores de colegios, ó para las bodas labradorecas, y déjenos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es, porque siempre y á dó quiera y de quién quiera, son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de canutillos de suplicaciones, y unas tajaditas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestión. Oyendo esto Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde había estudiado. A lo que él respondió: Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que res-

pondió Sancho todo encendido en cólera: Pues, señor doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante, si no, voto al sol que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas: y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza, y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república; y dénme de comer, ó sino, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: Correo viene del duque mi señor, algún despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decía así:

A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Ba-

rataria, en su propia mano, ó en las de su secretario. Oyendo lo cual Sancho, dijo: ¿Quién es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban respondió: Yo, señor, porque sé leer y escribir y soy vizcaíno. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hizolo así el recién nacido secretario, y habiendo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demás y el médico se fueron, y luego el secretario leyó la carta, que así decía:

«A mi noticia ha llegado, señor don Sancho
» Panza, que unos enemigos míos y desa ínsula la
» han de dar un asalto furioso, no sé qué noche:
» conviene velar y estar alerta, porque no le tomen
» desapercibido. Sé también por espías verdaderos,
» que han entrado en ese lugar cuatro personas
» disfrazadas para quitaros la vida, porque se te-
» men de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad
» quién llega á hablaros, y no comáis de cosas que
» os presentaren. Yo tendré cuidado de socorremos
» si os viéredes en trabajo, y en todo haréis como
» se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar,
» á diez y seis de agosto, á las cuatro de la mañana.
» Vuestro amigo

EL DUQUE.»

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo: Lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la del hambre. También, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora dénme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer: y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazón, que no corazón tripas: y vos, secretario, responded al duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda sin faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos á mi señora la duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lío á mi mujer Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren: y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos como secretario y como buen vizcaíno podéis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere á

cuento: y álcense estos manteles, y dénme á mí de comer, que yo me avendré con cuantos espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula. En esto entró un paje, y dijo: Aquí está un labrador negociante que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, según él dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dijo Sancho, destes negociantes: ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará según se me trasluce) que yo ponga en pretina á más de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre: pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mío. No, señor, respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan. No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Sería posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará usía satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga,

respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué: ¿Quién es aquí el señor gobernador? ¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla? Humíllome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantara y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo: Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad-Real. ¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho: decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado: soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera envidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado. De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo. No, señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados

estamos, replicó Sancho: adelante, hermano, que es hora de dormir más que de negociar. Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mismo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usara aspar labios, pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comúnmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberenjenado: y perdóneme el señor gobernador si tan por menudo voy pintan-

do las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador, pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiración; pero no puede ser á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los pies á la cabeza: ¿qué es lo que queréis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras. Querría, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay día que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caído una vez

en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mismo á sí mismo, fuera un bendito. ¿Queréis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querría, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de pudrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querría que vuesa merced me diese trescientos ó seiscientos ducados para ayuda del dote de mi bachiller, digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si queréis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador, y apenas dijo esto, cuando levantándose en pie el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: Voto á tal, don patán, rústico y mal mirado, que si no os apartáis y escondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa, bellaco, pintor del mismo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y dónde los tengo yo, heidiondo? ¿y por qué te los había de dar aunque los tuviera, socarrón y mentecato? ¿y qué se me dá á mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines? Vá de mí, digo, si no, por vida del duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algún soca-

rrón, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no há día y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seis cientos ducados? Hizo de señas el maestra sala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacón supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatascas heridas, de las cuales no sanó en ocho días: en uno de los cuales le sucedió lo que Cide-Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean.





Además estaba mohino y melancólico el mal ferido don Quijote.



CAPÍTULO XLVIII.

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE CON DOÑA RODRÍGUEZ, LA DUEÑA DE LA DUQUESA, CON OTROS ACONTECIMIENTOS DIGNOS DE ESCRITURA Y DE MEMORIA ETERNA.

ADemás estaba mohino y melancólico el mal ferido don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballería. Seis días estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrían la puerta de su

apuesto, y luego imaginó que la enamorada doncella venía para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condición de faltar á la fé que guardar debía á su señora Dulcinea del Toboso. No, dijo creyendo á su imaginación (y esto con voz que pudiera ser oída), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas, ora estés, señora mía, trasformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tengan Merlín ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mía, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen: en el cual traje parecía la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña, con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto que la cubrían y enmantaban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacía sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrían unos muy grandes



¡Jesús! ¿qué es lo que veo?

anteojos: venía pisando quedito, y movía los pies blandamente. Miróla don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio pensó que alguna bruja ó maga venía en aquel traje á hacer en él alguna mala fechoría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la visión, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz diciendo: ¡Jesús! ¿qué es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de la manos, y viéndose á oscuras volvió las espaldas para irse; y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída. Don Quijote, temeroso, comenzó á decir: Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta á hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La abrumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de don Quijote, y con voz aflijida y baja le respondió: Señor don Quijote (si es que acaso vuesa merced es don Quijote), yo no soy fantasma ni visión, ni alma de purgatorio,

como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodríguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo. Dígame, señora doña Rodríguez, dijo don Quijote, ¿por ventura viene vuesa merced á hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora doña Rodríguez, que como vuesa merced salve y dejé á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que más mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. ¿Yo recado de nadie, señor mío? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: sí, que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas como á remediator de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura; y parecía ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fé

prometida, y decíase á sí mismo: ¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas, ni condesas? que yo he oído decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, antes os la dará roma que aguileña: ¿y quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertarán mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? afuera pues, caterva dueñesca, inútil para ningún humano regalo: ¡oh cuán bien hacía aquella señora de quien se dice que tenía dos dueñas de bulto con sus anteojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servían para la autóridad de la sala aquellas estatuas, como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intención de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodríguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodríguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á don Quijote de más

cerca envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquín, temió de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos dijo: ¿Estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho. Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió don Quijote; y así pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. ¿De quién ó á quién pedís, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. A vos y de vos la pido, replicó don Quijote, porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco más, según imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero, dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas; y diciendo esto besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir á los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenía. Entróse en fin don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodríguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los anteojos ni la vela. Don Quijote se acurrucó y se cubrió todo, no dejando más del rostro descubierto; y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué don

Quijote diciendo: Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodríguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oídos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podía esperar sino tan cristiana respuesta. Es pues el caso, señor don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragón, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo sin saber cómo ni cómo no, me trajeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora, y quiero hacer sabedor á vuesa merced, que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pie adelante en toda mi vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran además buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana, y atendida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasión á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en días, barbudo y

apersonado, y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores que no viniesen á noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenía, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: Perdóneme vuesa merced, señor don Quijote, que no va más en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi malogrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entonces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo menos no puedo dejar de contarle, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venía á salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decía: ¿Que hacéis, desventurado, no veis que voy aquí? El alcalde, de comedi-

do, detuvo la rienda al caballo, y díjole: Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo de acompañar á mi señora doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzón del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo, la gente baldía que en ella estaba. Vínose á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrían por las calles, y por esto y porque él era algún tanto corto de vista, mi señora le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada y con hija á costas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandería, mi señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragón, y á mi hija ni más ni menos, adonde yendo días y viniendo días creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como

una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento; de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres días, uno más ó menos. En resolución, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir: y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una sino muchas veces, y pedido le mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oírme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo. Querría pues, señor mío, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues según todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables; y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentilezá, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato; y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por más

desenvuelta y gallarda, puesta en comparación de mi hija no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuesa merced, señor mío, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida: además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento: y aun mi señora la duquesa... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oídos. ¿Qué tiene mi señora la duquesa, por vida mía, señora doña Rodríguez? preguntó don Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmín, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena. ¡Santa María! dijo don Quijote: ¿y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desagüaderos? No lo creyera si me lo dijerañ frailes descalzos; pero pues la señora doña Rodríguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y

en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó don Quijote de decir esta razón, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á doña Rodríguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asían de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasión; y aunque don Quijote se la tenía, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo este en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodríguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra á don Quijote; el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién había

sido el perverso encantador que tal le había puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.





CAPÍTULO XLIX.

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á SANCHO PANZA RONDANDO
SU ÍNSULA.

DEJAMOS al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarrón, el cual industrializado del mayordomo, y el mayordomo del duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenía tías á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del duque había vuelto á entrar en la sala: Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores

deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y leroen los huesos, y a un le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazón y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer á la mía, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea, digo, á la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocían á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabían á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo,

se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía se llegó, por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicón de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en días. Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón, ó gansos de Lavajos; y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os curéis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre, y algunas veces con asco; lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algún día; y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos: vivamos todos y comamos en buena paz y compañía, pues cuando Dios amanece, para todos amanece; yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasión han de ver maravillas: no sino haceos miel, y comeros han moscas. Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced

tiene mucha razón en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos desta ínsula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serían ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagabunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa, es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religión y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece desto, amigos? ¿digo algo, ó quiébrome la cabeza? Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos envia-

ron y los que aquí venimos: cada día se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Aderezándose de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el cronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos que podía formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara, que no había más que ver, y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñían, los cuales viendo venir á la justicia se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: Aquí de Dios y del rey; cómo ¿y qué se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan á saltar en él en mitad de la calles? Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrario dijo: Señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aquí frontera, más de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente juzgué más de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me había de dar algún escudo por lo menos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien

y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pependencias, él embolsó su dinero, y se salió de la casa: yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me lo enseñaron ni me le dejaron; y el socarrón, que es más ladrón que Caco, y más fullero que Andradilla, no quería darme más de cuatro reales; porque vea vuesa merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia; pero á fé que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que había de saber con cuántas entraba la romana. ¿Qué decís vos á esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decía, y no había querido darle más de cuatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren sin ponerse en cuenta con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado, y que para señal que él era hombre de bien, y no ladrón, como decía, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Así es, dijo el mayordomo, vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres. Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego

á este vuestro acuchillador cien reales, y más habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel: y vos que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el día salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena si lo quebrantáredes los cumpláis en la otra vida colgándoos yo de una picota ó á lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la ínsula, y aquél se fué á su casa, y el gobernador quedó diciendo: Ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo menos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es sin comparación lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes: contra otros garitos de menor cuantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales, que no en las de algún oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo. Ahora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete, que traía asido á un mozo, y dijo: Señor gobernador, este

mancebo venía hacia nosotros, y así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algún delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás. ¿Por qué huías, hombre? preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió: Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿Qué oficio tienes? Tejedor. ¿Y qué tejes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vuesa merced. ¿Gracioso me sois? ¿de chocarrero os picáis? Está bien: ¿y adónde íbades ahora? Señor, á tomar el aire. ¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula? Adonde sopla. Bueno, respondéis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asidle, hola, y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Por Dios, dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey. ¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho; ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere? Por más poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿Cómo que no? replicó Sancho: llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesada liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respon-

dió el mozo; el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven. Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algún ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razón y vengamos al punto. Presuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cúmpla como se le manda: con todo esto, si yo no quiero dormir y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero? No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intención. De modo, dijo Sancho, ¿que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mía? No, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconsejoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vieron dos corchetes, que traían á un hombre asido, y dijeron: Señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres linternas, á cuyas luces des-

cubrieron el rostro de una mujer al parecer de diez y seis ó pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo y vieron que venía con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapacejos de oro y aljófara; los gregüescos eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traía un jubón de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza parecía bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podían pensar quién fuese, y los consabedores de las burlas que se habían de hacer á Sancho fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos, y así estaban dudosos esperando en qué pararía el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba, y qué ocasión le había movido para vestirse en aquel hábito. Ella, puestos los ojos en tierra con honestísima vergüenza, respondió: No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importa fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladrón ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se ebe. Oyendo esto el mayordomo, dijo á Sancho:

Haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Pérez Mazorca, arrendador de las lanas de este lugar, el cual suele muchas veces ir á casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Pérez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varón ni hembra: y más, que decís que es vuestro padre, y luego añadirís que suele ir muchas veces á casa de vuestro padre. Ya yo había dado en ello, dijo Sancho. Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todas vuestas mercedes deben de conocer. Aún eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que después que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo: si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto; y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual el secretario

se llegó al oído del maestresala, y le dijo muy paso: Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y más que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le había sucedido, que todos procurarían remediarlo con muchas veras y por todas las vías posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años há, que son los mismos que á mi madre come la tierra: en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto más que el sol del cielo de día, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mío, y de Pedro Pérez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mío. Este encerramiento y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, há muchos días y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, ó á lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mismas. Cuando oía decir que corrían toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas

eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: él me lo declaraba por los mejores modos que sabía; pero todo era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdición, digo que yo rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara; y tornó á renovar el llanto. El mayordomo le dijo: Prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Habíase sentado en el alma del maestra sala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su linterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocío de los prados, y aun las subía de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenía la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos más suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella entre interrotos sollozos y mal formados suspiros dijo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro pa-

dre durmiese: él importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mío, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche debe de haber una hora poco más ó menos nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queríamos volver á casa vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: Hermana, esta debe de ser la ronda, aligera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar: yo á menos de seis pasos caí con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia que me trajo ante vuestras mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desmán alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijisteis, no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino sólo el deseo de ver mundo, que no se extendía á más que á ver las calles de este lugar: y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decía llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traía sino un faldellín rico y una mantellina de damasco azul con pasamos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra

cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro según eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venía en aquel traje, y él con no menos vergüenza y empacho contó lo mismo que su hermana había contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necesidad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros; que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, sólo por curiosidad sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle. Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbación que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debía. No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado menos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina por andar se pierden aína, y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista: no digo más. El mancebo agradeció al gobernador la merced que quería hacerles de volverlos á su casa, y así se encaminaron hacia ella, que no estaba muy

lejos de allí. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestra la traspasado su corazón, y propuso de luego otro día pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaría, por ser él criado del duque, y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningún marido se le podía negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos días el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.





CAPITULO L.

DONDE SE DECLARA QUIÉNES FUERON LOS ENCANTADORES Y VERDUGOS QUE AZOTARON Y PELLIZCARON Y ARAÑARON Á DON QUIJOTE, CON EL SUCESO QUE TUVO EL PAJE QUE LLEVÓ LA CARTA Á TERESA PANZA, MUJER DE SANCHO PANZA.

DICE Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodríguez salió de su aposento para ir á la estancia de don Quijote, otra dueña que con ella dormía lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al mo-

mento lo fué á poner en pico á su señora la duquesa de cómo doña Rodríguez quedaba en el aposento de don Quijote. La duquesa se lo dijo al duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña quería con don Quijote. El duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oían todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la duquesa que la Rodríguez había echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento, y acribillaron á don Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presunción de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la duquesa al duque lo que había pasado, de lo que se holgó mucho, y la duquesa, prosiguiendo con su intención de burlarse y recibir pasatiempo con don Quijote, despachó al paje que había hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenía bien olvidado Sancho Panza con la ocupación de su gobierno, á Teresa Panza su mujer con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice pues la historia, que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al lugar de

Sancho; y antes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quienes preguntó si le sabrían decir si en aquel lugar vivía una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado don Quijote de la Mancha, á cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando, y dijo: Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco más ó menos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgrenada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo: Venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos días há de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta: Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecía, según era de corta,

que se la habían cortado por vengonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo: ¿Qué es esto, niña, qué señor es este? Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza, respondió el paje; y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: Déme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria. ¡Ay señor mío! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno. Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo: y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello, y dijo: Esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la duquesa, que á vuesa merced me envía. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni menos, y la muchacha dijo: Que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tan-

tas veces le había prometido. Así es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor don Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la insula Barataria, como se verá por esta carta. Léamela vuesa merced, señor gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja. Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mesmo, ó el bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para qué se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí; y luego sacó otra de la duquesa, que decía desta manera:

« Amiga Teresa: las buenas partes de la bon-
» dad y del ingenio de vuestro marido Sancho me
» movieron y obligaron á pedir á mi marido el du-
» que le diese un gobierno de una insula de muchas
» que tiene. Tengo noticia que gobierna como un
» girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el
» duque mi señor por el consiguiente, por lo que
» doy muchas gracias al cielo de no haberme enga-
» ñado en haberle escogido por el tal gobierno;
» porque quiero que sepa la señora Teresa, que con
» dificultad se halla un buen gobernador en el
» mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho
» gobierna. Ahí le envío, querida mía, una sarta de
» corales con extremos de oro: yo me holgara que

» fuera de perlas orientales; pero quien te da el
» hueso no te querría ver muerta: tiempo vendrá
» en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y
» Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica
» su hija, y díjala de mi parte que se apareje, que
» la tengo de casar altamente cuando menos lo
» piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas
» gordas, envíeme hasta dos docenas, que las esti-
» maré en mucho por ser de su mano; y escríbame
» largo, avisándome de su salud y de su bienestar,
» y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que
» hacer más que boquear, que su boca será medida:
» y Dios me la guarde. Deste lugar, su amiga que
» bien la quiere,

» LA DUQUESA. »

¡Ah! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, y qué llana, y qué humilde señora: con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en esto pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora con ser duquesa me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mío, yo le enviaré á su señoría un celemín, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la

maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pón en orden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adu-
nia, y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro con-
tento, y al padre cura y á maese Nicolás el bar-
bero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la duquesa que se la había de enviar á ella toda. Todo es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos días al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón. También se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lío que viene en este porta-
manteo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador sólo un día llevó á caza, el cual todo lo envía para la señora Sanchica. Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de la casa con las car-
tas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrán-
dose acaso con el cura y Sansón Carrasco, comenzó á bailar y á decir: A fé, que agora que no hay pa-
riente pobre, gobiernito tenemos; no sino tómese conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. ¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿qué lo-

curas son estas, y qué papeles son esos? No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las avemarías y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora. De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís. Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sansón Carrasco; y Sansón y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habían leído; y preguntó el bachiller quién había traído aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verían al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traía otro presente, que valía más de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo: Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destes presentes: por una parte veo y toco la fineza destes corales, y por otra leo que una duquesa envía á pedir dos docenas de bellotas. Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco: ahora bien, vamos á ver al portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno

contentó mucho á los dos; y después de haberle saludado cortésmente, y él á ellos, le preguntó Sansón les dijese nuevas así de don Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habían leído las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, siendo todas ó las más que hay en el mar Mediterráneo, de su majestad. A lo que el paje respondió: De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar de ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas digo, que mi señora la duquesa es tan llana y tan humilde, que no decía el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontecía enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuesas mercedes, que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con más llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al paje: Dígame, señor, ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas después que es gobernador? No he mirado en ello, respondió el paje, pero sí debe de traer. ¡Ay Dios mío! replicó Sanchica, y qué será de ver á mi padre con pedorreras: ¿no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi

padre con calzas atacadas? Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacía todo (que ya Teresa les había mostrado el vestido), y no dejaron de reírse del deseo de Sanchica, y más cuando Teresa dijo: Señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun que si me enojo me tengo de ir á esa corte y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar. Y cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: Mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y como va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándame yo en mi coche levantados los pies del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: y ándame yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mía? Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas y aun mayores

me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no pára hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oído decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes), cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale, y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala: no sino dormíos, y no respondáis á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa. ¿Y qué se me dá á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere cuando me vea entonada y fantasiosa: vióse el perro en bragas de cerro, y lo demás? Oyendo lo cual el cura, dijo: Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la duquesa y el duque los celebran mucho. ¿Qué, todavía se afirma vuesa merced, señor mío, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de don Quijote nuestro

compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso. Señores, yo no sé más de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores duque y duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza; si en esto hay encantamiento ó no, vuestas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho. Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller, pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, *operibus credite, et non verbis*: véngase alguno de vuestas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oídos. Esa ida á mí me toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocín, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, también me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche: hallado lo habéis la melindrosa. Calla, muchacha, dijo Tere-

sa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y dénme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dijo el cura: Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa más tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por don Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenía por algo burlón, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.





CAPÍTULO LI.

DEL PROGRESO DEL GOBIERNO DE SANCHO PANZA,
CON OTROS SUCESOS TALES COMO BUENOS.

AMANECIÓ el día que se siguió á la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestra sala pasó sin dormir ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella, y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse

en fin el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenía á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofistería padecía hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecía el gobierno y aun á quien se le había dado: pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demás acólitos, que fué: Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso); digo pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: Si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, mue-

ra por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condición della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacía, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir: y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídesese á vuesa merced, señor gobernador, ¿qué harán los jueces de tal hombre, que aun hasta agora están dudosos y suspensos? Y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intrincado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Por cierto que esos señores jueces que á mí os envían lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quizá podría ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo: A mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: ¿El tal hombre jura

que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente, y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Así es como el señor gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay más pedir ni qué dudar. Digo yo pues agora, replicó Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje. Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, buen hombre, respondió Sancho: este pasajero que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarle ó absolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo don Quijote la noche antes que vi-

niese á ser gobernador desta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Así es, respondió el mayordomo; y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábase con esto la audiencia desta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, dénme de comer y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo los despabilaré en el aire. Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto gobernador, y más que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle. Sucedió pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hizolo así el secretario, y repasándola primero, dijo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor don Quijote escribe á vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Á SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA.

« Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos »
» é impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus »
» discreciones, de que dí por ello gracias particula- »
» res al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los »
» pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme »
» que gobiernas como si fueses hombre, y que eres »
» hombre como si fueses bestia, según es la humil- »
» dad con que te tratas: y quiero que adviertas, »
» Sancho, que muchas veces conviene y es necesario »
» por la autoridad del oficio ir contra la humildad »
» del corazón; porque el buen adorno de la persona »
» que está puesta en graves cargos ha de ser con- »
» forme á lo que ellos piden, y no á la medida de »
» lo que su humilde condición le inclina. Vístete »
» bien, que un palo compuesto no parece palo: no »
» digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez »
» te vistas como soldado, sino que te adornes con »
» el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea »
» limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad »
» del pueblo que gobiernas, entre otras has de ha- »
» cer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, »
» aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, »
» procurar la abundancia de los mantenimientos, »
» que no hay cosa que más fatigue el corazón de »
» los pobres, que la hambre y la carestía.

» No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres »
» procura que sean buenas, y sobre todo que se

» guarden y cumplan; que las pragmáticas que no
» se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; an-
» tes dan á entender que el príncipe que tuvo dis-
» creción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor
» para hacer que se guardasen: y las leyes que ate-
» morizan y no se ejecutan, vienen á ser como la
» viga, rey de las ranas, que al principio las espan-
» tó, y con el tiempo la menospreciaron y se subie-
» ron sobre ella. Sé padre de las virtudes, y pa-
» drastro de los vicios. No seas siempre riguroso,
» ni siempre blando, y escoge el medio entre estos
» dos extremos, que en esto está el punto de la dis-
» creción. Visita las cárceles, las carnicerías y las
» plazas; que la presencia del gobernador en luga-
» res tales es de mucha importancia: consuela á
» los presos que esperan la brevedad de su despa-
» cho, es coco á los carniceros, que por entonces
» igualan los pesos, y es espantajo á las placeras
» por la misma razón. No te muestres (aunque por
» ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso,
» mujeriego ni glotón, porque en sabiendo el pue-
» blo y los que te tratan tu inclinación determina-
» da, por allí te darán batería hasta derribarte en
» el profundo de la perdición. Mira y remira, pasa
» y repasa los consejos y documentos que te dí por
» escrito antes que de aquí partieses á tu gobierno,
» y verás como hallas en ellos, si los guardas, una
» ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos y
» dificultades que á cada paso á los gobernadores
» se les ofrecen. Escribe á tus señores, y muéstrate-

» les agradecido, que la ingratitud es hija de la so-
 » berbia, y uno de los mayores pecados que se sabe;
 » y la persona que es agradecida á los que bien le
 » han hecho, da indicio que también lo será á Dios,
 » que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

» La señora duquesa despachó un propio con tu
 » vestido y otro presente á tu mujer Teresa Panza:
 » por momentos esperamos respuesta. Yo he está-
 » do un poco mal dispuesto de un cierto gateamien-
 » to que me sucedió no muy á cuento de mis nari-
 » ces, pero no fué nada, que si hay encantadores
 » que me maltraten, también los hay que me de-
 » fiendan. Avisame si el mayordomo que está con-
 » tigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi,
 » como tú sospechaste; y de todo lo que te sucedie-
 » re me irás dando aviso, pues es tan corto el ca-
 » mino; cuanto más que yo pienso dejar presto esta
 » vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella.
 » Un negocio se me ha ofrecido que creo que me ha
 » de poner en desgracia destes señores; pero aun-
 » que se me dá mucho, no se me dá nada, pues en
 » fin, en fin, tengo de cumplir antes con mi profe-
 » sión que con su gusto, conforme á lo que suele
 » decirse: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*
 » Dígame este latín, porque me doy á entender que
 » después que eres gobernador lo habrás aprendido.
 » Y á Dios, el cual te guarde de que ninguno te
 » tenga lástima.

Tu amigo,

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.»

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más quiso responder luego á su señor don Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á DON QUIJOTE DE LA
MANCHA.

«La ocupación de mis negocios es tan grande,
» que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni
» aun para cortarme las uñas, y así las traigo tan
» crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor
» mío de mi alma, porque vuesa merced no se es-
» pante si hasta agora no he dado aviso de mi bien
» ó mal estar en este gobierno, en el cual tengo
» más hambre que cuando andábamos los dos por
» las selvas y por los despoblados.

» Escribíome el duque mi señor el otro día dán-
» dome aviso que habían entrado en esta ínsula
» ciertas espías para matarme, y hasta agora yo
» no he descubierto otra que un cierto doctor, que
» está en este lugar asalariado para matar á cuan-
» tos gobernadores aquí vinieren: llámase el doc-
» tor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera,
» porque vea vuesa merced qué nombre para no
» temer que he de morir á sus manos. Este tal doc-

» tor dice él mismo de sí mismo que él no cura las
» enfermedades cuando las hay, sino que las pre-
» viene para que no vengan, y las medicinas que
» usa son dieta y más dieta, hasta poner la per-
» sona en los huesos mondos, como si no fuese ma-
» yor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente,
» él me va matando de hambre, y yo me voy mu-
» riendo de despecho, pues cuando pensé venir á
» este gobierno á comer caliente y á beber frío, y á
» recrear el cuerpo entre sábanas de holanda sobre
» colchones de pluma, he venido á hacer penitencia
» como si fuera ermitaño, y como no la hago de mi
» voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de
» llevar el diablo.

» Hasta agora no he tocado derecho ni llevado
» cohecho, y no puedo pensar en qué va esto; por-
» que aquí me han dicho que los gobernadores que
» á esta ínsula suelen venir, antes de entrar en
» ella, ó les han dado, ó les han prestado los del
» pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria
» usanza en los demás que van á gobiernos, no
» solamente en este.

» Anoche andando de ronda topé una muy her-
» mosa doncella en traje de varón, y un hermano
» suyo en hábito de mujer: de la moza se enamoró
» mi maestresala, y la escogió en su imaginación
» para su mujer, según él ha dicho, y yo escogí
» al mozo para mi yerno: hoy los dos pondremos
» en plática nuestros pensamientos con el padre
» de entrambos, que es un tal Diego de la Lla-

» na, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

» Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo
» aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía
» avellanas nuevas, y averigüéle que había mez-
» clado con una hanega de avellanas nuevas otra
» de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para
» los niños de la doctrina, que las sabrían bien dis-
» tinguir, y sentenciéla que por quince días no en-
» trase en la plaza; hanme dicho que lo hice vale-
» rosamente: lo que sé decir á vuesa merced es,
» que es fama en este pueblo que no hay gente más
» mala que las plazeras, porque todas son desver-
» gonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo así lo
» creo por las que he visto en otros pueblos.

» De que mi señora la duquesa haya escrito á mi
» mujer Teresa Panza, y enviádole el presente
» que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y
» procuraré mostrarme agradecido á su tiempo:
» bésele vuesa merced las manos de mi parte, di-
» ciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco
» roto, como lo verá por la obra. No querría que
» vuesa merced tuviese trabacuentas de disgusto
» con esos mis señores; porque si vuesa merced se
» enoja con ellos, claro está que ha de redundar en
» mi daño, y no será bien que pues se me dá á mí
» por consejo que sea agradecido, que vuesa mer-
» ced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene
» hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su
» castillo.

» Aquello del gateado no entiendo; pero imagino

» que debe de ser alguna de las malas fechorias que
 » con vuesa merced suelen usar los malos encanta-
 » dores; yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera
 » enviarle á vuesa merced alguna cosa; pero no sé
 » qué envíe, si no es algunos cañutos de jeringas,
 » que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy
 » curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscaré
 » qué enviar de haldas ó de mangas. Si me escri-
 » biere mi mujer Teresa Panza, pague vuesa mer-
 » ced el porte, y envíeme la carta, que tengo gran-
 » dísimo deseo de saber del estado de mi casa, de
 » mi mujer y de mis hijos. Y con esto, Dios libre
 » á vuesa merced de mal intencionados encanta-
 » dores y á mí me saque con bien y en paz deste
 » gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con
 » la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.

Criado de vuesa merced,

SANCHO PANZA, el gobernador.»

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí como despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y el que

lo aguase ó le mudase el nombre perdiere la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia: puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interés: puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de día: ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas, si no trajese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un aguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*.





CAPÍTULO LII.

DONDE SE CUENTA LA AVENTURA DE LA SEGUNDA DUEÑA DOLORIDA Ó ANGUSTIADA, LLAMADA POR OTRO NOMBRE DOÑA RODRÍGUEZ.

CUENTA Cide Hamete, que estando ya don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenía era contra toda la orden de caballería que profesaba, y así determinó de pedir licencia á los duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en las tales fiestas se conquista. Y estando un día á la mesa con los duques, y co-

menzando á poner en obra su intención y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como después pareció, cubiertas de luto de los pies á la cabeza, y la una dellas llegándose á don Quijote se le echó á los pies, tendida de largo á largo, la boca cosida con los pies de don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, y tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusión á todos los que la oían y miraban; y aunque los duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querrían hacer á don Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemía y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que don Quijote compasivo la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodríguez, la dueña de casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocían, y más los duques que ninguno, que puesto que la tenían por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese á hacer locuras. Finalmente, doña Rodríguez, volviéndose á los señores, les dijo: Vuestas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor don

Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella enderezando la voz y el rostro á don Quijote, dijo: Días há, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazón y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella enderezándole el tuerto que le tienen fecho, y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y así querría que antes que os escurriésedes por esos caminos, desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo antes y primero que yogase con ella; porque pensar que el duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasión que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada; y con esto nuestro Señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió don Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: Buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir, enjugadlas y ahorrad vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales, por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así con licencia del duque mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le ha-

llaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesión es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserables, y destruir á los rigurosos. No es menester, respondió el duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mí licencia para desafiarme, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acepte, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos. Pues con ese seguro y con buena licencia de vuesa grandeza, replicó don Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, le desafío y reto en razón de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego descalzándose un guante le arrojó en mitad de la sala, y el duque le alzó,

diciendo que, como ya había dicho, él aceptaba el tal desafío en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de allí á seis días, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros, lanza y escudo y arnés tranzado, con todas las demás piezas, sin engaño, superchería ó superstición alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo; pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor don Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida ejecución el tal desafío. Yo sí pongo, respondió la dueña: y yo también, añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el duque lo que había de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venían á pedir justicia á su casa; y así les dieron cuarto aparte, y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabían en qué había de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodriguez y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los duques, deseosos de saber lo que le había

sucedido en su viaje: y preguntándosele, respondió el paje que no lo podía decir tan en público ni con breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas: y sacando dos cartas las puso en manos de la duquesa: la una decía en el sobrescrito: *Carta para mi señora la duquesa tal, de no sé dónde*; y la otra: *A mi marido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere más años que á mí*. No se le cocía el pan, como suele decirse, á la duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, y leído para sí, y viendo que la podía leer en voz alta para que el duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á LA DUQUESA.

«Mucho contento me dió, señora mía, la carta
»que vuesa grandeza me escribió, que en verdad
»que la tenía bien deseada. La sarta de corales es
»muy buena, y el vestido de caza de mi marido no
»le va en zaga. De que vuestra señoría haya hecho
»gobernador á Sancho mi consorte, ha recibido
»mucho gusto todo este lugar, puesto que no hay
»quien lo crea, principalmente el cura y maese Ni-
»colás el barbero, y Sansón Carrasco el bachiller;
»pero á mí no se me dá nada, que como ello sea
»así, como lo es, diga cada uno lo que quisiere;
»aunque si va á decir verdad, á no venir los cora-

»les y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque
»en este pueblo todos tienen á mi marido por un
»porro, y que sacando de gobernar un ható de ca-
»bras, no pueden imaginar para qué gobierno pue-
»da ser bueno: Dios lo haga y lo encamine como
»ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de
»mi alma, estoy determinada, con licencia de vues-
»sa merced, de meter este buen día en mi casa,
»yéndome á la corte á tenderme en un coche, para
»quebrar los ojos á mil envidiosos que ya tengo: y
»así suplico á vuestra excelencia mande á mi ma-
»rido me envíe algún dinerillo, y que sea algo qué,
»porque en la corte son los gastos grandes, que el
»pan vale á real, y la carne la libra á treinta ma-
»ravedís, que es un juicio; y si quisiere que no va-
»ya, que me lo avise con tiempo, porque me están
»bullendo los pies por ponerme en camino, que me
»dicen mis amigas y mis vecinas, que si yo y mi hi-
»ja andamos orondas y pomposas en la corte, ven-
»drá á ser conocido mi marido por mí más que yo
»por él, siendo forzoso que pregunten muchos:
»¿quién son estas señoras deste coche? y un criado
»mío responderá: la mujer y la hija de Sancho
»Panza, gobernador de la ínsula Barataria; y des-
»ta manera será conocido Sancho, y yo seré esti-
»mada, y á Roma por todo. Pésame cuanto pesar
»me puede que este año no se han cogido bellotas
»en este pueblo; con todo eso envío á vuesa alteza
»hasta medio celemín, que una á una las fui yo á
»escoger al monte, y no las hallé más mayores;

»yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

»No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme, que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar deste lugar, donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuestra grandeza, y á mí no me olvide. Sancha mi hija, y mi hijo, besan á vuesa merced las manos.

»La que tiene más deseo de ver á usía que de escribirla,

Su criada, TERESA PANZA.»

Grande fué el gusto que todos recibieron de oír la carta de Teresa Panza, principalmente los duques: y la duquesa pidió parecer á don Quijote si sería bien abrir la carta que venía para el gobernador, que imaginaba debía de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriría por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decía desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA SU MARIDO.

«Tu carta recibí, Sancho mío de mi alma, y yo te prometo y juro como católica cristiana, que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo llegué á oír que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tú que dicen, que así mata la alegría súbita como el dolor grande. A Sanchi-

»ca tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo, de
»puro contento. El vestido que me enviaste tenía
»delante, y los corales que me envió mi señora la
»duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el
»portador dellas allí presente, y con todo eso creía
»y pensaba que era todo sueño lo que veía y lo que
»tocaba; porque ¿quién podía pensar que un pas-
»tor de cabras había de venir á ser gobernador de
»ínsulas? Ya sabes tú, amigo, que decía mi madre,
»que era menester vivir mucho para ver mucho:
»dígoles porque pienso ver más si vivo más, porque
»no pienso parar hasta verte arrendador ó alcaba-
»lero, que son oficios que aunque lleva el diablo á
»quien mal los usa, en fin en fin siempre tienen y
»manejan dineros. Mi señora la duquesa te dirá el
»deseo que tengo de ir á la corte: mírate en ello, y
»avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte
»en ella, andando en coche.

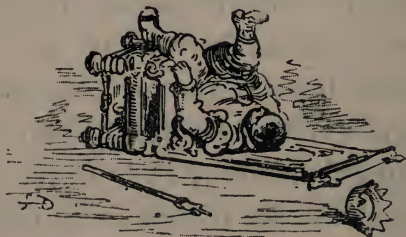
»El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacris-
»tán no pueden creer que eres gobernador, y dicen
»que todo es embeleco, ó cosas de encantamento,
»como son todas las de don Quijote tu amo; y dice
»Sansón que ha de ir á buscarte y á sacarte el go-
»bierno de la cabeza, y á don Quijote la locura de
»los cascos: yo no hago sino reírme, y mirar mi
»sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer
»del tuyo á nuestra hija. Unas bellotas envié á mi
»señora la duquesa, yo quisiera que fueran de oro.
»Envíame tú algunas sartas de perlas, si se usan
»en esa ínsula. Las nuevas deste lugar son, que la

» Berrueca casó á su hija con un pintor de mala ma-
» no, que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese.
» Mandóle el consejo pintar las armas de su majes-
» tad sobre las puertas del ayuntamiento, pidió dos
» ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho
» días, al cabo de los cuales no pintó nada; y dijo
» que no acertaba á pintar tantas baratijas: volvió
» el dinero, y con todo eso se casó á título de buen
» oficial: verdad es que ya ha dejado el pincel y to-
» mado el azada, y va al campo como gentilhombre.
» El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de gra-
» dos y corona con intención de hacerse clérigo:
» súpolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y
» hale puesto demanda de que la tiene dada pala-
» bra de casamiento: malas lenguas quieren decir
» que ha estado en cinta dél, pero él lo niega á pies
» juntillas. Hogaño no hay aceitunas, ni se halla
» una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí
» pasó una compañía de soldados, lleváronse de ca-
» mino tres mozas deste pueblo; no te quiero decir
» quién son, quizá volverán, y no faltará quien las
» tome por mujeres con sus tachas buenas ó malas.
» Sanchica hace puntas de randas, gana cada día
» ocho marevedís horres, que los va echando en una
» alcancía para ayuda á su ajuar: pero ahora que
» es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin
» que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó:
» un rayo cayó en la picota, y allí me las dén todas.
» Espero respuesta desta y la resolución de mi ida á
» la corte: y con esto Dios te me guarde más años

» que á mí, ó tantos, porque no querría dejarte sin
» mí en este mundo.

Tu mujer, TERESA PANZA. »

Las cartas fueron solemnizadas, reídas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello llegó el correo, el que traía la que Sancho enviaba á don Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador. Retiróse la duquesa para saber del paje lo que le había sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refriese: dióle las bellotas, y más un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchón: recibiólo la duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.





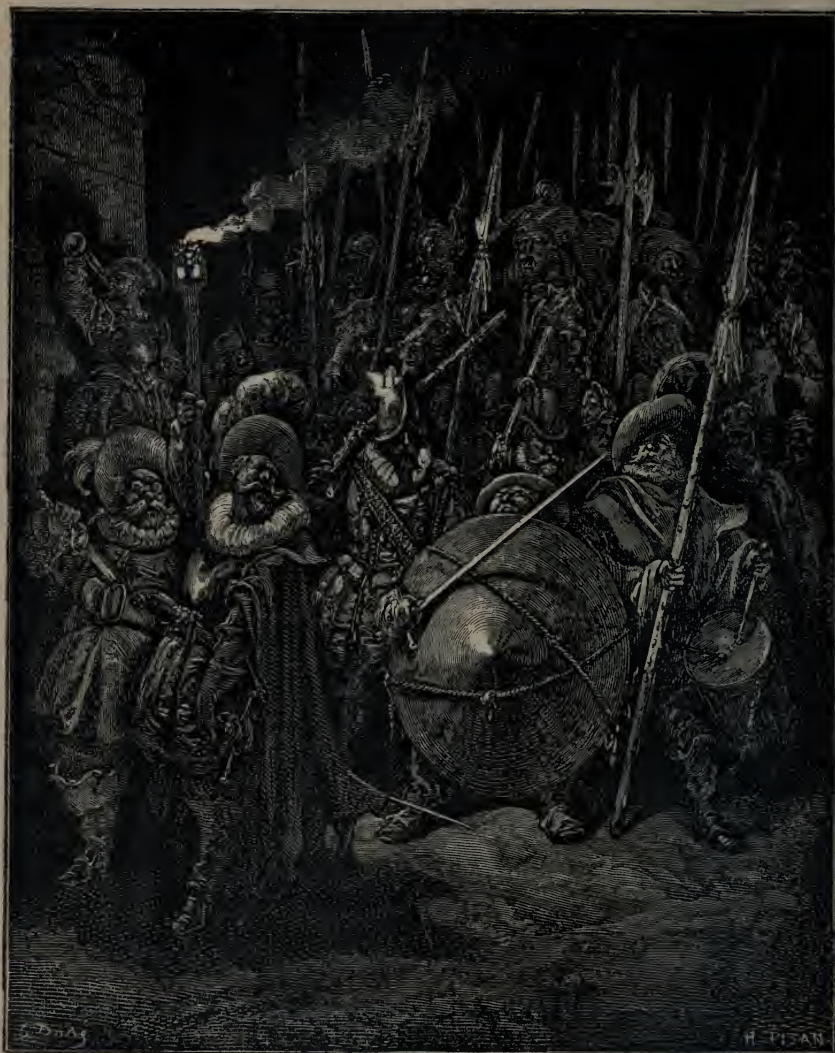
CAPÍTULO LIII.

DEL FATIGADO FIN Y REMATE QUE TUVO EL GOBIERNO
DE SANCHO PANZA.

PENSAR que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar no lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. A la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin, ligera más que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque esto de

entender la ligereza é inestabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fé, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho; el cual estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no hartado de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar de la hambre le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto; pero no sólo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó más confuso y lleno de temor y espanto, y levantándose en pie se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: Arma, arma, señor gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos, si vuestra industria y valor no nos socorre. Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho es-





¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo? respondió Sancho

taba atónito y embelesado de lo que oía y veía, y cuando llegaron á él, uno le dijo: Ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta insula se pierda. ¿Qué me tengo de armar? respondió Sancho, ¿ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fui á Dios, no se me entiende nada destas priesas. ¡Ah, señor gobernador! dijo otro, ¿qué relente es ese? ármese vuesa merced, que aquí traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestro guía y nuestro capitán, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador. Ármenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le trajeron dos pavese, que venían proveídos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su linterna y su lucero, tendrían buen fin sus negocios. ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo im-

piden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pie en algún postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, señor gobernador, dijo otro, que más el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga. Por cuyas persuaciones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al través en la arena: y no por verle caído aquella gente burlesca le tuvieron compasión alguna, antes apagando las antorchas tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrechez recogido sudaba y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decía: Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aque-

llas escalas se tranquen, vengan alcancías, pez y resina en calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchones. En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí: ¡Oh! ¡si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su petición, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decían: Victoria, victoria, los enemigos van de vencida: ea, señor gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo. Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pie dijo: El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjугue este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, trajéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. Preguntó qué hora era: respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir

otra cosa comenzó á vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía. Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podía ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo: Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichasas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado pues el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio el doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dijo: Abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua libertad: dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí



Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias

de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está san Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro de gobernador: más quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y más quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de Holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuestas mercedes se queden con Dios, y digan al duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas: y apártense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser así, señor gobernador, dijo el doctor Recio, que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho: así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Par Dios, que así

me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el mayordomo dijo: Señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia: déla vuesa merced de los diez días que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto más que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel. Par Dios que tiene razón el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle.

Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta.





CAPÍTULO LIV.

QUE TRATA DE COSAS TOCANTES Á ESTA HISTORIA Y
NO Á OTRA ALGUNA.

RESOLVIÉRONSE el duque y la duquesa de que el desafío que don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se había ido huyendo por no tener por suegra á doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascón, que se llamaba Tosillos, industriándole primero muy bien de todo lo que había de hacer. De allí á dos días dijo el duque á don Quijote, como desde allí á cuatro vendría su contrario, y se presentaría en el campo, armado como caballero, y

sustentaría como la doncella mentía por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habersele ofrecido ocasión donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendía el valor de su poderoso brazo; y así con alborozo y contento esperaba los cuatro días, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venía caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula de su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba), vió que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, destes extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fué una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedían; y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venía proveído, y dió-

selo diciéndoles por señas que no tenía otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dijeron: Güelte, güelte. No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedís, buena gente. Entonces uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostróselá á Sancho, por donde entendió que le pedían dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba les dió á entender que no tenía ostugo de moneda, y picando al rucio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atención, arremetió á él echándole los brazos por la cintura, y en voz alta y muy castellana dijo: Válame Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de oírse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino, y después de haberle estado mirando sin hablar palabra con mucha atención, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspensión el peregrino le dijo: Cómo, ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con más atención, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: ¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Díme, ¿quién te ha hecho franchote,

y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nación amenazaba, según oíste. Hízolo así Sancho, y hablando Ricote á los demás peregrinos se apartaron á la alameda que se parecía, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveídas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajadas de queso, huesos mundos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevas de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron aceitunas, aun que secas y sin adobo alguno, pero sa-

brosas y entretenidas; pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se había transformado de morisco en alemán ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, que no parecía sino que ponían en él la puntería; y desta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibían, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía; antes por cumplir con el refrán que él muy bien sabía, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demás, y no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decía: Español y tudesquituto uno bon compañero; y Sancho respondía: Bon compañero jura Dí, y disparaba con una risa que le

duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido más y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho se sentaron al pie de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

Bien sabes, oh Sancho Panza, vecino y amigo mío, como el pregón y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nación, puso terror y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí le puso de suerte que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues á mi parecer como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien ví y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decían, sino verda-

deras leyes, que se habían de poner en ejecución á su determinado tiempo: y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales que me parece que fué inspiración divina la que movió á su majestad á poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar. Dó quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que lo hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían

buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y certísima granjería y conocida ganancia. Ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza como traerlas á algún puerto de Francia y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que en resolución, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto,

todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir: y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija antes á Berbería que á Francia, adonde podía vivir como cristiana. A lo que respondió Sancho: Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tio-pieyo, el hermano de tu mujer, y como debe de ser fino moro, fuése á lo más bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habían quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algún desmán: y así si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata: y así por esto como por parecerme haría traición á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos. ¿Y qué oficio es el que has de-

jado, Sancho? preguntó Ricote. He dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no halle otra cosa como ella á tres tirones. ¿Y dónde está esa ínsula? preguntó Ricote. ¿Adónde? respondió Sancho: dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las ínsulas están allá dentro del mar, que no hay ínsulas en la tierra firme. ¿Cómo no? replicó Sancho: dígame, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero con todo eso la he dejado por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores. ¿Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero páreceme que todo lo que dices es disparate: que ¿quién te había de dar á tí ínsulas que gobernases? ¿faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he

dicho. Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierta, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mío, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime, ¿halláste en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado? Sí hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos había en el pueblo, y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedía la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su madre; y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón: y á fé que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo: principalmente se mostró más apasionado don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la quería mucho; y después que ella se partió, nunca más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la quería bien; que ya habrás oído decir, Sancho, que las moriscas pocas ó

ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que á lo que yo creo atendía á ser más cristiana que enamorada, no se curaría de las solicitudes dese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaría mal: y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor don Quijote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y también es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordón y se apartaron.





CAPÍTULO LV.

DE COSAS SUCEDIDAS Á SANCHO EN EL CAMINO, Y
OTRAS QUE NO HAY MÁS QUE VER.

EL haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel día llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche algo oscura y cerrada; pero como era verano no le dió mucha pesadumbre, y así se apartó del camino con intención de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse cayeron él y el rucio en una honda y oscurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazón, pensando

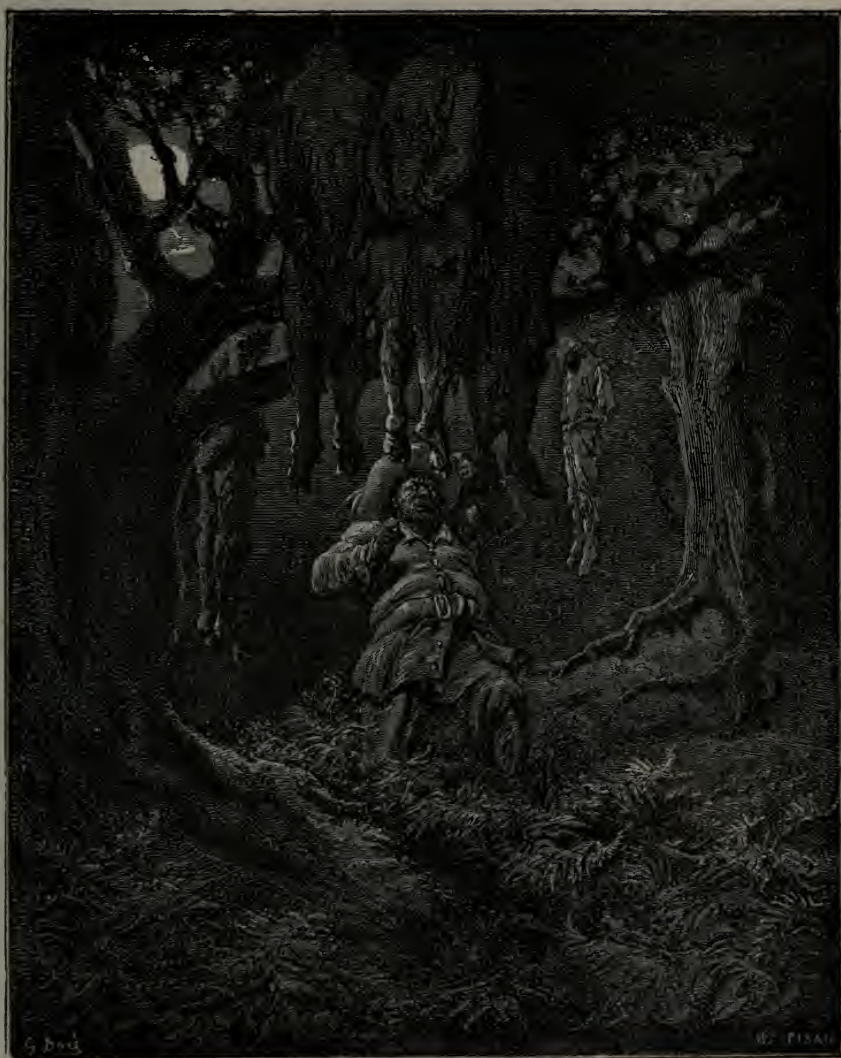


Oh compañero y amigo mío, qué mal pago to he dado de tus buenos servicios!



que no había de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque á poco más de tres estados dió fondo el rucio, y él se halló encima dél sin haber recibido lesión ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le había hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima por ver si sería posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado, ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesado: á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor don Quijote de la Mancha cuando descendió y bajó á la cueva de aquel encantado

Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raídos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo menos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez, digo, ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pensamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día,



Sancho dió voces, llamando á don Quijote que le favoreciese.

con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podía tener; y sacando de las alforjas, que también habían corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: Todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogía. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por dentro era espacioso y largo, y púdolo ver porque por lo que se podía llamar techo entraba un rayo de sol, que lo descubría todo. Vió también que se dilatava y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á oscuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. ¡Vála-

me Dios todopoderoso! decía entre sí: esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo don Quijote. El sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir desta oscuridad y estrechez á algún florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas, mal, si vienes solo. Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habría caminado poco más de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de día, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida. Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que había de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodríguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenían fecho. Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que había de hacer en el trance en que otro día pensaba verse, dando un repelón ó arremetida á Rocinante llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegándose algo más cerca, sin apearse miró quella hondura, y es-

tándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo perceber y entender que el que las daba decía: ¡Ah de arriba! ¿hay algún cristiano que me escuche? ¿ó algún caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida, de un desdichado desgovernado gobernador? Parecióle á don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo: ¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja? ¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados, y por su mala andanza, de la ín-sula Barataria, escudero que fué del famoso caballero don Quijote de la Mancha? Oyendo lo cual don Quijote se le dobló la admiración, y se le acrecentó el pasmo viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginación, dijo: Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí, que pues es mi profesión favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, también lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo que no pueden ayudarse por sí propios. Desá manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda. Don Quijote soy, replicó don Qui-

jote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quién eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quién eres. Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los días de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, y el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por más señas está aquí conmigo. Y hay más, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dijo don Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho amigo: espérame, iré al castillo del duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en

vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejóle don Quijote, y fué al castillo á contar á los duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debía de haber caído por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podían pensar cómo había dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dijo: Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dijo: Ocho días ó diez há, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me ví harto de pan siquiera una hora: en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos: y siendo esto así, como lo es, no merecía yo, á mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga desta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas: y Dios me entiende, y basta, y no digo más, aunque pudiera. No te enojés, Sancho, ni recibas

pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladrón. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el duque y la duquesa esperando á don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decía que había pasado muy mala noche en la posada, y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas, dijo: Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo: que

tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba: y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través, y ayer de mañana dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metí dome en granjerías: y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habían de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi rucio: caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol ví la salida; pero no tan fácil, que á no depararme el cielo á mi señor don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez días que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuestas mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen: salta tú, y dámela tú, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor don Quijote, que en fin en él, aunque como el pan con

sobresalto, hártome á lo menos: y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos dió en su corazón gracias al cielo, y el duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazólo la duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.





CAPÍTULO LVI.

DE LA DESCOMUNAL Y NUNCA VISTA BATALLA QUE PASÓ ENTRE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y EL LACAYO TOSILOS, EN LA DEFENSA DE LA HIJA DE LA DUEÑA DOÑA RODRÍGUEZ.

No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y más que aquel mismo día vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días; y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho, y su salida, de

que no pequeño gusto recibieron. Después desto cuenta la historia que se llegó el día de la batalla aplazada; y habiendo el duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á don Quijote que no permitía la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohíbe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio cómo más fuese servido, que él le obedecería en todo. Llegado pues el temeroso día, y habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre é hija demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habían visto ni oído decir en aquella tierra los que vivían ni los que habían muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algún engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los man-

tos hasta los ojos y aun hasta los pechos con muestras de no pequeño sentimiento, presente don Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo: de cada mano y pie le pendía una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del duque su señor de cómo se había de portar con el valeroso don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir del primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto á mirar á la que por esposo le pedía: llamó el maese de campo á don Quijote, que ya se había presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese por su derecho don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condición de los combatientes que si don Quijote vencía, su contrario se había de

casar con la hija de doña Rodríguez, y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dar otra satisfacción alguna. Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el són de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, don Quijote encomendándose de todo su corazón á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazón de parte á parte: y púdolo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por dó quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo trasportado, pensando en la hermosura de la

que ya había hecho señora de su libertad: y así no atendió al són de la trompeta, como hizo don Quijote, que apenas la hubo oído, cuando arremetió, y á todo el correr que permitía Rocinante partió contra su enemigo, y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: Dios te guíe, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la vitoria, pues llevas la razón de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que quería, le dijo: Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Así es, le fué respondido. Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríasela en gran cargo si pasase adelante en esa batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose don Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometía. El duque no sabía la ocasión porque no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde doña Rodríguez estaba, y dijo á grandes voces: Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas

lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso don Quijote, y dijo: Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense enhorabuena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El duque había bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos le dijo: ¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os queréis casar con esta doncella? Sí, señor, respondió Tosilos. El hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse la apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual doña Rodríguez y su hija, dando grandes voces, dijeron: Este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuitéis, señoras, dijo don Quijote, que ni esta es malicia, ni es bellaquería: y si la es, no ha sido la causa del duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, envidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el deste que decís que es lacayo del duque: tomad mi consejo, y á pesar

de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos desáis alcanzar por esposa. El duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña; dilatemos el casamiento quince días si quieren, y tengamos encerrado á este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podría ser que volviese á su prístina figura, que no ha de durar tanto el rencor que los encantadores tienen al señor don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones. ¡Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los días pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso le han vuelto en una rústica labradora, y así imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los días de su vida. A lo que dijo la hija de la Rodríguez: Séase quién fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que más quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolución, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformación.

Aclamaron todos la vitoria por don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes: bien así como los muchachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el duque y don Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una vía ó por otra aquel caso había de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.





CAPÍTULO LVII.

QUE TRATA DE CÓMO DON QUIJOTE SE DESPIDIÓ DEL DUQUE, Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ CON LA DISCRETA Y DESENVUELTA ALTISIDORA, DONCELLA DE LA DUQUESA.

YA le pareció á don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacían, y pareciale que había de dar cuenta estrecha al

cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un día licencia á los duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: ¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habían de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo don Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresá correspondió á ser quien es enviando las bellotas á la duquesa, que á no haberse las enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dél, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y re-



Don Quijote pidió un día licencia á los duques para partirse.



puesto, contentísimo, porque el mayordomo del duque, el que fué la Trifaldi, le había dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabía don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en són lastimero, dijo:

Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy lejos de oveja.

Tú has burlado, mónstruo horrendo,
la más hermosa doncella
que Dána vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.

Crüel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas, ¡llevar impío!
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada tierna.

Llévaste tres tocadores
y unas ligas de unas piernas,
que al mármol puro se igualan
en lisas, blancas y negras.

Llévaste dos mil suspiros,
que á ser de fuego, pudieran
abrasar á dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.

Crüel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Dese Sancho tu escudero
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga

de su encanto Dulcinea.

De la culpa que tú tienes
lleve la triste la pena:
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.

Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan;
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.

Crüel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres á Inglaterra.

Si jugares al reinado,
los cientos, ó la primera,
los reyes huyan de tí,
ases ni sietes no veas.

Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones,
si te sacares las muelas.

Crüel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho le dijo: Por el siglo de tus pasados, Sancho mío, te conjuro que me digas una verdad: Díme, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda. Quedó la duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como

no estaba advertida desta burla, creció más su admiración. El duque quiso reforzar el donaire, y dijo: No me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayáis atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, y por lo más las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si no, yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco: y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamás he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, según ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdón, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinión, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déoslo Dios tan bueno, dijo la duquesa, señor don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías, y andad con Dios, que mien-

tras más os detenéis, más aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mía yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no más quiero que me escuches, oh valeroso don Quijote, dijo entonces Altisidora, y es, que te pido perdón del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caído en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba. ¿No lo dije yo? dijo Sancho; bonito soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me había venido la ocasión en mi gobierno. Abajó la cabeza don Quijote, y hizo reverencia á los duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.





CAPITULO LVIII.

QUE TRATA DE CÓMO MENUDEARON SOBRE DON QUIJOTE AVENTURAS TANTAS, QUE NO SE DABAN VAGAR UNAS Á OTRAS.

CUANDO don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías; y volviéndose á Sancho le dijo: La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad,

así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecía á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del duque, que como pítima y confortativo la llevo puesta sobre el corazón para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas con que cubrían alguna cosa que debajo estaba: esta-

ban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas. Llegó don Quijote á los que comían, y saludándoles primero cortésmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrían. Uno dellos le respondió: Señor, debajo destes lienzos están unas imágenes de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió don Quijote, holgaría de verlas, pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y cómo si lo son, dijo otro, si no, dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados: y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos; y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de san Jorje, puesto á caballo con una serpiente enroscada á los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecía una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola don Quijote, dijo: Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse don san Jorge, y fué además defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de san Martín puesto á caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote, cuando dijo: Este caballero también fué de los aventureros cristianos, y creo

que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debía de ser entonces invierno, que si no, él se la diera toda, según era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refrán que dice, que para dar y tener, seso es menester. Rióse don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del patrón de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola dijo don Quijote: Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; este se llama don san Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubría la caída de san Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversión suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba, y Pablo respondía: Este, dijo don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás, caballero andante por la vida, y santo á pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No había más imágenes, y así mandó don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las lle-

vaban: Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquistó á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándose el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga, y el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta ocasión. Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de don Quijote, siguieron su viaje. Quedó Sancho de nuevo como si jamás hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos han sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos

hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dijo don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destes agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado san Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazón, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llegó Cipión á África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo, dijo: No te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos. Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes ha sido para mí felicísimo acontecimiento. Yo así lo creó, respondió Sancho, y querría que vuesa merced me dijese, ¿qué es la causa porqué dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel san Diego Matamoros: Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España.

abierta, y de modo que es menester cerrarla; ó qué ceremonia es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respondió don Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática y dijo á su amo: Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oído decir también que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora más parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dijo don Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de una

alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusión que lástima. ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la más mínima razón amorosa suya. Hideputa, ¡y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced que así la rindiése y avasallase. ¿Qué gala, qué brio, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy dis-

forme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo á Sancho: Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la seguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durísimos diamantes, ó más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte, así las rompiera como si fueran de juncos marinos ó de hilachas de algodón: y queriendo pasar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos falde-lines de tabí de oro: traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quin-

ce, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á don Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á don Quijote: Detened, señor caballero, el paso, y no rompáis las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí están tendidas: y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado: ayer fué el primero día que aquí llegamos: tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza: tendimos la noche pasada estas redes destos árboles para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas. Si gustáis, señor,



Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortésmente

de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortésmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía. Calló, y no dijo más: á lo que respondió don Quijote: Por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar más suspenso ni admirado Anteón cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podéis mandar, porque no es otra la profesión mía sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente en especial con la principal que vuestras personas representan: y si como estas redes, que deben de ocupar algún pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por dó pasar sin romperlas: y porque deis algún crédito á esta mi exageración, ved que os lo promete por lo menos don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oídos este nombre. ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entonces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber que es el más valiente y el más enamorado y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gra-

cias no hay ningunas que se le igualen. Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo don Quijote de la Mancha, historiado y referido. ¡Ay! dijo la otra: supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que también he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho; y sobre todo dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España le dan la palma de la hermosura. Con razón se la dan, dijo don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesión no me dejan reposar en ningún cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondía: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso don Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenía él ya noticia por haber leído su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder don Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes caían en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas

bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenían dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron á don Quijote dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó don Quijote la voz, y dijo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse, que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrechez y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de

mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así digo que sustentaré dos días naturales, en mitad dese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando sólo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atención le había estado escuchando, dando una gran voz, dijo: ¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vuesas mercedes, señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho; ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Volvióse don Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo: ¿Es posible, oh Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla, y no me repliques, sino ensilla si está desensillado Rocinante: vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razón que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla; y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstan-

tes, haciéndoles dudar si le podían tener por loco ó por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referían; con todo esto salió don Quijote con su intención, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, y deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: Oh vosotros, pasajeros, viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pie y de á caballo, que por este camino paséis, ó habéis de pasar en estos dos días siguientes: sabed que don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destes prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso; por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino mu-

chedumbre de hombres de á caballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados, de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con don Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podía suceder algún peligro: sólo don Quijote con intrépido corazón se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno de ellos que venía más adelante, á grandes voces comenzó á decir á don Quijote: Apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni don Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado don Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante, pero en fin se levantaron todos, y don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras



Quedó molido Sancho, espantado don Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante.

la vacada, diciendo á voces: Deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á don Quijote, y más enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, y Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con más vergüenza que gusto siguieron su camino.





CAPÍTULO LIX.

DONDE SE CUENTA EL EXTRAORDINARIO SUCESO, QUE SE PUEDE TENER POR AVENTURA, QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE.

AL polvo y al cansancio que don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendreados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solía llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse don Quijote el





Come, Sancho amigo, sustenta la vida, que más que á mi te importa.

rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comía don Quijote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenía de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecía. Come, Sancho amigo, dijo don Quijote, sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y por que veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas, y entumece los manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes. Desamano, dijo Sancho sin dejar de mascar apriesa, no aprobara vuesa merced aquel refrán que dicen: Muera Marta y muera harta: yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo: antes pienso hacer

como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegué al fin que le tiene determinado el cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y después de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá cómo cuando despierte se halla algo más aliviado. Hízolo así don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y díjole: Si tú, oh Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es que mientras yo duermo obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y después Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fría es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo

la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo don Quijote comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío y sin orden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose prisa para llegar á una venta que al parecer una legua de allí se descubría: digo que era venta, porque don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped si había posada. Fuéle respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudiera hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogiéronse á su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar. A lo que el huésped respondió, que su boca sería medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo sufi-

ciente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasía. Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados. Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. ¡Polla, mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender más de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere. Desá manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? Discurra si quisiere por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurremientos. Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómemme, cómemme. Por más las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera

esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos como fuesen uñas. Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le había preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar, recogióse á su estancia don Quijote, trajo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote: Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*. Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió: ¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la *Historia de don Quijote de la Mancha* no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo

que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este más desplace, es que pinta á don Quijote, ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo: Quien quiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede haber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. ¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere; que al buen pagador no le duelen prendas? Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno dellos echando los brazos al cuello de don Quijote le dijo: Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego; y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó don Quijote, y sin responder palabra comenzó

á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo: En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo: la otra, que el lenguaje es aragonés porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia; porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Marí Gutiérrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza, y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia. A esto dijo Sancho: Donosa cosa de historiador por cierto; bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi mujer Marí Gutiérrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oído hablar, amigo, dijo don Jerónimo, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor don Quijote. Sí soy, respondió Sancho, y me precio de ello. Pues á fé, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincón sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está san Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á don Quijote se pa-

sase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabían que en aquella venta no había cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio; sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó don Juan á don Quijote qué nuevas tenía de la señora doña Dulcinea del Toboso, si se había casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor don Quijote. A lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos más firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora trasformada; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlín le había dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á don Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darían entre la discreción y la locura. Acabó de cenar Sancho,



Dulcinea se está entera, respondió don Quijote,

y dejando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y entrando, dijo: Que me manten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querría, que ya que me llama comilón, como vuesas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho. Si llama, dijo don Jerónimo, pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son mal sonantes las razones, y además mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente. Créanme vuesas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado; y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo así lo creo, dijo don Juan, y si fuera posible se había de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran don Quijote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles. Retrátame el que quisiere, dijo don Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias. Ninguna, dijo don Juan, se le puede hacer al señor don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte la noche; y aunque don Juan quisiera que don Quijote leyera más

del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio; y que no quería, si acaso llegase á noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos. Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje. Respondió que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba cómo don Quijote, sea quién se quisiere, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica en simplicidades. Por el mismo caso, respondió don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice. Hará muy bien, dijo don Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dijo don Quijote, y vuestas mercedes me dén licencia, pues ya es hora para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí también, dijo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á don Juan y á don Jerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su

discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés. Madrugó don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provisión de su venta, ó la tuviese más proveída.





CAPÍTULO LX.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE YENDO Á BARCELONA.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el día en que don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso á aquel nuevo historiador, que tanto decían que le vituperaba. Sucedió pues que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de cami-

no, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado aquel día, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía pegar sus ojos, antes iba y venía con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín, que le refería las condiciones y diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creía sólo cinco azotes se había dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban, y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: Si nudo gordiano cortó el magno Alejandro, diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni menos podría suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condición deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me dá á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los re-

ciba, lleguen por dó llegaren? Con esta imaginación se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzó á quitar las cintas, que es opinión que no tenía más que la delantera, en que se sustentaban los greñescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: ¿Qué es esto? ¿quién me toca y desencinta? Yo soy, respondió don Quijote, que vengo á suplir tus faltas y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y así desatácate por tu voluntad, que la mía es de darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes. Eso no, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo, si no, por Dios verdadero, que nos han de oír los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo ganas de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo don Quijote, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía



Nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra



las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decía: ¿Cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quién te dá su pan te atreves? No quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha.

Prometióselo don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á don Quijote que le favoreciese. Hízolo así don Quijote, y preguntándole qué le había sucedido, y de qué tenía miedo, le respondió Sancho, que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y dijole á Sancho: No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí

los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona; y así era la verdad, como él lo había imaginado. Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía, y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su capitán. Hallóse don Quijote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al ruído, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía: y avínole bien á Sancho, que en una ventrera que tenía ceñida venían los escudos del duque y los que habían sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de edad hasta de treinta y cinco años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color moreno. Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á sus lados. Vió que sus escuderos

(que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo y á don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole: No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas. No es mi tristeza, respondió don Quijote, haber caído en tu poder, oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la orden de la andante caballería que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo: porque te hago saber, oh gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de don Quijote tocaba más en locura que en valentía, y aunque algunas veces le había oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazón de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado para tocar de cerca lo que de le-

jos dél había oído, y así le dijo: Valeroso caballero, no os despechéis, ni tengáis á siniestra fortuna esta en que os halláis, que podría ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias don Quijote cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venía á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á él, dijo: En tu busca venía, oh valeroso Roque, para hallar en tí, si no remedio á lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Jerónima, hija de Simón Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que don Vicente Torrellas se llama, ó á lo menos se llamaba no há dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme,

escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió ser mi esposo, y yo le dí palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que olvidado de lo que me debía se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo alcancé á don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas ni á oír disculpas le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de don Vicente no se atrevan á tomar en él desafortada venganza. Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, le dijo: Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que después veremos lo que más te importare. Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia había dicho, y lo que Roque Gui-

nart respondió, dijo: No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora; que lo tomo yo á mi cargo: dénme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude desto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no há muchos días que hizo casar á otro que también negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendía más á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que á las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habían quitado del rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habían estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recién derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debía de ser don Vicente, á quien sus criados ó muerto ó vivo llevaban, ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban despacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brazos de

sus criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentía que más adelante pasase. Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó al ver la de don Vicente: y así entre enternecida y rigurosa se llegó á él, y asiéndole de las manos le dijo: Si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia, le dijo: Bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales ni con mis obras jamás quise ni supe ofenderte. ¿Luego no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro? No por cierto, respondió don Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que celosa me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo si quisieres, que no tengo otra mayor satisfacción que darte del agravio que piensas que de mí has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazón de manera que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabía qué hacerse. Acudieron los criados á buscar

agua que echarles en los rostros, y trajéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo don Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivía, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡Oh cruel é inconsiderada mujer, decía, con qué facilidad te moviste á poner en ejecución tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducís á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mío, cuya desdichada suerte por ser prenda mía te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasión. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel círculo parecía campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenó á los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que quería irse á un monasterio, donde era abadesa una tía suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y más eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreció de acompañarla hasta donde:



Don Quijote estaba entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática.

quisiese, y de defender á su padre de los parientes de don Vicente y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. ¿Pero qué mucho si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos? Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les había ordenado, y á don Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadía dejasen aquel modo de vivir tan peligroso así para el alma como para el cuerpo; pero como los más eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de don Quijote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza si le habían vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habían quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores que valían tres ciudades. ¿Qué es lo que dices, hombre, dijo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Así es, dijo don Quijote; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparti-

ción habían robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á don Quijote: Si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podría vivir con ellos. A lo que dijo Sancho: Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use aún entre los mismos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venía, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo: Señor, no lejos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: ¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo así, y quedándose solos don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traían, y en este entre-



Quedóse don Quijote esperando el día así á caballo como estaba.

tanto dijo Roque á don Quijote: Nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo: y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no sólo las mías, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro. Admirado quedó don Quijote de oír hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podía haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordene: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medi-

cinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro: y más que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de don Quijote, á quien mudando plática contó el trágico suceso de Claudia Jerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le había parecido mal la belleza, desenvoltura y brío de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogiéronlo los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, y adónde iban y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió: Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras, que dicen están en Barcelo-

na con orden de pasar á Sicilia: llevamos hasta doscientos ó trescientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes: fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entrambos podrían llevar hasta sesenta reales. Quiso saber también quién iba en el coche y adónde, y el dinero que llevaban; y uno de los de á caballo dijo: Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta: mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores levantaron la voz diciendo: ¡Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdición procuran! Mostraron afligirse los capitanes, entristeciése la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos viendo la confiscación de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podía conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes, dijo: Vuestas mercedes, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta

ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mías, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intención de agraviar á soldados ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales. Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdón del agravio que le había hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regente á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habían repartido, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos, les dijo: Destos escudos dos tocan á cada uno, y sobran veinte, los diez se dén á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien desta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveído Roque, les dió por escrito un salvoconduto para los mayores de sus escuadras, y despidiéndose dellos los



Esta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos.

dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que por ladrón conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: Este nuestro capitán más es para frade que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda y no con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado que dejase de oírlo Roque, el cual echando mano á la espada le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: Desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenían. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona dándole aviso como estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían; y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podían dejar de dar gusto general

á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.





CAPÍTULO LXI.

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN LA ENTRADA DE BARCELONA, CON OTRAS COSAS QUE TIENEN MÁS DE LO VERDADERO QUE DE LO DISCRETO.

TRES días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecían, acullá comían: unas veces huían sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormían en pie interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque todos se servían

de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el virrey de Barcelona había echado sobre su vida le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habían de matar ó entregar á la justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, don Quijote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de San Juan en la noche, y abrazando Roque á don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los había dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse don Quijote esperando el día así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque al mismo instante alegraron también el oído el són de las muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salían. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el más bajo horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no visto: parecióles espaciosísimo y largo,



A don Quijote le molieron no sólo el cuerpo, pero el ánima.

harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrían el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salían. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, á quien respondían los cañones de cruja de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían. En esto llegaron corriendo con grita, lililíes y algazara los de las libreas, adonde don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno de ellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á don Quijote: Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella, el lucero y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene. Bien sea ve-

nido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el aprócrifo, que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguían, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de don Quijote, el cual volviéndose á Sancho, dijo: Estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragonés recién impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á don Quijote, y dijole: Vuesa merced, señor don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que don Quijote respondió: Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de la del gran Roque: llevadme dó quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al són de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pu-

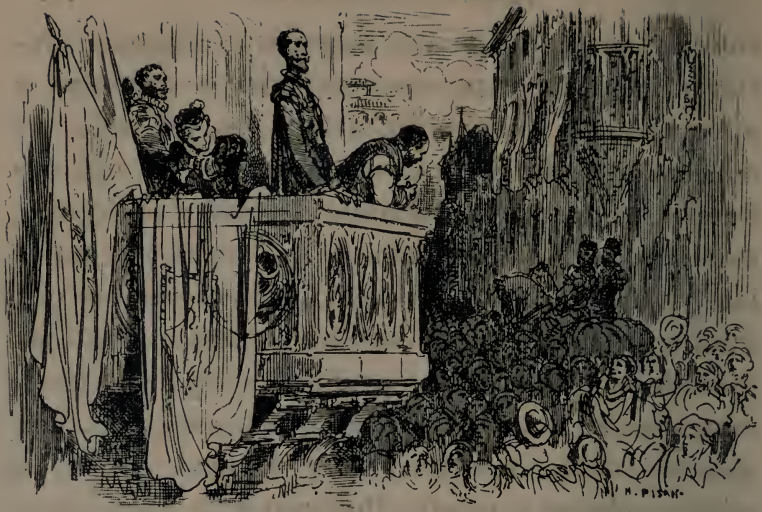


Entrada de don Quijote en Barcelona



sieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto, de manera que dando mil corcovos dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban á don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguían. Volvieron á subir don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guía, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.





CAPÍTULO LXII.

QUE TRATA DE LA AVENTURA DE LA CABEZA ENCAN-
TADA, CON OTRAS NIÑERÍAS, QUE NO PUEDEN DEJAR
DE CONTARSE.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á don Quijote, andaba buscando modos cómo sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á don Quijote, y sa-

carle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcón que salía á una calle de las más principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo día, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se había hallado sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda, y otro castillo como el del duque. Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á don Quijote como caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabía en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oían. Estando á la mesa dijo don Antonio á Sancho: Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran las guardáis en el seno para el otro día. No, señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo más de limpio que de goloso; y mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días: verdad es que si tal vez me sucede que me dén la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quién quiera que hubiere dicho que yo soy

comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa. Por cierto, dijo don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre parece algo tragón, porque come aprieta y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comía con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. ¡Cómo! dijo don Antonio, ¿gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez días la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della, caí en una cueva donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro. Contó don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando don Antonio por la mano á don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenía, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse don Antonio con

don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual dijo: Ahora, señor don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las más raras aventuras, ó por mejor decir novedades que imaginarse pueden, con condición que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió don Quijote, y aun le echaré una losa encima para más seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabía su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír no tiene lengua para hablar: así que, con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mío, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fé de esta promesa, respondió don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiración con lo que viere y oyere, y darme á mí algún alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba don Quijote esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano don Antonio se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pie de jaspe sobre que se sostenía, y luego dijo: Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación, y disci-

pulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfección que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy que lo es nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á don Antonio; pero por ver cuán poco tiempo había para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecía el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demás caballeros estaban. En este tiempo les había contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habían acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á don Quijote, no armado, sino de rúa, vestido un balandrán de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dejasen salir de casa. Iba don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandrán, y en las

espaldas sin que lo viese le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es don Quijote de la Mancha*. En comenzado el paseo llevaba el rótulo los ojos de cuantos venían á verle, y como leían: Este es don Quijote de la Mancha, admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo: Grande es la prerrogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa, por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad sin nunca haberme visto me conocen. Así es, señor don Quijote, respondió don Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesión de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues que yendo don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rótulo de las espaldas alzó la voz diciendo: Válgate el diablo por don Quijote de la Mancha; como ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican: si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por

tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metáis donde no os llaman. Pardiez, vuesa merced tiene razón, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijón; pero con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalén, diere consejo á nadie aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rótulo, que se le hubo de quitar don Antonio como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas; porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas había dos de gusto pí-



Llegada la noche, hubo sarao de damas en casa de D. Antonio.

Aquí finalmente cayó mi ventura para jamas levantarse.



H. D. S. M. I.

caro y burlonas, y con ser muy honestas eran algo descompuestas por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á don Quijote, que le molieron no sólo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él también como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz, y dijo: *Fugite, partes adversæ*: dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos; allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan; y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole: Nora en tal, señor nuestro amo, lo habéis bailado: ¿pensáis que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensáis, que estáis engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante, antes que hacer una cabriola: si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razones dió que reír Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arrojándole para que sudase la

frialdad de su baile. Otro día le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido á don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenía, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encanto; y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, también ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada. El primero que se llegó al oído de la cabeza fué el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: Dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo ahora? Y la cabeza le respondió sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razón: Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no había persona humana que responder pudiese. ¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar don Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso: Estáis tú y tu mujer, con dos amigos

tuyos, y dos amigas della, y un caballero famoso llamado don Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el admirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose don Antonio de la cabeza, dijo: Esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere: y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué: Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: Sé muy honesta. No te pregunto más, dijo la preguntanta. Llegó luego la compañera, y dijo: Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondiéronle: Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo: Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio y preguntóle: ¿Quién soy yo? Y fuéle respondido: Tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú. Sí conozco, le respondieron, que eres don Pedro Noriz. No quiero saber más, pues esto basta para entender, oh cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose llegó el

otro amigo y preguntóle: Díme, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso, te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto más. Llegóse la mujer de don Antonio, y dijo: Yo no sé, cabeza, qué preguntarte: sólo querría saber de tí si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondiéronla: Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego don Quijote, y dijo: Dime tú el que respondes, ¿fué verdad, ó fué sueño, lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán despacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecución. No quiero saber más, dijo don Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: Por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á ver á mi mujer y á mis hijos? A lo que le respondieron: Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella verás á tu mujer y á tus hijos, y dejando de servir dejarás de ser escudero. Bueno,



Dime tú el que respondes, ¿fué verdad, ó fué sueño?

par Dios, dijo Sancho Panza, esto yo me lo dijera, no dijera más el profeta Perogrullo. Bestia, dijo don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara más, y me dijera más. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabían. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo, creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba: y así dice que don Antonio Moreno, á imitación de otra cabeza que vió en Madrid fabricada por un estampero, hizo esta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era desta suerte: La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salían para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecía medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente que ninguna señal de juntura se parecía. El pie de la tabla era asimismo hueco, que respondía á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venía á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de

pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañón de hojá de lata muy justo, que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que había de responder, pegada la boca con el mismo cañón, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demás respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice más Cide Hamete, que hasta diez ó doce días duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondía, temiendo no llegase á los oídos de las despiertas centinelas de nuestra fé, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese, y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinión de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, más á satisfacción de don Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad, por complacer á don Antonio y por agasajar á don Quijote, y

dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis días, que no tuvo efecto por la ocasión que se dirá adelante. Dióle gana á don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pie, temiendo que si iba á caballo le habían de perseguir los muchachos, y así él y Sancho con otros dos criados que don Antonio le dió salieron á pasearse. Sucedió pues que yendo por una calle alzó los ojos don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto imprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las imprentas grandes se muestra. Llegábase don Quijote á un cajón, y preguntaba qué era aquello que allí se hacía: dábanle cuenta los oficiales, admirábase y pasaba adelante. Llegó en otras á uno, y preguntóle qué era lo que hacía. El oficial le respondió: Señor, este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estále yo componiendo para darle á la estampa. ¿Qué título tiene el libro? preguntó don Quijote: A lo que el autor respondió: Señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó don Quijote. *Le baga-*

telle, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales. Yo, dijo don Quijote, sé algún tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mío (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no más), ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata*? Sí, muchas veces, respondió el autor. ¿Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó don Quijote. ¿Cómo la había de traducir, replicó el autor, sino diciendo *olla*? ¡Cuerpo de tal, dijo don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place*, y adonde diga *piú*, dice *más*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giú* con *abajo*. Sí declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias. Osaré yo jurar, dijo don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las fi-

guras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podía ocupar el hombre, y que menos provecho le trajesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro don Juan de Jáuregui en su *Amin-ta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción, ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algún librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impresión, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió don Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues qué, dijo el autor, quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para al-

canzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió don Quijote, y pasó adelante á otro cajón, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*, y en viéndole dijo: Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título le respondieron que se llamaba la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dijo don Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvo por impertinente: pero su San Martín se le llegará como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas; y diciendo esto, con muestras de algún despecho se salió de la imprenta, y aquel mismo día ordenó don Antonio de llevarle á ver las galeas que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las había visto. Avisó don Antonio al cuatralbo de las galeas como aquella tarde había de llevar á verlas á

su huésped el famoso don Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralbo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO LXIII.

DE LO MAL QUE LE AVINO Á SANCHO PANZA CON LA VISITA DE LAS GALERAS, Y LA NUEVA AVENTURA DE LA HERMOSA MORISCA.

GRANDES eran los discursos que don Quijote hacía sobre las respuestas de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venía y se alegraba entre sí mismo, creyendo que había de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador, como queda dicho,

todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolución, aquella tarde don Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho, fueron á las galeras. El cuatralbo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él don Quijote, disparó la capitana el cañón de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir don Quijote por la escala derecha toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano: abrazó á don Quijote, diciéndole: Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha; tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no menos corteses razones le respondió don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines: pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito

que la chusma hiciese fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que había de hacer asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le había. Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó el general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenía intención de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le había de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pie y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se

desencajaba de sus quicios, y venía á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo don Quijote, que también se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habían amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la cruzía con el corbacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos), dijo entre sí: Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan? ¿y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo, que este es infierno, ó por lo menos el purgatorio. Don Quijote, que vió la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: ¡Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuán á poca costa os podíades vos si quisiédes desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote destes, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar.

Preguntar quería el general qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero: Señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oído saltó el general en la crujía, y dijo: Ea, hijos, no se nos vaya: algún bergantín de corsarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana á saber lo que sé les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iría tierra á tierra; porque así el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel cuando descubrió las galeras se puso en caza con intención y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantín conocieron que no podían escaparse, y así el arraez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitán que nuestras galeras regía; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podían los del bajel oír las voces que desde ella les decían que se rindiesen, dos toraquis, que es como decir dos turcos borrachos, que en el

bergantín venían con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venían. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos; hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana á poco más de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virrey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arraez y á los demás turcos que en el bajel había cogido, que serían hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los más escopeteros turcos. Preguntó el general quién era el arraez del bergantín, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que después pareció ser renegado español): Este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arraez; y mostróle uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginación. La edad, al parecer, no

llegaba á veinte años. Preguntóle el general: Díme, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte? ¿Este respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder quería el arraez, pero no pudo el general por entonces oír la respuesta por acudir á recibir al virrey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor general, dijo el virrey. Y tan buena, respondió el general, cual la verá vuestra excelencia ahora colgada desta entena. ¿Cómo así? replicó el virrey. Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razón y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venían, y yo he jurado ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arraez del bergantín; y enseñóle al que ya tenía atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte. Miróle el virrey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó: Díme, arraez, ¿eres turco de nación, ó moro, ó renegado? A lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana: No soy turco de nación, ni moro, ni renegado. Pues ¿qué

eres? replicó el virrey. Mujer cristiana, respondió el mancebo. ¿Mujer y cristiana y en tal traje y en tales pasos? Más es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dijo el mozo, oh señores, la ejecución de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quién fuera el de corazón tan duro que con estas razones no se ablandara, á lo menos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir quería? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera: De aquella nación más desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tíos míos llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido, y así por fuerza más que por grado me trajeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni más ni menos; mamé la fé católica en la leche; criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamás, á mi parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al

paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y más en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza, y así sólo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tíos míos, que consigo me traían; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tíos, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermo-

sura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mía. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrían cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas le llegaron á decir como venía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podía imaginar. Luego entendí que lo decían por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecerse pueden. Turbéme considerando el peligro que don Gregorio corría, porque entre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una mujer por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trajesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decían. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacía saber que no era varón, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora, y que otro día hablaríamos en el modo que se podía tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corría el mostrar ser hom-

bre: vestile de mora, y aquella misma tarde le traje á la presencia del rey, el cual en viéndole quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al gran señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podía tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideración de los que se apartan si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nación, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino también conmigo este renegado español, señalando al que había hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con más deseo de quedarse en España, que de volver á Berbería: la demás chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de más que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que á mí y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos de que venimos proveídos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algún accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, lo tomasen. Anoche descubrimos

esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolución, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nación han caído: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El virrey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virrey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus pies, y abrazado dellos, con palabras interrumpidas de mil sollozos y suspiros, le dijo: ¡Oh Ana Félix, desdichada hija mía, yo soy tu padre Ricote, que volvía á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenía pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el día que salió de su gobier-

no, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al general y al virrey: Esta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo; y ahora por el extraño rodeo que habéis visto he hallado el tesoro que más me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho: Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intención, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo: Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida no os tiene determinados el cielo, y lleven

la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron; y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habían muerto; pero el virrey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía había sido la suya. Hizo el general lo que el virrey le pedía, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados que en perlas y joyas tenía: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció á volver á Argel en algún barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabía dónde, cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba: dudaron el general y el virrey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habían de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo que salía á dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer se desembarcó el virrey, y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virrey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.





CAPÍTULO LXIV.

QUE TRATA DE LA AVENTURA QUE MÁS PESADUMBRE
DIÓ Á DON QUIJOTE DE CUANTAS HASTA ENTONCES
LE HABÍAN SUCEDIDO.

LA mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discreción, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venían á verla. Dijo don Quijote á don Antonio que el parecer que habían tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenía más de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaría á pesar de toda la morisma, como había hecho don

Gaiferos á su esposa Melisendra. Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor don Gaiferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á don Gregorio, no tenemos por dónde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió don Quijote, pues llegando el barco á la marina nos podremos embarcar en él aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. Don Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaría el expediente de que el gran don Quijote pasase á Berbería. De allí á dos días partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al virrey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el virrey en hacerlo así como se lo pedía; y una mañana, saliendo don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hacia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el

cual llegándose á trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones á don Quijote, dijo: Insigne caballero, y jamás como se debe alabado, don Quijote de la Mancha, yo soy *el caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria: vengo á contender contigo y á probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quién fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvación de tu alma: y si tú me vencieres quedará á tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio. Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademán severo le respondió: Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os

haré jurar que jamás habéis visto á la ilustre Dulcinea, que si visto la hubiérades, yo sé que procurarades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido acepto vuestro desafío, y luego, porque no se pasase el día que traéis determinado; y sólo exceptúo de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga. Habían descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y dichosele al virrey que estaba hablando con don Quijote de la Mancha. El virrey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno, ó por otro algún caballero de la ciudad, salió luego á la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando don Quijote volvía las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el virrey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movía á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que

había dicho á don Quijote, con la aceptación de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el virrey á don Antonio, y preguntóle paso si sabía quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querían hacer á don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al virrey en si les dejaría ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese si no burla, se apartó diciendo: Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dénse. Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al virrey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazón, y á su Dulcinea, como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían, tornó á tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacía lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con don Quijote por el suelo una pe-

ligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera le dijo: Vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesáis las condiciones de nuestro desafío. Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuera mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el virrey y don Antonio con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesión volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo medida con la cabeza al virrey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el virrey á don Antonio que fuese trás él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado no se pudo mover por entonces.



Levantaron á don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando'

Sancho todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veía á su señor rendido y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas oscurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría ó no contrahecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el virrey, le llevaron á la ciudad, y el virrey se volvió también á ella con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante había dejado á don Quijote.





CAPÍTULO LXV.

DONDE SE DA NOTICIA QUIÉN ERA EL DE LA BLANCA LUNA, CON LA LIBERTAD DE DON GREGORIO, Y OTROS SUCESOS.

SIGUIÓ don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle también y aun persiguieronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un mesón dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle: encerróse en una sala baja, y con él don Antonio, que no se le cocía el pan hasta saber quién fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba,

le dijo: Bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sansón Carrasco. Soy del mismo lugar de don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condición de nuestra pelea que el vencido quedase á discreción del vencedor: y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podría ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su

palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que decirnos otra cosa alguna: suplicóos no me descubráis, ni le digáis á don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejan las sandeces de la caballería. ¡Oh señor! dijo don Antonio, Dios os perdone el agravio que habéis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que causa la cordura de don Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad diría que nunca sane don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndose ofrecido don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo día, y se volvió á su patria sin sucederle cosa que

obligue á contrarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al virrey todo lo que Carrasco le había contado, de lo que el virrey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de don Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis días estuvo don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo: Señor mío, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le há menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuesa merced el más mal parado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algún condado que darte. Dios lo oiga, dijo San-

cho, y el pecado sea sordo, que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruín posesión. En esto estaban cuando entró don Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento: Albricias, señor don Quijote, que don Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa; ¿qué digo en la playa? ya está en casa del virrey, y estará aquí al momento. Alegróse algún tanto don Quijote, y dijo: En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara á pasar á Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no sólo á don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero, ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada? Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina, aunque con su pepita, que hoy por tí y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama: quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pependencias: y levántese vuesa merced agora para recibir á don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el renegado al virrey de su ida y vuelta,

deseoso don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de don Antonio; y aunque don Gregorio cuando le sacaron de Argel fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremañera, y la edad al parecer de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á don Gregorio. Contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mujeres con quien había quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discreción se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como á los que habían bogado al remo. Reincorporóse y redújose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos días trató el virrey con don Antonio qué modo tendrían para que Ana

Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció á venir á la corte á negociarlo, donde había de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y de las dádivas muchas cosas dificultosas se acaban. No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del unguento que molifica, y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecución el peso de tan gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, con el tiempo venga después á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía. ¡Heróica resolución del gran Filipo III, y inaudita prudencia en

haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que más fuere servido, dijo don Antonio: don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor virrey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio. El virrey consintió en todo lo propuesto: pero don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podía ni quería dejar á doña Ana Félix; pero teniendo intención de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del virrey. Llegóse el día de la partida de don Antonio, y el de don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos, que la caída no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á don Gregorio mil escudos si los quería; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y don Quijote y Sancho después, como se ha dicho: don Quijote desarmado y de camino, Sancho á pie, por ir el rucio cargado con las armas.





Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio



CAPÍTULO LXVI.

QUE TRATA DE LO QUE VERÁ EL QUE LO LEYERE, Ó
LO OIRÁ EL QUE LO ESCUCHARE LEER.

AL salir de Barcelona volvió don Quijote á mirar el sitio donde había caído, y dijo: Aquí fué Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse. Oyendo lo cual Sancho, dijo: Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora



En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día.

mas colgadas de algún árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, respondió don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas ó al rededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

Nadie las mueva,
que estar no pueda
con Roldán á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio mal galardón. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no reventen sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen más de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto día á la entrada de un lugar hallaron á la puerta

de un mesón mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos don Quijote un labrador alzó la voz, diciendo: Alguno destes dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Sí diré por cierto, respondió don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino que no pesa más que cinco. Fué la condición que habían de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales, y habiéndole preguntado al desafiador, cómo se había de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarían las cinco arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dijo á esta sazón Sancho antes que don Quijote respondiese: y á mí que há pocos días que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito. Responde en buen hora, dijo don Quijote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que

éste las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente. Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva. Yo, señores, respondió don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar más que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su extraña figura, como la discreción de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores dijo: Si el criado es tan discreto, ¿cuál debe ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de corte, que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor

y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro día siguiendo su camino vieron que hacia ellos venía un hombre de á pie con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el cual como llegó junto á don Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á más, le dijo con muestras de mucha alegría: ¡Oh mi señor don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la duquesa! No os conozco, amigo, respondió don Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decís. Yo, señor don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodríguez. ¡Válame Dios! dijo don Quijote: ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos trasformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así co-

mo vuesa merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenía dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodríguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virrey, que le envía mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchón, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas. Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas sólo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y más cuando

la moneda es locura: bien lo veo yo y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? y más agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le había sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro día, si se encontrasen, habría lugar para ello: y levantándose después de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo adiós, dejó á Tosilos, y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.





CAPÍTULO LXVII.

DE LA RESOLUCIÓN QUE TOMÓ DON QUIJOTE DE HACERSE PASTOR Y SEGUIR LA VIDA DEL CAMPO EN TANTO QUE SE PASABA EL AÑO DE SU PROMESA, CON OTROS SUCESOS EN VERDAD GUSTOSOS Y BUENOS.

SI muchos pensamientos fatigaban á don Quijote antes de ser derribado, muchos más le fatigaron después de caído. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudían y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que había de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condición del lacayo Tosilos. ¿Es po-

sible, le dijo don Quijote, que todavía, oh Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y trasformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora, ¿preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondió Sancho, los que yo tenía tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dijo don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y sólo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio

empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remisión que tienes en azotarte y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced á leído, que tratan de la andante caballería, no ha visto algún desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió don Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligación que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mío. En estas pláticas iban siguiendo su camino cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle don Quijote, y dijo á Sancho: Este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querían renovar é imitar á la pastoril Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitación, si es que á tí te parece bien, querría, oh Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoril ejercicio son neces-

rias, y llamándome yo el pastor Quijótiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes sino en los venideros siglos. Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y más que no la han de haber aún visto el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros: y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar también en el aprisco, según es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dijo don Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoril gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascón: el barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiam-

bro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escojer sus nombres, y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y más que celebrándola yo en mis versos vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastro por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios, dijo don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabelles! ¿Pues qué si entre estas diferencias de música resuena la de los albogues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastoriles. ¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oído nombrar ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un són, sino muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín: y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*: conviene á sa-

ber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacén*, *alcancía*, y otros semejantes, que deben ser pocos más, y sólo tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en *i*, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí*: *alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero, como por el *i* en que acaban son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasión de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á poner en perfección este ejercicio el ser yo algún tanto poeta como tú sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Sansón Carrasco. Del cura no digo nada; pero yo apostaré que debe tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga también maese Nicolás no dudo en ello, porque todos ó los más barberos son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascón de desdeñado, y el cura Curiambro de lo que él más puede servirse, y así andará la cosa que no haya más que desear. A lo que respondió Sancho: Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh qué pulidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples, y no querría

que fuese por lana y volviese trasquilada; y tan bien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastoriles chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazón que no quiebra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos. No más refranes, Sancho, dijo don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero pareceme que es predicar en desierto: y castigame mi madre, y yo trompójelas. Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: Dijo la sartén á la caldera, quitate allá, ojinegra. Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió don Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche retirémonos del camino real algún trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la vo-

luntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando.





CAPÍTULO LXVIII.

DE LA CERDOSA AVENTURA QUE LE ACONTECIÓ Á DON QUIJOTE.

ERA la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena

compleción y pocos cuidados. Los de don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro hartó. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoril que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de

mis carnes. ¡Oh alma endurecida! ¡Oh escudero sin piedad! ¡Oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*. No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo don Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: No con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah pesia tal! replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que también á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia: que los de vuesa merced vendrán á tiempo y los

míos á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendía. Levantóse en pie don Quijote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio poniéndose á los lados el lío de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de don Quijote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no sólo á don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos puso en confusión y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á don Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya había conocido que lo eran. Don Quijote le dijo: Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena

de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos. También debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos. Duerme tú, Sancho, respondió don Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria. A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere: y luego tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote, arrimado á un tronco de un haya, ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al són de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso
 en el mal que me das terrible y fuerte,
 voy corriendo á la muerte,
 pensando así acabar mi mal inmenso:
 mas en llegando al paso,
 que es puerto en este mar de mi tormento,
 tanta alegría siento,
 que la vida se esfuerza, y no le paso.

Así el vivir me mata,
 que la muerte me torna á dar la vida.
 ¡Oh condición no oída,
 la que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destes acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara y aun más adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hacia ellos venían hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazón de don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traía lanzas y adargas, y venía muy á punto de guerra. Volvióse don Quijote á Sancho, y díjole: Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado, pero podría ser



Amor, cuando yo pienso en el mal que me das terrible y fuerte, voy corriendo á la muerte.

fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos amenazándole de muerte. Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demás de á pie, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querían; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas, y á Sancho le acontecía lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pie con un agujijón le punzaba, y al rucio, ni más ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dós presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decían: Caminad, trogloditas; callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejéis, scitas, ni abráis los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á estos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿Nosotros tortolitas, nosotros barberos ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita cita? No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo

que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacía qué serían aquellos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningún bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto en hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció don Quijote que era el del duque, donde había poco que habían estado. ¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, ¿y qué será esto? Sí, que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron en el patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO LXIX.

DEL MÁS RARO Y MÁS NUEVO SUCESO QUE EN TODO
EL DISCURSO DESTA GRANDE HISTORIA AVINO Á DON
QUIJOTE.

APEÁRONSE los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso y arrebatadamente á Sanchito y á don Quijote los entraron en el patio, al rededor del cual ardían casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio más de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo oscura, no se echaba de ver la falta del día. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del

suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual por sus gradas ardían velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenía la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subía por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trajeron los presos sentaron á don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran callaran ellos, porque la admiración de lo que estaban mirando les tenía atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de don Quijote, ser el duque y la duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecían reyes. ¿Quién no se había de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el

túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el duque y la duquesa al teatro se levantaron don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillación, y los duques hicieron lo mismo inclinando algún tanto las cabezas. Salió en esto de través un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coraza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díjole al oído que no descosiese los labios, porque le echarían una mordaza ó le quitarían la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coraza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner diciendo entre sí: Aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale también don Quijote, y aunque el temor le tenía suspensos los sentidos, no dejó de reírse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un són sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al són de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
muerta por la crueldad de don Quijote;
y en tanto que en la corte encantadora
se vistieren las damas de picote;
y en tanto que á sus dueñas mi señora
vistiere de bayeta y de anascote,
cantaré su belleza y su desgracia
con mejor plectro que el cantor de Tracia.

Y aun no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida,
mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz á tí debida:
libre mi alma de su estrecha roca,
por el Estigio lago conducida,
celebrándote irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del Olvido.

No más, dijo á esta sazón uno de los dos que parecían reyes: no más, cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente: y así, oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto, dijo: Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos

y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza rompió el silencio y dijo: Voto á tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurrección desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus, tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablándate, tigre, humíllate, Nemrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acribillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fé de hombre de bien, que habéis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto que por el patio venían hasta seis dueñas en procesión una tras otra, las cuatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho cuando bramando como un toro, dijo: Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro,

como hicieron á mi amo en este mesmo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo. Rompió también el silencio don Quijote, diciendo á Sancho: Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él, más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesía, menos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traéis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para consentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debía de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: Viva es Altisidora, Altisidora vive.

Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se había alcanzado el intento que se procuraba. Así como don Quijote vió rebullir á Altisidora se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: Ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mío, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera. A lo que respondió Sancho: Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen más que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece aunque no se venda. Ya en esto se había sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos, con don Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se inclinó á los duques y á los reyes, y mirando de través á don Quijote le dijo: Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en

el otro mundo á mi parecer más de mil años: y á tí, oh el más compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispón desde hoy más, amigo Sancho, de seis camisas mías que te mando, para que hagas otras seis para tí, y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al duque que le dejasen la ropa y mitra, que la quería llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió que sí dejarían, que ya sabía él cuán grande amiga suya era. Mandó el duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á don Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabían.





CAPÍTULO LXX.

QUE SIGUE EL DE SESENTA Y NUEVE, Y TRATA DE COSAS NO EXCUSADAS PARA LA CLARIDAD DESTA HISTORIA.

DURMIÓ Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabía que su amo no le había de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenía presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale más á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia

acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: ¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideración del rigor y el desdén con que yo siempre la he tratado. Muriérase ella enhorabuena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por una ventana abajo. Duerme, Sancho amigo, respondió don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recibidos y las mamonas hechas. Ningún dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea

así, dijo don Quijote, y Dios te acompañe. Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los duques á levantar el edificio de la máquina referida: y dice que no habiéndosele olvidado al bachiller Sansón Carrasco cuando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adonde don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de don Quijote. Llegó pues al castillo del duque, que le informó el camino y derrota que don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimismo las burlas que le había hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que había de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin, dió cuenta de la burla que Sancho había hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y trasformada en labradora, y como la duquesa su mujer había dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el bachiller,

considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de don Quijote. Pidióle el duque que si le hallase, y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hizolo así el bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del duque, y contóselo todo, con las condiciones de la batalla, y que ya don Quijote volvía á cumplir como buen caballero andante la palabra de retirarse un año en su aldea; en el cual tiempo podía ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intención que le había movido á hacer aquellas trasformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como don Quijote fuese loco. Con esto se despidió del duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á don Quijote, que tras él venía. De aquí tomó ocasión el duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de don Quijote, y haciendo tomar los caminos cerca y lejos del castillo por todas las partes que imaginó que podría volver don Quijote, con muchos criados suyos de á pie y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trajesen al castillo, si le hallasen; halláronle, dieron aviso al duque, el cual, ya prevenido de todo lo que había de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan

al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos había bien poca diferencia: y dice más Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponían en burlarse de dos tontos; los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el día y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto á don Quijote. Altisidora, en la opinión de don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenía, y vestida una tunicela de tafetán blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de don Quijote, con cuya presencia, turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y después de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazón encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor don Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero

con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos días há que por la consideración del rigor con que me has tratado, ¡oh más duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno: que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, donde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubón, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servían de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más largas, en las cuales tenían unas palas de fuego: y lo que más me admiró fué que les servían en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tan-

to como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban y todos se maldecían. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora: mas hay otra cosa, que también me admira (quiero decir me admiró entonces), y fué que al primer boleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas, y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: Mirad qué libro es ese, y el diablo le respondió: Esta es la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmeme de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean más mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oído nombrar á don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión. Visión debió de ser sin duda, dijo don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa

historia anda por acá de mano en mano; pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de don Quijote, cuando le dijo don Quijote: Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátíl, más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto

más morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Judas. Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que había cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia á don Quijote, dijo: Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos días que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. Don Quijote le respondió: Vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegirista de la noche antes. Por cierto, replicó don Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito: porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora? No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necesidad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera don Quijote, pero estorbáronlo el duque y la duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los duques, así con su simplicidad, como con su

agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo día, pues á los vencidos caballeros como él, más les convenía habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronselá de muy buena gana, y la duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió: Señora mía, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginación la imagen ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer y este es mi consejo. Y el mío, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oís-lo, digo, de mi Teresa Panza, á quien quiero más que á las pestañas de mis ojos. Vos decís muy bien, Sancho, dijo la duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideración de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grande-

za me quiero quitar de aquí por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento. Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y con un corazón de encina: á fé que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse don Quijote, comió con los duques, y partióse aquella tarde.





CAPÍTULO LXXI.

DE LO QUE Á DON QUIJOTE LE SUCEDIÓ CON SU ESCUDERO SANCHO, YENDO Á SU ALDEA.

IBA el vencido y asendereado don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dijo á su amo: En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual

hay físicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algùn enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías; que el abad de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razón, Sancho amigo, respondió don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos. A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que

desea, con provecho mío: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuanto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mío, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demás: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo más. ¡Oh Sancho bendito! ¡Oh Sancho amable! respondió don Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los días que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve á ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho,

cuando quieras comenzar la diciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado, y que el día se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brío, le dijo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento: quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de más ni de menos, yo estaré deste aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intención merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me

duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó don Quijote á contar los azotes. Hasta seis ú ocho se habría dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecía cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo don Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por ahora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: A dineros pagados brazos quebrados: apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa.

Pues tú te hallas con tan buena disposición, dijo don Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto demuedo, que ya había quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: Aquí morirá Sansón, y cuantos con él son. Acudió don Quijote luego al són de la lastimada voz y del golpe del rigoroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servía de corbacho á Sancho, le dijo: No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mío pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa merced, señor mío, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querría resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro. Hízolo así don Quijote, y quedándose en pelota abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que después que le vencieron, con más juicio en todas las

cosas discurría, como ahora se dirá. Alojaronle en una sala baja, á quien servían de guadamaciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacía señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantín se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa y á lo socarrón; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual don Quijote, dijo: Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con sólo que yo matara á Paris se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón ó tienda de barbero, dondé no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas. Tienes razón, Sancho, dijo don Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: Lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo escribía debajo:

Este es gallo, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte, llamado Mauleón, el cual respondía de repente á cuanto le preguntaban; y preguntándole uno qué quería decir *Deum de Deo*, respondió: Dé donde diere. Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querría que fuese entre árboles, que parece que me acompañan y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió don Quijote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo que más tarde llegaremos allá después de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más valía un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que buitre volando. No más refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo don Quijote, que parece que te vuelves al *sicut*

erat: habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No sé qué mala ventura es esta mía, respondió Sancho, que no sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero yo me enmendaré si pudiere; y con esto cesó por entonces su plática.





CAPÍTULO LXXII.

DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO LLEGARON Á SU
ALDEA.

Todo aquel día esperando la noche estuvieron en aquel lugar y mesón don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía: Aquí puede vuesa merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto don Quijote le dijo á Sancho: Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la

segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apearse, que después se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de don Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenía la estancia de don Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le preguntó: ¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre? Y don Quijote le respondió: A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. ¿Y vuesa merced dónde camina? Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó don Quijote; pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es don Álvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó don Quijote: Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe, que anda impreso en la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. El mismo soy, respondió el caballero, y el tal don Quijote, sugeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas justas que se hacían en Zaragoza,

adonde yo iba, y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo por ser demasiadamente atrevido. Y dígame vuesa merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal don Quijote que vuesa merced dice? No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. Y ese don Quijote, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Si traía, respondió don Álvaro, y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reír á cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió

don Álvaro, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á don Quijote el bueno han querido perseguirme á mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y ahora remanece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío. Yo, dijo don Quijote, no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha que-

rido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió don Álvaro, puesto que cause admiración ver dos don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en el darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno. No entiendo eso de azotes, dijo don Álvaro: y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaría si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote por una petición de que á su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía á don Quijote de la Mancha, que

asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tor-desillas*. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente: la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos deben hacerse; con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración, y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes, y la de los Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo que desengañó á don Álvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de don Quijote, y el otro el que había de llevar don Álvaro. En este poco espacio le contó don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración á don Álvaro, el cual abrazando á don Quijote y á Sancho siguió su camino, y don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas



Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza tu hijo.

harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que había madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Alvaro, y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó don Quijote contento sobre modo, y esperaba el día por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dijo: Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza tu hijo, sino muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que según él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban bien caballero me iba. Déjate de esas sandeces, dijo don

Quijote, y vamos con pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoril vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.





CAPÍTULO LXXIII.

DE LOS AGÜEROS QUE TUVO DON QUIJOTE AL ENTRAR DE SU ALDEA, CON OTROS SUCESOS QUE ADORNAN Y ACREDITAN ESTA GRANDE HISTORIA.

A la entrada del cual, según dice Cide Hamete, vió don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dijo al otro: No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida. Oyólo don Quijote, y dijo á Sancho: ¿No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho, no la has de ver en todos los días de tu vida? Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el muchacho? ¿Qué?

replicó don Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intención, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea? Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentó-sela á don Quijote, el cual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la trasformaron en labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuéle respondido por el que había dicho no la verás más en toda tu vida, que él había tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al muchacho por la jaula, y púsosela en las manos á don Quijote, diciendo: Hé aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño:

y si no me acuerdo mal, he oído decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y dióselo don Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle también la corozca en la cabeza, que fué la más nueva transformación y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse don Quijote, y abrazólos estrechamente; y los muchachos, que son linceos no excusados, divisaron la corozca del jumento, y acudieron á verle, y decían unos á otros: Venid, muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día. Finalmente, rodeados de muchachos y acompañados del cura y del bachiller entraron en el pueblo, y se fueron á casa de don Quijote, y hallaron

á la puerta della al ama y á su sobrina, á quien ya habían llegado las nuevas de su venida. Ni más ni menos se las habían dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual desgredada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo: ¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís á pie y despeado, y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los hayáis ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traía algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron á su casa, dejando á don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller. Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de

la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y orden de la andante caballería; y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podría dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoril y virtuoso ejercicio: y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraría ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores: y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenía puestos los nombres, que les vendrían como de molde. Dijole el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se había de llamar el pastor Quijótiz, y el bachiller el pastor Carrascón, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de don Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en áquel año podría ser curado, concedieron con su buena intención, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndoseles por compañeros en su ejercicio. Y más, dijo Sansón Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como más me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que más

es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la rotule y grave su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. Eso está de molde, respondió don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria destas riberas, adorno destes prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea. Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sansón Carrasco: Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Fílicas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francisca, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con el nombre de Teresaina. Rióse don Quijote de la aplicación del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que

le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con don Quijote, y la sobrina le dijo: ¿Qué es esto, señor tío? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas: pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama: ¿Y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas en el verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, les respondió don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que ahora, sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester,

como lo veréis por la obra: y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.





CAPÍTULO LXXIV.

DE CÓMO DON QUIJOTE CAYÓ MALO, Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO, Y SU MUERTE.

COMO las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desen-

canto de Dulcinea le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoril ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto; y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí ó por no atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tío, y parecióronle más concertadas que él solía decirlas, á lo menos en

aquella enfermedad, y preguntóle: ¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son estas ó qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondió don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecocos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte: querría hacerla de tal modo, que diese á entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sansón Carrasco y á maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió don Quijote cuando dijo: Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya

conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo: ¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso, y ahora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa, déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros admirados de las razones de don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él y confesóle. El

bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesión, y salió el cura diciendo: Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujón á los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que les hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos lo conocían. Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que

le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la insula, pudiera ahora estando cuerdo darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece; y volviéndose á Sancho, le dijo: Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. ¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. Así es, dijo Sansón, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destes casos. Señores, dijo don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ho-

gaño: yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha; y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano. Item mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijano, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacción que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sansón Carrasco que están presentes. Item es mi voluntad que si Antonia Quijano mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías á su voluntad. Item suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trajere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuán encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan gran-

des disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu: quiero decir que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lu-



Muerte de don Quijote.

gar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte,
que á tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.

Tuvo á todo el mundo en poco;
fué el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á tí lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á

escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesión aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero *don Quijote* van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. *Vale.*



FIN DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO

	PÁGS.
AL CONDE DE LEMOS.	5
PRÓLOGO.	9

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO PRIMERO.—De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad.	15
CAP. II.—Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y el ama de don Quijote, con otros sucesos graciosos.	31
CAP. III.—Del ridiculo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco.	38
CAP. IV.—Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.	50
CAP. V.—De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación.	60
CAP. VI.—De lo que le pasó á don Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.	70
CAP. VII.—De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.	79
CAP. VIII.—Donde se cuenta lo que le sucedió á don Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.	92
CAP. IX.—Donde se cuenta lo que en él se verá.	103
CAP. X.—Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos como verdaderos.	109
CAP. XI.—De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.	124
CAP. XII.—De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo caballero de los Espejos.	136
CAP. XIII.—Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.	146
CAP. XIV.—Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.	156

	PÁGS.
CAP. XV.—Donde se cuenta y da noticia de quién era el caballero de los Espejos y su escudero.	172
CAP. XVI.—De lo que sucedió á don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.	176
CAP. XVII.—Donde se declara el último punto y extremo donde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.	191
CAP. XVIII.—De lo que sucedió á don Quijote en el castillo ó casa del caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes.	208
CAP. XIX.—Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.	221
CAP. XX.—Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.	233
CAP. XXI.—Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.	252
CAP. XXII.—Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha.	266
CAP. XXIII.—De las admirables cosas que el extremado don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.	285
CAP. XXIV.—Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.	302
CAP. XXV.—Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.	312
CAP. XXVI.—Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.	328
CAP. XXVII.—Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado.	343
CAP. XXVIII.—De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere si las lee con atención.	356
CAP. XXIX.—De la famosa aventura del barco encantado.	364
CAP. XXX.—De lo que le avino á don Quijote con una bella cazadora.	376
CAP. XXXI.—Que trata de muchas y grandes cosas.	384
CAP. XXXII.—De la respuesta que dió don Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.	398
CAP. XXXIII.—De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.	418
CAP. XXXIV.—Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro.	431
CAP. XXXV.—Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.	443
CAP. XXXVI.—Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.	458

	PÁGS.
CAP. XXXVII.—Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida	467
CAP. XXXVIII.—Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.	471
CAP. XXXIX.—Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.	481
CAP. XL.—De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.	486
CAP. XLI.—De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.	495
CAP. XLII.—De los consejos que dió don Quijote á Sancho Panza, antes que fuese á gobernar la insula, con otras cosas bien consideradas.	510
CAP. XLIII.—De los consejos segundos que dió don Quijote á Sancho Panza.	519
CAP. XLIV.—Cómo Sancho Panza fué llevado al gobierno, y la extraña aventura que en el castillo sucedió á don Quijote.	528
CAP. XLV.—De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su insula y del modo que comenzó á gobernar.	546
CAP. XLVI.—Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.. . . .	557
CAP. XLVII.—Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.	566
CAP. XLVIII.—De lo que le sucedió á don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de eseritura y de memoria eterna.	583
CAP. XLIX.—De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su insula.	598
CAP. L.—Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron y arañaron á don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.	614
CAP. LI.—Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.	627
CAP. LII.—Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez.	640
CAP. LIII.—Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.	653
CAP. LIV.—Que trata de cosas tocantes á esta historia y no á otra alguna.	664
CAP. LV.—De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver.	676
CAP. LVI.—De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez.	687
CAP. LVII.—Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la duquesa.. . . .	695
CAP. LVIII.—Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.	703
CAP. LIX.—Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á don Quijote.	724
CAP. LX.—De lo que sucedió á don Quijote yendo á Barcelona.	738

CAP. LXI.—De lo que le sucedió á don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto.	761
CAP. LXII.—Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.	768
CAP. LXIII.—De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.	790
CAP. LXIV.—Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á don Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido.	805
CAP. LXV.—Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y otros sucesos.	814
CAP. LXVI.—Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.	823
CAP. LXVII.—De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.	833
CAP. LXVIII.—De la cerdosa aventura que le aconteció á don Quijote.	841
CAP. LXIX.—Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á don Quijote.	851
CAP. LXX.—Que sigue el de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.	859
CAP. LXXI.—De lo que á don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.	870
CAP. LXXII.—De como don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.	879
CAP. LXXIII.—De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.	889
CAP. LXXIV.—De como don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.	897

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

	PÁGS.
Llenósele la fantasía de todo aquello que lefa.	26
Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo.	32
Arrimado á su lanza ponía los ojos en las armas.	45
¿Dónde estás, señora mía, que no te duele mi mal?	66
Por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban.	92
El aspa llevóse tras sí al caballo y al caballero.	96
Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados.	127
Vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco.	171
Y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real.	183
En esto hizo su operación el brevaje.	204
Mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra.	210
Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante.	244
Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes.	257
Siempre, Sancho, he oído decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en el mar.	298
Se entraron por una parte de Sierra-Morena, llevando Sancho intención de atravesarla toda.	300
Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra-Morena.	300
Ginés acordó de hurtar el asno á Sancho.	301
Abrió el librito, y lo primero que vió fué un soneto.	303
Vió que por cima de una montañuela iba saltando un hombre de risco en risco.	307
¿Es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino?	335
Volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho.	355
Hermano, si sois cristiano como parecéis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito.	381
La hermosa moza alzó la cabeza.	395

Don Fernando añadió á los primeros, nuevos santos por testigos.	407
Con poco trabajo di con él por un derrumbadero.	414
Sancho había hallado á don Quijote desnudo, en camisa, amarillo y muerto de hambre.	420
Dorotea dió del azote á su palafren.	424
Tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar.	433
Y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á un innumerable ejército.	471
De un revés solo partió cinco gigantes por la cintura.	471
Se dejó caer en el suelo como desmayada.	528
Y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa...	560
En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia.	606
El padre llegó corriendo adonde estábamos.	624
Y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre.	625
Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos.	631
Vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono.	636
De improviso soltaron dos piezas de artillería.	638
Se desviaron los juntos pies de don Quijote...	671

TOMO SEGUNDO.

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche.	139
¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!	209
Despertó en fin soñoliento y perezoso...	234
Dijome Montesinos, como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma.	293
Don Quijote conoció que eran cazadores de altanería.	377
El gobernador Sancho Panza administrando justicia.	550
¡Oh compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios!	678
Dulcinea se está entera, respondió don Quijote.	731
Sancho dió voces, llamando á don Quijote que le favoreciese.. . . .	741
Nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra.	753
Quedóse don Quijote esperando el día así á caballo como estaba.	762
A don Quijote le molieron no sólo el cuerpo, pero el ánima.	777
Aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse.	823
Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio.. . . .	874
Muerte de don Quijote.	904



BINDING SECT. DEC 13 1976

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6323
A1
1892
v.2

Cervantes Saavedra, Miguel de
El ingenioso hidalgo
Don Quijote de la Mancha

25

